

# ¡A desmundializar el estómago!



**resistencia alimentaria  
en el suroeste de Antioquia.**



---

# *¡A desmundializar el estómago!: resistencia alimentaria en el suroeste de Antioquia*

Trabajo de grado en Sociología

Jairo Esteban Montaña Vásquez

Ruddy Santiago Hernández Galindo

Directora de tesis:

Sandra Milena Rátiva Gaona

Bogotá: junio de 2013

---



---

# *Índice General:*



---



---

	<b>Página</b>
<b>Introducción: <i>El oro o la comida: campesinos del suroeste frente a la minería</i></b>	9
1. Estructura del documento	13
<b>Capítulo 1: <i>Bases conceptuales y metodológicas para el estudio del conflicto y de la resistencia</i></b>	17
1. Metodología participativa: dejar hablar al campesino	23
2. Desarrollo en el agro: seguridad vs soberanía alimentaria	28
3. ¿Qué es el territorio COA?	31
<b>Capítulo 2: <i>Un territorio históricamente amenazado</i></b>	35
1. El ascenso de la visión productivista en la agricultura	39
2. La agricultura frente a la dictadura del mercado	45
3. Lo que está en disputa es el territorio	50
4. Lo que dicen el gobierno y las empresas	54
5. Conclusión	57
<b>Capítulo 3: <i>La defensa del territorio</i></b>	59
1. La resistencia alimentaria	62
2. Dos formas de ver la cuestión alimentaria	63
3. Pero hay gente que piensa diferente	66
3.1. Producción	67
3.2. Transformación	73
3.3. Comercialización	75
3.4. Consumo	77
4. Nace el COA: defender el territorio por otras vías	80
<b>Conclusión: <i>Lo alimentario como estrategia política</i></b>	85
<b>Índice de Anexos:</b>	
<b>Anexo 1:</b> Fotos del territorio COA	91
<b>Anexo 2:</b> Tabla de personajes	100
<b>Índice de Gráficos:</b>	
<b>Gráfico 1:</b> Mapa 1. Configuración política del suroeste antioqueño.	31
<b>Gráfico 2:</b> Crecimiento del PIB total agropecuario, silvicultura, caza y pesca 1994- 2008.	48
<b>Gráfico 3:</b> Resultados de 2011 según productos de exportación (enero a mayo)	49
<b>Bibliografía</b>	101

---



---

***Introducción.  
El oro o la comida:  
campesinos del suroeste  
antioqueño frente  
a la minería.***



---

**“E**s que nosotros somos campesinos, por eso no queremos la minería en nuestros territorios”. Con esta frase, doña Silvia Guerra<sup>1</sup> intenta explicar la oposición que desde 2011 están ejerciendo cientos de habitantes del suroeste antioqueño frente a las posibilidades de que sus montañas sean arrasadas para extraer el oro que reposa en sus entrañas. Como doña Silvia Guerra, agricultora de 45 años habitante del municipio de Támesis, muchos otros campesinos, pobladores urbanos, funcionarios públicos y personas no pertenecientes a la región se han aglutinado alrededor del Cinturón Occidental Ambiental (COA), una estructura de organizaciones sociales de diversas procedencias articuladas alrededor de la defensa del carácter tradicionalmente agrícola del suroeste y en contra de la gran minería transnacional.

Dado que no es una organización de extracción eminentemente agraria, esta investigación se centra en el componente campesino del COA y en la forma como desde allí se construye una posición frente a los proyectos de explotación minera en sus territorios<sup>2</sup>. Los campesinos del COA están aglutinados alrededor de la agroecología<sup>3</sup> como forma particular de relacionarse con el territorio y, en este caso, de oponerse al despojo. Desde el 2002, año en el que iniciaron la transformación de sus fincas, el eje del trabajo es la producción de alimentos que les pongan a salvo de las incertidumbres consustanciales a la dependencia del mercado. La agroecología, entendida como apuesta por la soberanía alimentaria, trasciende la preocupación por la supervivencia para revelarse como una impugnación de los modos de vida que se pretenden más avanzados. Para estos campesinos, la opción por los alimentos es una alternativa de vida.

En contraste, para los detentadores del capital, todo lo anterior, como todo lo existente, es reductible a la categoría de mercancía. Siguiendo esa lógica, el Estado colombiano, en nombre del desarrollo económico, ha declarado la minería como una actividad de utilidad pública e interés social que prevalece sobre otras formas de ocupación del territorio, entre ellas, la agricultura. Y con ello profundiza la histórica invisibilización del campesinado, el cual se ve obligado a recurrir a múltiples estrategias para obtener reconocimiento del Estado y de la sociedad. Como afirma Forero (2002), la historia del campesinado en Colombia es la historia de las luchas por integrarse al relato de la nación a través de la búsqueda de articulación con los mercados nacionales e internacionales. De ahí que esta categoría siempre deba pensarse en relación con la estructura social y económica a la que pertenece.

---

1 Por petición de los protagonistas, los nombres han sido cambiados.

2 Si bien la existencia del COA fue la puerta de entrada a esta investigación, el objetivo no es realizar un análisis de la problemática minería-campesinado desde la perspectiva de los movimientos sociales. Esto se explica porque la heterogeneidad de este espacio de articulación impide que se haya llegado a construir un discurso frente a la minería desde una perspectiva exclusivamente campesina. El COA también reivindica aspectos como la defensa del patrimonio arqueológico y de la biodiversidad. A esto se suma el hecho de que en el presente contexto el COA se encuentra en una etapa defensiva frente a la avanzada minera, es decir, orientado principalmente hacia la consecución de la prohibición de la minería en sus territorios.

3 Altieri define la agroecología como “la aplicación de conceptos y principios ecológicos al diseño y manejo de agroecosistemas sostenibles [...]”. (Altieri; 2009)

Siguiendo a Forero (2002), los campesinos colombianos son actores económicos cuyas actividades agropecuarias están orientadas hacia la reproducción de sus familias o de la comunidad, lo cual los diferencia de las empresas capitalistas destinadas exclusivamente a la generación de ganancias. No obstante, debido a las crecientes y cambiantes demandas nacionales e internacionales de productos agropecuarios predomina un campesinado altamente integrado al mercado a partir de la incorporación en diversos grados de la tecnología agroquímica. Ahora bien, Forero resalta la heterogeneidad como otra de las características de este grupo social y afirma que está surgiendo un sector de nuevos agricultores que retoman prácticas tradicionales y aplican conceptos y tecnologías alternativos en sus sistemas productivos. Este es el caso de los campesinos del COA, quienes a través de sus prácticas alimentarias intentan constituirse como portadores de una identidad diferenciada frente al modelo económico dominante.

¿Por qué los campesinos del COA se oponen a la minería y cómo lo hacen? En términos del antropólogo colombiano Arturo Escobar, el proceso que se intenta explicar puede entenderse como un conflicto distributivo (Escobar, 2005: 135) debido a que el actual modelo de desarrollo extractivista está basado en la sustracción y transformación de la naturaleza y por tanto se apodera de aquellos recursos que resultan de vital importancia para las actividades económicas agrícolas. De acuerdo con la investigadora Maristella Svampa, “un tema que suelen minimizar los informes de impacto ambiental de las compañías es que este tipo de minería [de cielo abierto o mega-minería] entra en competencia<sup>4</sup> con otras actividades económicas regionales (agricultura, ganadería), por los mismos recursos (tierra y recursos hídricos)”<sup>5</sup>

Pero estos recursos naturales no sirven solo a la supervivencia física de los seres humanos sino que están entrelazados con una serie de creencias y representaciones sobre la cual se sustenta la identidad individual y grupal. Autores como Martínez Alier (2005) y Enrique Leff (2006) han mostrado cómo estos conflictos son producto de relaciones de poder que imponen ciertas valoraciones, significaciones y apropiaciones de la naturaleza. La utilización del concepto de conflictos distributivos en esta investigación se hace con la pretensión de develar los mecanismos de dominación y de resistencia que se encuentran implicados en estas luchas por los bienes de la naturaleza. Por ello, para entender la oposición que están ejerciendo los campesinos del COA es necesario adentrarse en los recursos y en los significados que para ellos están en disputa frente a la minería.

La estrategia elegida para lograrlo es explorar el discurso y las prácticas alimentarias de los campesinos del COA. Una manera de hacer operativa la indagación sobre la apuesta por la soberanía alimentaria consiste en filtrarla a través del concepto

4 Todo lo contrario afirma el Ministro de Minas de Colombia. “En el Ministerio nos preocupa que alrededor de la minería se esté tejiendo una leyenda negra con base en mitos y malentendidos. Uno de ellos es que hay un conflicto por tierras entre la minería y la agricultura. Para promover el desarrollo rural no es necesario escoger entre la una y la otra. Estas dos actividades no compiten por tierra”. Disponible en: [http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/federicorenjifo/ARTICULO-WEB-NEW\\_NOTA\\_INTE-RIOR-12425463.html](http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/federicorenjifo/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTE-RIOR-12425463.html) Acceso: 12 de febrero de 2013

5 Disponible en: <http://www.noalamina.org/mineria-informacion-general/impactos-de-la-mineria/mega-mineria-la-tierra-devastada-i> Acceso: 16 de marzo de 2012

---

de sistema alimentario<sup>6</sup>. De esta forma, el sistema alimentario es utilizado como una herramienta analítica que permite profundizar en los aspectos simbólicos y materiales que para los campesinos están involucrados en la producción de alimentos. Al mismo tiempo, se trata de hacer visibles las tensiones existentes entre estas concepciones y las que caracterizan a la economía capitalista colombiana. En otras palabras, el sistema alimentario de las comunidades campesinas que hacen parte del COA sirve como una suerte de veta a través de la cual explorar una alternativa a la narrativa del desarrollo extractivista.

Por todo lo anterior, el interrogante que guía la investigación puede enunciarse como sigue: ¿Cómo el sistema alimentario de los campesinos integrantes del (COA) se ha venido constituyendo en el elemento aglutinador de su posicionamiento como actores políticos frente a la aplicación modelo de desarrollo extractivista en los territorios del suroeste antioqueño?

Tres tareas se anteponen en el camino para resolverlo. Tal como el lector atento habrá detectado, del relato se infiere que el proceso de transformación agroecológica comenzó antes de que se conocieran los proyectos mineros en el suroeste antioqueño. De allí se desprende la primera tarea, es decir, la necesidad de una explicación del conflicto desde una perspectiva de larga duración. En segundo lugar, es preciso identificar con la mayor profundidad posible los elementos centrales del sistema alimentario de los campesinos que participan en el COA. Por último, hay que leer esos resultados en clave de estrategia de posicionamiento político frente al modelo económico imperante.

## 1. Estructura del documento

Colombia es un país atravesado por múltiples conflictos. Al que lleva más de cinco décadas, el conflicto armado más antiguo del mundo, se le han sumado a lo largo de este lapso los conflictos por el narcotráfico, por el acceso a la tierra, los de carácter étnico, por la diversidad sexual, por la expansión urbana, por los derechos sindicales, por la participación democrática, etc. Además de estos, en los últimos años ha florecido un puñado de conflictos sociales y ambientales asociados al modelo de desarrollo extractivista que está siendo implementado en este país. La especialización de la economía colombiana en actividades minero-energéticas se ha convertido en una amenaza para múltiples ecosistemas y para las diversas relaciones sociales que históricamente se han construido alrededor de ellos. Frente a este panorama, la sociología tiene mucho que aportar.

La presente investigación es un estudio de caso en el que se pretende describir e interpretar la manera como estas tensiones estructurales se escenifican en un espacio concreto y, sobre todo, la forma en que las personas que lo habitan responden ante esta coyuntura. Para hacerlo posible, fue imprescindible situarse en *el lugar*, entendido como “la experiencia de una localidad específica con algún grado de enraizamiento,

---

6 A este respecto resulta útil la conceptualización de sistema alimentario (Mauleón; 2000). Sistema alimentario comprende la forma como una sociedad se abastece de alimentos, las relaciones que se establecen entre los actores que intervienen en dicho proceso y las consecuencias sociales que se derivan de lo anterior. El concepto de sistema pone el acento en las relaciones que mantienen cada uno de estos ámbitos y que le dan el carácter de unidad. Para efectos prácticos, el sistema alimentario comprende todos los procesos de producción, transformación, distribución y consumo de alimentos.

linderos y conexión con la vida diaria, aunque su identidad sea construida y nunca fija” (Escobar; 2000). Dichos lugares fueron los municipios de Támesis y Caramanta<sup>7</sup> y quienes los defienden se reconocen como campesinos, sin duda una categoría desde la cual pretenden agrupar una serie de construcciones de la realidad que se opone a la que se anuncia con la llegada de la mega-minería. La centralidad del lugar pone de relieve la compleja relación existente entre los procesos globales y la forma como se viven localmente.

En esa medida, este ejercicio académico está basado en un trabajo de campo realizado en los meses de junio y julio del año 2012 en los lugares mencionados anteriormente. La idea fue contextualizar la situación como un conflicto distributivo en torno al acceso y el control de los recursos naturales que son necesarios tanto para las actividades agropecuarias como para la minería. Y dado que la relación es de exclusión mutua, es decir, ambas no pueden convivir en el mismo espacio, se indagó por las implicaciones de esta tensión y por el posicionamiento que desde lo alimentario hacen los campesinos del COA ante las tentativas de explotación minera en la región. Al plantear el conflicto entre minería y campesinado como un producto de relaciones de poder en el que hay dos posiciones enfrentadas, este análisis sociológico puede interpelar a quienes afirman que la globalización capitalista es inexorable y vaticinan el fin de las alternativas al modelo hegemónico.

Desde nuestra perspectiva, la sociología debe ser una práctica científica íntimamente ligada a la vida cotidiana de las personas. Al fin y al cabo ese es su sustento y debe ser su brújula. En ese sentido, el énfasis en la importancia del trabajo de campo como insumo principal de esta investigación parte de la premisa de que la academia debe servir como laboratorio en el que el estudiante se prepara y usa todas las herramientas que provee el devenir sociológico en la historia para ayudar explicar las dinámicas que subyacen a las luchas por el poder que son inherentes a las sociedades humanas y los mecanismos de dominación y de resistencia que se despliegan por cada uno de los actores en juego. El capítulo uno expone los referentes teóricos que alumbran esta investigación, la metodología aplicada en su ejecución, la presentación de los protagonistas y la descripción inicial del territorio que están defendiendo.

El estudio de los conflictos distributivos parte del supuesto de que estos se manifiestan en tres niveles analíticos que en la realidad son indisolubles. Por un lado, está el conflicto económico implicado en los cambios de uso del suelo y sus consecuencias sobre el acceso a los satisfactores necesarios para la supervivencia. Por otro lado, se presenta una disputa ecológica por las distintas valoraciones que se le asignan al ambiente y a la importancia de modificarlo o conservarlo. Por último, hay un conflicto cultural por las visiones divergentes del mundo y de la manera como debemos actuar en él. Y esta pugna por los significados nos conduce a una confrontación en la arena política. El segundo capítulo se ocupa de describir y analizar el conflicto distributivo causado por los proyectos extractivos y la manera como es codificado por los diferentes actores que lo protagonizan.

Siguiendo a Escobar (2005), algunas comunidades rurales construyen la naturaleza de maneras diferentes a la hegemónica, en la cual es un recurso a explotar o conservar

---

7 Aunque también se visitaron otros municipios del Suroeste antioqueño.

---

conforme sirva a los propósitos de la acumulación. En el caso de los campesinos del COA, la producción, transformación, distribución y consumo de alimentos se sustentan en relaciones con la naturaleza y con la economía que divergen de las que se practican tanto desde la minería como desde la agricultura convencional. La tercera parte analiza el sistema alimentario de los campesinos integrantes del COA en clave de resistencia al modelo económico y agrario imperante que determina una forma específica de producción y abastecimiento de alimentos en el país. También muestra cómo esta construcción se convierte en el elemento que articula su posicionamiento como actores políticos frente al extractivismo impulsado por el actual gobierno.

En ese orden de ideas, en la lucha de los campesinos del COA por el acceso a los bienes de la naturaleza se encuentran en oposición intereses simbólicos de supervivencia, identidad, autonomía y calidad de vida que son inconmesurables con aquellos propugnados por las narrativas desarrollistas de la acumulación, el progreso, el empleo asalariado, la monetarización de la vida y la naturaleza y el supuesto bienestar que esto conlleva. Para detallar esta disyuntiva con base en la cual se construye la identidad de los campesinos del COA, en la última parte se hace una recapitulación de la argumentación que conduce a la respuesta del interrogante y sugiere algunas conclusiones y limitaciones de este trabajo. Si al finalizar el texto el lector se convence de que existen alternativas al capitalismo salvaje, esta investigación habrá cumplido en gran parte su cometido.



---

***Capítulo 1:  
Bases conceptuales  
y metodológicas  
para el estudio del conflicto  
y de la resistencia.***



---

«Al principio, el saqueo y el otrocidio fueron ejecutados en nombre del Dios de los cielos. Ahora se cumplen en nombre del dios del Progreso. Sin embargo, en esa identidad prohibida y despreciada fulguran todavía algunas claves de otra América posible. América, ciega de racismo, no las ve.»

E.Galeano

**E**sta investigación está basada en dos situaciones puntuales. La primera es el surgimiento de un conflicto social en el suroeste de Antioquia como resultado de las tentativas gubernamentales y empresariales de transformar esta región tradicionalmente agrícola en una zona de producción aurífera a gran escala. Para impedirlo, algunos habitantes y organizaciones sociales del suroeste y del país se han aglutinado alrededor del Cinturón Occidental Ambiental. La segunda es que, dentro de este espacio de articulación en el que la consigna principal es la defensa del territorio, hay unos campesinos cuya apuesta por la soberanía alimentaria es al mismo tiempo enarbolada como síntesis de todo lo que está siendo amenazado por la minería y como emblema de la alternativa que están proponiendo frente a esta coyuntura. En consecuencia, el reto consiste en establecer las formas en las que estos dos hechos se relacionan entre sí y con la problemática actual del desarrollo en este país.

En ese orden de ideas, y en aras de lograr una exposición ordenada del andamiaje metodológico y conceptual del que se va a servir, conviene empezar por la enunciación del propósito que anima este ejercicio académico. El objetivo general de esta investigación es comprender cómo el sistema alimentario de los campesinos integrantes del COA se ha venido constituyendo en un elemento articulador de su posicionamiento como actores políticos frente al conflicto desatado por las intenciones del gobierno y de algunas empresas de ejecutar actividades mineras en el suroeste antioqueño. Para llegar a esa meta hay que surtir tres tareas específicas. La primera radica en describir y analizar el conflicto causado por las posibilidades de que los territorios habitados por los campesinos del COA sean convertidos en un enclave minero. La segunda es identificar los elementos centrales de los procesos de producción, transformación, comercialización y consumo de alimentos en los que están inmersos los campesinos del COA. La tercera consiste en explorar esos hallazgos en clave de resistencia al capitalismo, es decir, mostrándolos como parte de un proceso de posicionamiento político respecto a la manera en que es concebida la relación entre campesinado y producción de alimentos en el modelo económico colombiano.

Esta investigación está ubicada en un marco espacial y temporal definido, el del sistema- mundo capitalista que se origina a partir de finales del siglo XV y que aún hoy continúa vigente. Según Quijano (2000), con la invasión de América se presenta por primera vez una articulación sincrónica de todas las formas históricamente conocidas de control sobre el trabajo y sus productos alrededor del capital y del mercado. Simultáneamente, las relaciones comerciales adquieren una escala planetaria. Si bien la característica central de este paradigma es el control del trabajo por el capital, Quijano le añade dos rasgos más a la definición de este sistema mundo: colonial/moderno. La modernidad, desde esta perspectiva, comienza con la invasión de América en el siglo XVI

y continúa en el siglo XVIII con la Ilustración y la imposición de un orden cultural basado en la idea de progreso continuado, la individuación, la universalización de particulares valóricos y la racionalidad como perspectiva hegemónica de interpretación del mundo y de actuación sobre él (Escobar; 1997).

En otras palabras, modernidad significa ante todo la capacidad de los seres humanos para actuar en el mundo, decidir sobre él y transformarlo a su antojo. En esa medida, la historia moderna es resultado de un arreglo de relaciones sociales y de poder en las que han primado los intereses de unos seres humanos sobre los de otros. A eso se refiere el concepto de colonialidad. En el encuentro de españoles y portugueses con la población originaria, las diferencias entre ambos fueron codificadas por los primeros como *raciales* o de naturaleza. Es decir, la dominación violenta de los pueblos existentes se legitimó porque, además de ser evidentemente diferentes, sus formas de vida, sus religiones y sus creencias fueron percibidas como inferiores por los invasores. De ahí en adelante, los procesos de expansión del capitalismo han estado caracterizados por la imposición de criterios dualistas y evolucionistas<sup>8</sup>, lo cual genera a su vez la dominación y la subalternización de los grupos que se oponen a estas concepciones<sup>9</sup>.

El presente trabajo es un intento por traer a lo concreto las abstracciones anteriores. La transformación productiva ejecutada a través de la promoción de la minería sobre las actividades agrícolas escenifica una nueva etapa de expansión del capitalismo en el suroeste de Antioquia. Para entender la forma en que este proceso se está llevando a cabo, es necesario recurrir al concepto de desarrollo. Esta palabra está atada indisolublemente a las nociones de bienestar, avance y evolución, heredadas de la modernidad y de la Ilustración (Quijano; 2000). Tiene como requisitos el crecimiento económico constante (Gudynas; 2012), la mercantilización de la naturaleza (Rojas y Restrepo; 2010) y la promoción de un estilo de vida en el que se privilegia el sentido de la ganancia y el individualismo (Quijano; 2000). Concretamente, el desarrollo como dispositivo de poder (Escobar; 1997) hace su aparición en América Latina a mediados del siglo XX como fórmula para erradicar la pobreza y el atraso económico de estos países.

El desarrollo es, desde entonces, un dispositivo cultural que se manifiesta en todos los ámbitos de la existencia y que es utilizado como estrategia para perpetuar el actual esquema de relaciones sociales de dominación/explotación/conflicto alrededor del control del trabajo, la autoridad, el sexo, la subjetividad y la naturaleza que define a la sociedad colombiana. Por eso apela a cuestiones como el progreso, el bienestar, la calidad de vida (conceptos por otra parte totalmente relativos y relacionales); y a las formas como es posible alcanzarlos. El modelo de desarrollo que ha adoptado el gobierno colombiano propone como fórmula para el crecimiento la extracción y la exportación de la naturaleza para satisfacer las demandas internacionales de minerales y energía. De ahí su carácter extractivista y neoliberal. Detrás de dicha determinación está la convicción de que esta forma de intercambio puede llegar a ser rentable, y por tanto beneficiosa, para los intereses de todos los habitantes de esta jurisdicción territorial.

---

<sup>8</sup> Por ejemplo: tradicional-moderno, civilizado-bárbaro, inferior-superior, desarrollado-subdesarrollado, etc.

<sup>9</sup> Esto revela el carácter colonial del actual modelo civilizatorio, porque crea la diferencia al tiempo que la jerarquiza.

---

Sin embargo, algunos campesinos del suroeste no piensan de la misma manera. Y han hecho manifiesto el conflicto a través de la creación del Cinturón Occidental Ambiental. Para ellos, la explotación del oro que guardan sus montañas, lejos de ser el método indicado para traer el progreso, es una posibilidad que amenaza sus vidas. Esta oposición se corresponde con una continuidad histórica en la que los campesinos han demostrado que poseen racionalidades distintas a la capitalista, a pesar de que estos grupos no pueden pensarse por fuera de este sistema económico. Sin duda, el campesinado constituye una categoría resbalosa debido a que sus identidades se producen en contextos de constante cambio y de enfrentamiento permanente con el Estado, razón por la cual es complicado definir las tajantemente, aun haciendo uso de las teorías clásicas que lo han intentado.

Autores como Marx y Chayanov hicieron los primeros aportes para caracterizar a los actores sociales que protagonizan los mundos rurales. Para estos autores, la economía campesina típica tiene dos aspectos esenciales: el uso de la fuerza del trabajo familiar y la ausencia de acumulación del capital en sus actividades productivas. Según Shanin, el campesinado es una entidad social que “se compone de pequeños productores agrícolas que, con la ayuda de equipo sencillo y el trabajo de sus familias, producen sobre todo para su propio consumo y para el cumplimiento de sus obligaciones con los detentadores del poder político y el económico” (Shanin. 1971; 215-216). Además de resaltar a la familia como la unidad organizativa de la producción campesina, este autor hace énfasis en la manera en que los campesinos se encuentran subordinados a poderosos intereses externos que explican el que encuentren sus cotidianidades mediadas por las lógicas de la producción para el mercado.

En una línea similar, Eric Wolf afirma que los “campesinos son cultivadores rurales cuyos excedentes son transferidos al grupo dominante de los gobernantes quienes los utilizan para asegurar su propio nivel de vida [...]” (Wolf; 1971). Esta explotación tiene muchas veces como consecuencia la disolución de las formas de vida campesinas debido al carácter expansivo del mercado como sistema de organización económica en las sociedades capitalistas. De ahí que el conocimiento local tenga un carácter contradictorio y adaptativo (Fals Borda, 2007): se desenvuelve en espacios configurados a partir de lógicas de poder específicas del sistema político- económico y del contexto rural dominante. Retomando a Wolf (1971), la cultura campesina debe entenderse como un sistema adaptativo desarrollado por un grupo de personas en situaciones ecológicas e históricas particulares, el cual es expresión de una posición estructural frente al Estado-nación.

Estas nociones se ajustan al caso colombiano si tenemos en cuenta que, según Forero, “las comunidades campesinas colombianas son de reciente formación (siglos XIX y XX) y estas han surgido y se han consolidado gracias a las luchas contra las trabas de las haciendas andinas y los latifundios costeros, luchas por fundarse como colonos para sacar sus productos al mercado, luchas por la construcción de la infraestructura necesaria para llevar a cabo los ciclos comerciales, etc.” (Forero; 2002: 13). De ahí que la construcción del campesinado colombiano se caracterice por continuos procesos de recomposición de sus identidades en relación con los cambiantes escenarios políticos y económicos que se manifiestan de determinadas maneras sobre el sector agrícola y sobre sus protagonistas principales. Como afirma Ramírez (2001), el Estado y la cultura

popular son interdependientes y deben comprenderse en términos relacionales, es decir, identificando las formas en las que cada uno ayuda a crear, a construir y a permitir al otro.

Partiendo de lo anterior, es posible empezar a entender el origen del conflicto que están protagonizando los campesinos del COA frente a la minería en el suroeste de Antioquia. El enfoque de la economía hacia las exportaciones de materias primas pone en peligro la supervivencia de las comunidades rurales (léase indígenas, negras y campesinas) cuyas organizaciones sociales dependen del aprovechamiento directo de los bienes de la naturaleza. La aplicación de un modelo económico de corte extractivista en el país es el punto de partida para las luchas socio-ambientales protagonizadas por diversos grupos sociales que responden ante los efectos que sobre sus vidas trae la re-primarización de los sistemas productivos. Además, el análisis de tales disputas se complejiza por el hecho de que no pueden ser resueltas ni por la vía de la valoración económica de la naturaleza ni por la asignación de normas ecológicas a la economía (Walter; 2009).

Por esa razón, uno de los conceptos más prolíficos para entender las tensiones que se presentan ante el avance del modelo de desarrollo extractivista sobre las comunidades rurales es el de conflictos distributivos. Esta perspectiva parte del supuesto de que existe una distribución ecológica desigual de los costos del modelo de desarrollo proveniente de las formas asimétricas en las que los humanos hacen uso de los recursos y servicios ambientales. Al entender las disputas por y sobre la naturaleza como relaciones de poder, se produce la “politización de la ecología” (Leff; 2006). La ecología política es el estudio de los conflictos ecológicos, económicos y culturales distributivos alrededor del acceso a, y el control de, los recursos naturales. También es el estudio de las prácticas económicas, ecológicas y culturales de la diferencia

La investigadora colombiana Astrid Ulloa propone que los conflictos sociales en el contexto latinoamericano son el resultado de las continuas crisis económicas y políticas que esta autora define como las crisis del desarrollo. En su planteamiento, Ulloa (2004) hace un énfasis especial en que el deterioro de las condiciones sociales de los países del continente se ha debido a la aplicación del imaginario desarrollista a través de los mecanismos legales de sus Estados, lo cual ha fomentado, entre otras, la crisis de los partidos políticos y sus formas de representación. Por ello, estas reivindicaciones son dirigidas hacia el Estado y su concepción hegemónica del desarrollo expresada en tratados de libre comercio, políticas de privatización, fomento de la inversión extranjera y la incorporación de la economía al mercado global (Guerrero; 2008).

En general, estas resistencias son protagonizadas por grupos tradicionalmente atados al territorio a partir de visiones del mundo y de la naturaleza que se contraponen, en muchos aspectos, a la lógica dominante. Aunque en el fondo estos conflictos se desenvuelven en el ámbito de los significados, lo más importante es que los cuestionamientos son realizados por estos grupos al nivel de las prácticas mismas, las cuales, aunque no son totalmente opuestas a las dominantes<sup>10</sup>, evidencian formas

---

10 A ese respecto hay que tener en cuenta que no existen identidades originarias ni pre-sociales (Bhabba; 2002), (De La Cadena; 2009). La identidad del otro se forma en relación con y a veces en oposición a la cultura dominante. Es entonces cuando hace aparición la interculturalidad y la necesidad de develar las relaciones de poder inmersas en estos procesos.

---

específicas de diferencia cultural (Escobar, 2008). Y esto se hace patente en el caso de los campesinos del COA, pues a través de sus prácticas alimentarias intentan desafiar las formas de vida que representan al capitalismo neoliberal. Retornando al principio de estas páginas, ¿Cómo mostrar esa oposición que han construido estas personas entre alimentación y minería? En este punto comienzan las decisiones metodológicas.

## **1. Una metodología participativa: dejar hablar al campesino**

Hasta aquí se ha visualizado el problema de investigación como un resultado de la profundización del modelo de desarrollo extractivista que caracteriza a la economía colombiana actualmente y que interviene en los territorios sin consultar con quienes los habitan. El conflicto distributivo ha sido propuesto por unos campesinos que sienten que la minería amenaza su supervivencia al intentar apropiarse de los recursos naturales sobre los que se asienta tanto material como simbólicamente su existencia. Por eso se han agrupado alrededor del Cinturón Occidental Ambiental, un espacio de organizaciones a través del cual intentan reivindicar ante el Estado su identidad y su derecho a permanecer como grupo. Ahora bien, antes de describir la manera como se aplicaron estos conceptos en el trabajo de campo, vale la pena dejar consignadas un par de reflexiones sobre la perspectiva metodológica que subyace a este trabajo.

El conflicto distributivo causado por las intenciones de explotar el oro de las montañas del suroeste antioqueño se enmarca en un contexto de subalternización de conceptos, prácticas, creencias, formas de ser y de vivir, etc. Los campesinos del COA son categorizados como atrasados, pobres y subdesarrollados y la minería es vista como el modelo económico más eficaz para traer el progreso a sus regiones. Para superar estas visiones dicotómicas del mundo, es necesario partir de lo que Mignolo (1998) ha llamado el pensamiento de frontera. Se trata de una toma de posición en la que la dualidad inherente a la modernidad se va diluyendo en la medida en que se abandonan las categorías y los estereotipos impuestos por occidente para entender *a los mismos y a los otros*, así como cuando entendemos que la exterioridad a la modernidad no tiene que ver con un aislamiento definitivo, ni con identidades originarias. La exterioridad constituye una negatividad desde la cual la dominación del otro es descubierta (Escobar; 2005).

Estas premisas dieron origen a una metodología de investigación primordialmente participativa. Dado que se trata de un escenario conflictivo en el que están en disputa visiones divergentes del mundo, el conocimiento científico debe servir como herramienta que permita la adquisición de experiencias y saberes que guíen las luchas y las reivindicaciones de las personas organizadas en un movimiento social. En ese sentido, no se trata de defender ni practicar una supuesta asepsia científica que devela las problemáticas desde un lugar prístino y neutral: existe la certeza de que la ciencia, y la manera como se produce, han servido históricamente como aparatos de dominación al servicio del capitalismo (Fals Borda; 2007). En consecuencia, y como ha sido evidente hasta este momento, el lugar de enunciación desde el que se relata el conflicto es ocupado por los campesinos del COA.

En esta investigación no se pretende objetividad pero sí rigurosidad. Para lograrlo, hay que tener en cuenta que, por ser un producto cultural, la ciencia responde

a intereses e intenciones que se legitiman mediante la aplicación de ciertas reglas y técnicas convencionalmente aceptadas. Siguiendo a Fals Borda (2007), es improbable que los conocimientos populares estén estructurados de acuerdo con estos patrones científicos tradicionales. Sin embargo, esto no implica que el saber popular no tenga validez científica en sí mismo. La labor del intelectual orgánico consiste entonces en dar voz a los excluidos e incorporar esos conocimientos en la corriente científica común visibilizando su importancia y su utilidad en el desenvolvimiento de los procesos económicos y sociales que se llevan a cabo en las localidades. En esa medida, este trabajo pretende mostrar que las formas de vida que están siendo amenazadas por la minería y las estrategias que los campesinos del COA están implementando para defenderlas son perfectamente *posibles y razonables*.

Este bagaje teórico y metodológico sirvió como sustento para el diseño y la planeación de las actividades que permitieran obtener la información necesaria para darle alcance a los objetivos propuestos en esta investigación. Como se recordará, el primero busca describir y analizar el conflicto distributivo causado por las implicaciones que para los campesinos del COA tienen las intenciones del gobierno y algunas empresas de convertir el suroeste antioqueño en un enclave minero. En la aproximación a este desafío fue necesario tener en cuenta el carácter espacio-temporal del conflicto, es decir, que este se manifiesta en un lugar y en un tiempo específico. De ahí surge la necesidad de empezar por dibujar un panorama de lo que es la región del suroeste actualmente. Esta representación permitiría darle contornos reales a la problemática y se convertiría en el punto de referencia a partir del cual se empezarían a detallar el conflicto y sus raíces.

Así, apareció el concepto de territorio como una variable que permite entender las transformaciones que se ciernen sobre los ámbitos económicos, ecológicos y culturales de las vidas de los campesinos del COA. La fuerza explicativa de este concepto radica en que trasciende la descripción del espacio físico como tal, pues los actores que lo habitan (y quienes en este caso están hablando de él) lo permean continuamente de relaciones sociales y de poder que le insuflan un carácter histórico y dinámico. Desde esta perspectiva, el territorio es entendido como una “significación cultural con variadas implicaciones a nivel social, lo que lo ha llevado a que se convierta en objeto de estudio. No existe un territorio en sí, sólo existe un territorio para alguien que puede ser un actor social, tanto individual como colectivo, que lo incluye desde la planeación y el ordenamiento territorial, hasta el decoro del hogar o el acceso a los recursos. Además, el uso social del territorio no se puede tomar en abstracto: se concreta en dominios culturales tales como el parentesco, la economía, la salud, la política, la religión, entre otros” (Nates, 2010).

En suma, la estrategia ideada para dar cuenta del conflicto distributivo fue invitar a los campesinos del COA a un taller de realización de la cartografía social del suroeste de Antioquia. Vale la pena aclarar que la gran extensión de este territorio, sumada a que los protagonistas de esta historia habitan en dos de sus municipios, el trabajo de campo se centró principalmente en las localidades de Caramanta y Támesis<sup>11</sup>. En líneas generales,

---

<sup>11</sup> A pesar de esta restricción, a lo largo del texto se irá mostrando que las características geográficas, hidrográficas, climáticas, sociales, económicas y culturales de Támesis y Caramanta se pueden entender como un patrón que comparten con la mayoría de los municipios del suroeste antioqueño.

---

en el taller se solicitó a los campesinos que sobre un croquis de Támesis dibujaran las actividades económicas predominantes y los principales referentes ecológicos. También se indagó por la definición de cultura campesina y se identificaron aquellos lugares del territorio en los que se materializa esta forma de vida. Una vez el mapa fue completado, se dio inicio a la socialización de las problemáticas y de las potencialidades del territorio. La discusión fue animada por las preguntas sobre lo que significa un conflicto y sobre la forma en la que se transformaría el territorio con la llegada de la minería.

Uno de los hallazgos principales de esta primera actividad fue la relación que establecieron los participantes entre economías campesinas, alimentación y minería. Entender las primeras como aquellas “actividades destinadas a garantizar parcial o totalmente la subsistencia del trabajador rural” (Múnera; 1998: 239) remite necesariamente al tema de la producción y el consumo de alimentos. Para los campesinos del COA, la minería amenaza con disolver definitivamente las economías campesinas que se sustentan alrededor de la producción de panela, leche, café, yuca, plátano y algunas hortalizas, principalmente. Esta franja de pequeños productores se ha venido concentrando en las zonas medias de los municipios del suroeste debido a las fronteras que imponen por las partes altas los bosques y ecosistemas de conservación (términos con los que algunas veces se disfrazan las explotaciones forestales de pino que han venido propagándose en la región), y a las barreras que interponen por las partes bajas las tierras dedicadas a la ganadería extensiva y la agricultura de plantación. Esta configuración se ha venido implantando en detrimento de los intereses de los campesinos de la región, hasta el punto de haber impelido a algunos de ellos a la disyuntiva de organizarse o renunciar al territorio.

Aunque la explicación del proceso en virtud del cual las cosas han llegado a este límite es complejo y por tanto será abordado a profundidad en el próximo capítulo, cabe afirmar que en el taller de cartografía social surgieron dos claves para comprenderlo. La primera es que se trata de una historia de largo aliento que se relaciona con la aplicación de ciertas políticas desarrollistas sobre la agricultura. La segunda es que los campesinos del COA se han identificado como parte de los actores cuyas lógicas de producción y estilos de vida han sido intervenidos en el trascurso de la implantación de esas lógicas. Es decir, tienden a ver la actual coyuntura como resultado de una persecución histórica en contra de las formas de vida campesinas que se puede corroborar con la situación económica de muchos campesinos a quienes con el trabajo de la tierra no les alcanza para comer. Debido a que esto se constituye en un auténtico contrasentido, los campesinos del COA entienden que la forma de oponerse a este destino es mediante la apuesta por la soberanía alimentaria.

¿Cómo hacer visible esta resistencia? La pregunta da pie para introducir el segundo objetivo específico de la investigación. En el intento de identificar los elementos centrales del sistema alimentario de los campesinos integrantes del COA ya hay implícita una decisión conceptual y metodológica. Como se mostró con Escobar (2008), el estudio de las identidades que construyen y movilizan algunos grupos sociales en el marco de los conflictos distributivos debe ser orientado hacia las prácticas de sus individuos. Por su complejidad, la indagación sobre la identidad obliga a la utilización de conceptos y metodologías que posibiliten la identificación, con la suficiente profundidad, de las maneras en las que esta se actualiza en las prácticas cotidianas de las personas. La realización de un

taller de construcción colectiva del sistema alimentario de los campesinos del COA aparece entonces como la estrategia adecuada para alcanzar este propósito.

En primer lugar, y como manifestación de las identidades de ciertos grupos, el sistema alimentario debe ser entendido como un proceso dinámico que fluctúa de acuerdo con lógicas culturales y políticas de alcance global (Beardsworth y Keil, 1997). Por esa razón, el sistema alimentario se define como un conjunto actores y de actividades económicas interrelacionadas, que consisten en la producción, transformación y distribución de alimentos con la finalidad de satisfacer las necesidades de energía y nutrientes de la población (Quintero; 2009). La primera fase comprende la producción de alimentos en las ramas animal, vegetal y pesquera del sector agrícola, los cuales se destinan al consumo humano directo o a su transformación industrial. Tanto la transformación como la comercialización conforman el componente industrial de estas construcciones sociales. El último ámbito es el del consumo, en el cual se evidencia la efectividad de los demás elementos del sistema alimentario pues aquellos existen en función de él (Machado; 1984). Por último, en cada una de las etapas del sistema alimentario están implicados patrones culturales, comerciales, económicos y fisiológicos que son influidos por las exportaciones, las importaciones y por las políticas relacionadas con el sector agrícola

Teniendo en cuenta lo anterior, el taller de construcción del sistema alimentario giró en torno a la producción orgánica de alimentos, ya que ese modo de producción y *forma de vida*<sup>12</sup>, tal y como es entendida por muchos de los participantes, no es mayoritaria en el territorio pero sí dentro de los campesinos del COA. La primera actividad consistió en la realización de un *collage* en el que cada uno de los participantes aportó cinco imágenes sobre lo que para ellos representa la manera en la que producen sus alimentos. En segundo lugar se propuso un ejercicio de evocación de los primeros recuerdos que acudían a sus mentes cuando se les mencionaron productos como el café, el frijol, la panela y el maíz. También se preguntó sobre los procesos de transformación de dichos productos en sus fincas, es decir, sobre la forma como aplican ciertas técnicas que les permiten elaborar bienes para su consumo y para destinar a la fase de la comercialización. Sobre esta última, se habló de los niveles de dependencia frente al mercado y de las barreras que encuentran en su necesaria relación con él.

Aunque este no es el espacio para develar los hallazgos obtenidos, del análisis del sistema alimentario de los campesinos del COA se desprenden ciertas prácticas que remiten a significados como la autonomía alimentaria, la independencia, el cuidado de la vida y la identidad campesina que para ellos representan la esencia de la disputa frente a la minería en el suroeste antioqueño. ¿Cómo estas construcciones del territorio se contraponen a las narrativas del desarrollo difundidas por el Estado y por las empresas transnacionales? Responder esa pregunta se constituye en el tercer objetivo específico que persigue esta investigación. En cierta medida, esta tarea puede verse como la síntesis de las dos principales estrategias metodológicas que se diseñaron para entender la

<sup>12</sup> Es importante reiterar que a pesar de que esta investigación se centra en los campesinos pertenecientes al COA, esta articulación que ha surgido en las montañas del suroeste antioqueño está compuesta también por pobladores de los núcleos urbanos de todos los municipios y por personas y organizaciones de otras regiones del país. Por sus prácticas agrícolas, dichos campesinos representan una minoría con respecto al resto de agricultores que aún permanecen en la región.

---

forma como el sistema alimentario de los campesinos integrantes del COA se ha venido constituyendo en un elemento articulador de su posicionamiento frente al conflicto desatado por las intenciones del gobierno y de algunas empresas de ejecutar actividades mineras en el suroeste antioqueño.

La primera fue la invitación al taller de cartografía social y la segunda fue la construcción colectiva del sistema alimentario. El trabajo de campo se complementó con caminatas de reconocimiento al territorio, visitas a las fincas ubicadas en diferentes veredas de los municipios y con la asistencia a eventos organizados por el COA como el foro “Minería en el suroeste: ¿oportunidad para el desarrollo o amenaza para el territorio?” que tuvo lugar en el municipio de Andes en el mes de junio de 2012, la “Vigilia por la Defensa del Territorio” que se realizó en Támesis en julio y en “El Abrazo a la Montaña, travesía por el suroeste” que recorrió algunos de los municipios de esta región en noviembre del mismo año. Las caminatas y las visitas fueron acompañadas, en su mayoría, por uno de los líderes de la Asociación de Caminantes de Támesis (ACATA), Fidel García. Esta asociación hace parte del COA a través del Comité por la Defensa Ambiental del Territorio (CODEATE) en Támesis.

Por último, se realizaron once entrevistas a profundidad a líderes, funcionarios públicos y campesinos participantes de la organización, los cuales serán presentados a lo largo del relato. En general, dichas entrevistas estuvieron estructuradas alrededor de tres temas principales. El primero consistió en la construcción amplia de la historia de vida del entrevistado (en el caso de los campesinos haciendo énfasis en los procesos de transformación que todos protagonizaron desde la producción convencional hacia la orgánica). El segundo abarcó la descripción y el análisis del conflicto tal y como es percibido por cada uno de los informantes. El tercero, en el caso de los campesinos, contó con preguntas acerca de las formas de producción, transformación, comercialización y consumo que llevan a cabo en las fincas y fuera de ellas. En el caso de los funcionarios se intentó profundizar tanto en las posturas públicas como en las personales sobre la minería y sobre el desarrollo en la agricultura.

Toda esta información sirvió para delinear con mayor precisión los elementos centrales del conflicto y la resistencia que desde lo alimentario están ejerciendo los campesinos del COA. Por ejemplo, se encontraron referencias recurrentes a la revolución verde y al neoliberalismo como dos de los momentos claves en la configuración de un proceso que hoy ha desembocado en el conflicto frente a la explotación minera en el suroeste antioqueño. En esa reconstrucción que hacen de la historia se ubican como los principales damnificados (junto con algunos grupos indígenas y afrocolombianos) de un sistema económico excluyente. Para evidenciarlo, se remiten al rol otorgado a la producción agrícola campesina en los discursos desarrollistas que han moldeado a la agricultura colombiana desde mediados del siglo pasado. Y lanzan una aseveración concreta: la creciente dependencia alimentaria en la que está incurriendo Colombia<sup>13</sup> tiene

---

13 De acuerdo con el investigador Absalón Machado, Colombia importa alrededor del diez por ciento de los alimentos que componen su dieta básica. Se considera que un país pone en riesgo su seguridad alimentaria cuando debe importar el quince por ciento de los alimentos que consume. Disponible en: <http://www.agenciadenoticias.unal.edu.co/detalle/articulo/colombia-estancada-en-el-combate-contra-el-hambre.html>

estrechas relaciones con el conflicto que se ha desatado en el suroeste de Antioquia, y en general con la situación de la agricultura y del campesinado en la actualidad.

Como esta investigación no es una reproducción acrítica de las voces de los campesinos del COA, todo el trabajo de sistematización de la información estuvo acompañado de una extensa revisión bibliográfica que permitió enfocar el problema desde una visión académica y teórica específica. Además, los testimonios de los campesinos del COA fueron contrastados con algunos argumentos y cifras de estudiosos del tema agrario en Colombia como Machado, Robledo Castillo, Suárez y Fajardo que permitieron darle contornos más específicos a la problemática estudiada. Aunque en sus análisis parten de premisas teóricas disímiles y llegan a conclusiones distintas, estos autores concuerdan en que el comportamiento de la producción alimentaria en Colombia es una variable dependiente de las políticas que sobre la agricultura han sido implementadas.

## **2. Desarrollo en el agro: seguridad vs soberanía alimentaria**

En la década de los años cincuenta se marca el comienzo de una serie de transformaciones que pueden interpretarse como el despegue del desarrollo capitalista en el campo (Suárez; 2007). Tal vez la más importante consistió en la rápida difusión que alcanzaron las tecnologías de la revolución verde sobre la agricultura colombiana, lo cual ocurrió en parte gracias a la intervención estatal a través de las políticas agrarias<sup>14</sup> y la labor de organismos internacionales que promovían la *modernización* de viejos cultivos. Segrelles resume los fundamentos de esta iniciativa: “[...] el modelo agrario impuesto, basado en la intensificación productiva mediante la utilización masiva de tecnologías modernas, fue sustentado por cinco pilares básicos: la mecanización, el regadío, los fertilizantes químicos, los plaguicidas y la bioingeniería genética” (Segrelles; 2005: 3). Aunque el cambio tecnológico fue adoptado por casi todos los productores, “este se hizo más intenso en cultivos de arroz, algodón, sorgo, soya y papa; los cuales son los mayores consumidores de insumos de síntesis química y de semillas *mejoradas*” (Suarez; 2007).

Este proceso no trajo consigo la prosperidad para los campesinos. Al contrario, influyó en el aumento de la pobreza rural y en el deterioro del medio ambiente. Como afirma Segrelles (2005: 3), “los profundos cambios producidos en los sectores agropecuarios de la región han constituido hasta el día de hoy un foco fundamental de dependencia económica y degradación ambiental”. Ahora bien, la aplicación de las tecnologías de la revolución verde influyó en la producción alimentaria nacional de una manera bastante particular. Si bien no afectó directamente el abastecimiento interno del país, socavó la asociación directa que hasta ese momento existía entre los campesinos y la producción de alimentos. Esta dejó de ser realizada como símbolo de una lógica campesina de autoconsumo y subsistencia y empezó a estar sustentada en la búsqueda de la productividad y la rentabilidad (Montaño Rivera; 2011).

Para los años ochenta, antes de la implementación del modelo neoliberal, la

---

<sup>14</sup> Dentro de estas políticas surgieron las instituciones cafeteras como el fondo Nacional y la Federación de Cafeteros, el Instituto Nacional de Alimentos y el Instituto Nacional de Aprovechamiento de Aguas y Fomento Eléctrico.

---

participación de los pequeños y medianos agricultores en la producción de alimentos era mayor que la de la agricultura comercial. Como afirma Suárez (2007), “sin tener en cuenta el café, hubo predominio de cultivos transitorios sobre permanentes, de los no comerciales sobre los comerciales y de los alimentos sobre las materias primas”. En este periodo la agricultura colombiana producía casi que exclusivamente alimentos de consumo directo como cebada, fríjol, maíz, papa, hortalizas, panela, plátano, frutas y cacao (Suarez; 2007). Aunque la producción agropecuaria nunca estuvo totalmente enfocada hacia el autoabastecimiento alimentario del país, la llegada del neoliberalismo significó una transformación radical en la orientación productiva de la economía colombiana.

En una definición de Sarmiento Anzola citada por Robledo Escobar (2012), este investigador explica que:

“las políticas neoliberales implantadas en Colombia desde finales de la década de los ochenta se basaron en la hegemonía del capital transnacional y financiero, en el desmonte de las barreras arancelarias, en la desaparición de los derechos laborales y sociales, en la libre circulación de mercancías y capitales, en la abierta disponibilidad sin restricciones de los recursos naturales y la biodiversidad, en la represión violenta del descontento social y la imposición de regímenes policiales y de control” (Robledo Escobar; 2012: 27).

La liberalización del comercio, con la consecuente desprotección de la agricultura frente a las importaciones a bajos precios de alimentos subsidiados en otros países, se tradujo en una avalancha de importaciones agropecuarias que puede ser dimensionada con el siguiente dato: mientras que en 1990 el volumen de toneladas importadas fue de 1.983.800 con un costo de 559.8 millones de dólares y para 1996 el volumen de toneladas se había incrementado en 5.606.100 por un valor de 1.992,3 millones de dólares (Suarez; 2007).

Como lo señala Fajardo (2011), la dependencia alimentaria en Colombia se puede observar como una de las consecuencias inmediatas de la implantación del modelo neoliberal. Este hecho se caracterizó por la exposición de la producción nacional a esferas globales de intercambio de bienes agrícolas, los cuales comenzaron a competir ventajosamente con la producción interna (Fajardo; 2011: 250). Ante la poca competitividad de la agricultura colombiana a nivel internacional, las grandes plantaciones forestales y comerciales, la minería, y la ganadería, entre otros procesos desarrollistas, han venido ocupando las áreas en donde antes se sembraba comida. En efecto, el país rural cuya economía dependía de la exportación de productos como el café ha dado paso a uno en el que el petróleo representa más de la mitad de las ventas en el exterior. Colombia es actualmente el cuarto productor mundial de carbón y las plantaciones comerciales de bienes agrícolas tropicales para la exportación se han apoderado de grandes extensiones del territorio.

Recapitulando, la apuesta por la modernización productiva que justificó la aplicación de las tecnologías de la revolución verde fue remplazada por la de la primacía del mercado en la asignación de los recursos. Los altos precios internacionales de los productos primarios y la permanente necesidad de ampliar los márgenes de ganancia han reconfigurado la geopolítica de la producción-distribución y consumo global. Los países deben competir basados en una ley de las ventajas comparativas que les otorga

ciertas funciones en el sistema de producción global. Y por eso este país se ha embarcado en un modelo de desarrollo basado en la especialización en actividades económicas extractivas. A lo largo de este proceso, la producción campesina de alimentos para el mercado interno ha sido suplida paulatinamente por las importaciones de estos bienes provenientes de otros países.

En esta decisión están implicadas ciertas nociones gubernamentales sobre la agricultura, sus funciones en el desarrollo del país y sobre los campesinos que tradicionalmente han protagonizado esta actividad productiva. Estas nociones, sobre las cuales vale la pena hacer algunas consideraciones que finalicen este apartado, pueden englobarse bajo el término de seguridad alimentaria. De acuerdo con López (2012), el sector agrícola es visto desde esta perspectiva como el encargado de generar, a través de la producción de bienes transables en el mercado internacional, los recursos monetarios para financiar las importaciones de alimentos. Así, la seguridad alimentaria del país está compuesta por cuatro factores principales. La disponibilidad (es decir, la oferta de alimentos provenientes de importaciones, producción interna y ayuda alimentaria internacional) el acceso (es decir, la demanda mediada por el poder adquisitivo de los consumidores), la estabilidad (es decir, su existencia permanente en el tiempo y en el espacio) y la utilización (referente a factores de inocuidad y salubridad).

En este esquema no hay espacio para el campesinado. Como la producción alimentaria no recae directamente sobre los agricultores colombianos, la mayoría debe ocuparse en actividades agroindustriales cuando no tienen que abandonar sus predios. En ambos casos, los resultados no son muy auspiciosos para ellos. Es por eso los campesinos del COA intentan mantener sus culturas campesinas a través de la reivindicación de la soberanía alimentaria. Según Soler, este concepto puede entenderse como la libertad y el derecho de un pueblo a definir sus propias políticas agrícolas de acuerdo con sus características sociales, ecológicas, económicas, culturales y productivas. Esta apuesta política parte del principio de que los productores de la tierra y lo que se produce deben servir en primera instancia para el alimento de la población local. En últimas, la soberanía alimentaria es la capacidad de tener control y decisión soberana de toda el sistema alimentario, desde la producción de alimentos hasta su consumo (Bravo; 2000).

Hasta aquí, el presente capítulo ha intentado mostrar los principales conceptos con los que se ha construido el problema de investigación y la manera como han sido utilizados en el trabajo de campo. El punto de partida es la definición del conflicto como una consecuencia de los continuos procesos de expansión que caracterizan al capitalismo. En este caso, la minería pretende reconfigurar los territorios agrícolas del suroeste antioqueño, legitimada por un discurso del desarrollo que la propone como fórmula para alcanzar la prosperidad económica y social. Ante este panorama, los campesinos del COA han manifestado su oposición y han codificado la disputa como una amenaza a su identidad campesina. Por esa razón, el concepto más adecuado para entender los significados que están en pugna es el de conflictos distributivos. Por último, con la apuesta por la soberanía alimentaria, los campesinos del COA están intentando poner en evidencia una alternativa al modelo económico imperante. Habiendo hecho este breve resumen, y antes de dar paso a la descripción y al análisis del conflicto, es necesario enunciar algunas características del territorio del que se está hablando.

### 3. ¿Qué es el territorio COA?:

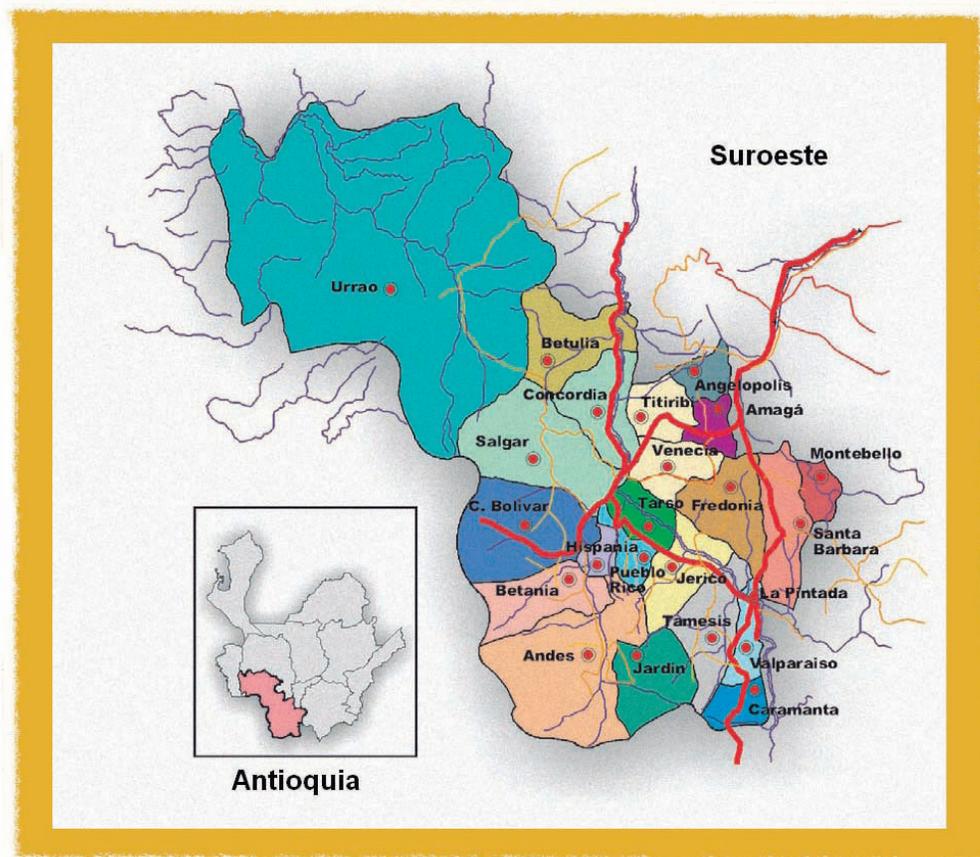


Gráfico 1. Mapa 1<sup>5</sup>. configuración política del suroeste antioqueño.

El suroeste antioqueño está **ubicado entre la vertiente oriental de la cordillera Occidental y la vertiente occidental de la cordillera Central**. Es una de las nueve zonas en las que se divide el departamento de Antioquia. Esta subregión es reconocida por su biodiversidad, su belleza paisajística, su arquitectura colonial, sus riquezas hídricas, sus vestigios arqueológicos y su tradición agrícola (Pérez Franco; 2013). Gran parte de estos territorios han sido involucrados dentro de los planes de empresas transnacionales que han denominado a la zona como el Cinturón de Oro de Colombia debido a las grandes cantidades de oro que reposan en el subsuelo.

En efecto, en el año 2005 se dio a conocer una propuesta del gobierno nacional en la que gran parte del territorio del suroeste antioqueño iba a ser concesionada para una posible explotación minera por parte de empresas transnacionales. Por ejemplo, según Ingeominas, en el 80% del municipio de Tamesis se permitiría la incursión de dichas empresas para dar inicio a las labores de exploración que permitirían medir la cantidad de oro que yace en el subsuelo. Dieciocho de las veinte tres mil hectáreas del municipio

15 Ver: Gobernación de Antioquia mapas municipio de Betulia, [http://betulia-antioquia.gov.co/apc-aa-files/66386339653538643436323566346132/Subregi\\_n\\_Suroeste\\_2.bmp](http://betulia-antioquia.gov.co/apc-aa-files/66386339653538643436323566346132/Subregi_n_Suroeste_2.bmp) (en línea) visitada el 31 de agosto del 2012 a las 9:10 am.

están a disposición de empresas mineras como Solvista Gold Corporation, Anglo Gold Ashanti y Tolima Gold, entre otras<sup>16</sup>.

Otra referencia geográfica que nos puede dar una perspectiva sobre el territorio COA es el cañón del río Cauca, que inicia en Risaralda y termina en puerto Valdivia. La parte de este cañón que pertenece al suroeste antioqueño comienza en los límites de Marmato, abordando la cordillera occidental, y yace en la confluencia del Río San Juan con el Río Cauca. Es una región de 63.878 hectáreas donde predomina la economía cafetera combinada con cultivos de caña, cítricos, aguacate, tomates de árbol y de aliño, cardamomo, frutales, lácteos y cultivos de pancoger. De ahí que estemos hablando de una región dedicada casi que exclusivamente a actividades de producción agrícola, con la excepción de Marmato, en donde sus territorios ha estado destinados a la explotación minera desde hace más de 500 años.

Este cañón se caracteriza por ser una zona de alto impacto tectónico que es atravesada por dos fallas geológicas activas, la falla del cauca y la falla romeral. Las dos fallas tienen movimientos opuestos, una se despliega hacia la cordillera central y otra hacia la oriental, respectivamente, lo que genera que las laderas de las montañas sean inestables. Por eso, algunas de las características por las cuales se destacan los territorios comprendidos dentro de este cañón son las altas pendientes y los suelos inestables. Estas características han configurado ciertos aspectos fundamentales en los municipios del suroeste antioqueño, ya que al ser tan pendientes han tenido consecuencias visibles en cuanto a la construcción de caminos y la inestabilidad de los mismos, a la comunicación con los municipios vecinos, a la comercialización y en cuanto las formas de cultivar la tierra. En estas condiciones, la actividad minera es más peligrosa teniendo en cuenta que la explotación que se planea para esos territorios es a gran escala, empleando la técnica de extracción a cielo abierto que implica la remoción de gran cantidad de tierra para obtener los elementos que yacen en el subsuelo<sup>17</sup>.

Otra de las características destacadas es la presencia de gran cantidad de agua que abastece a las comunidades campesinas y rurales de los diferentes municipios del COA, la cual se ve reducida en los tiempos de sequía. Ríos como el Cartama y el Cauca son alimentados por una gran cantidad de riachuelos y quebradas que bajan de la montaña y en el camino alimentan los acueductos veredales de los municipios. Los territorios del COA albergan gran cantidad de biodiversidad que se manifiesta en la existencia de numerosas especies animales y vegetales en vía de extinción como el gallito roca, el oso de anteojos, entre otros. También cuenta con áreas de reserva ambiental como la Reserva la Cuchilla Jardín Támesis y un potencial arqueológico que se ve reflejado en hallazgos como los petroglifos.

Varios investigadores de la zona como Alonso Cardona (ONG Conciudadanía), Camila Chaparro (Antropóloga Universidad de Antioquia) y Armando Benavidez (Corantioquia), han hecho hincapié en que los territorios del COA albergan importantes aspectos como la belleza paisajística por ser un conjunto de montañas que forman la cordillera oriental. Gran cantidad de biodiversidad por la presencia de sin número de especies animales y vegetales en vía de extinción como el gallito roca, el oso de anteojos,

<sup>16</sup> Entrevista con Don Germán, 29 de julio de 2012.

<sup>17</sup> Según Alonso Cardona la concentración de oro en las montañas de suroeste antioqueño es menor a 1 gramo por tonelada de tierra.

entre otros. Áreas de reserva ambiental como la Reserva la Cuchilla Jardín Támesis y un potencial arqueológico que se ve reflejado en hallazgos como los petroglifos<sup>18</sup>.

En esas montañas se ha configurado una economía campesina, que se ha adaptado a las características del suelo, (suelos inestables y pendientes), razón por la cual muchos de los campesinos que a allí viven han decidido, por ejemplo, sembrar en terrazas para así hacer más favorable el trabajo dentro de sus parcelas, teniendo en cuenta que esta manera de cultivar no es la única y corresponde a la minoría de las personas, puesto que hay algunos que lo hacen de manera convencional<sup>19</sup>. Sin embargo allí no solo se ha dado lugar al desarrollo de economías campesinas, pues también se reconocen economías extractivistas como minería artesanal y monocultivos de cítricos, café, cacao, caña, madera, etc.

Estos aspectos constituyen recursos intangibles que forjan la historia y la identidad de estas zonas. Este es el caso de Yesid, un campesino de 30 años que vive en la vereda de San Pedro. Para él, Támesis es

“el paraíso que resumen algunas religiones, un lugar que ostenta tranquilidad. Aquí usted encuentra desde una palma de coco hasta papa en un territorio con poca área, 24mil hectáreas. Son 243 kilómetros distribuidos en cinco zonas de vida, encontramos desde páramo pasando por la palma de cera, árbol nacional, ojo de anteojos, la nutria, las cavernas, las cascadas, pasando por variedades de fríjol, de papa, de maíz, encontrando iguanas, nutrias, león de montaña o puma, dantas, venados, abejorros, se llegó a tener industria de miel a base de apicultura, el café, los cafés especiales, cultura indígena, pasando por el cultivo del cacao que ha sido tan importante en américa y que está introyectado (sic) en nuestra memoria histórica”

En la mayoría de municipios del suroeste se han configurado históricamente economías campesinas alrededor del cultivo del café. Como lo explica don Germán, profesor retirado y vocero del COA,

“Hay un cinturón de café, donde encuentra café encuentra economía campesina, es una particularidad de este municipio y es que el café lo encuentra con plátano, con caña. Hay mucho campesino que no se comió el cuento del comité y no tumbó la sombra, entonces eso permite biodiversidad, mantiene sus aguacates en el café entonces hay soberanía alimentaria, maderas, frutales y eso se da en muy pocas zonas cafeteras, en muchas partes usted encuentra el monocultivo del café pegado de la montaña, aquí los grandes [terratenientes] son los que hacen eso, muchos campesinos quieren copiar eso pero no son mayoría. Por eso yo no creo que se deba hablar por separado del café, el cardamomo, el cacao o la caña sino que se debe hablar de economía campesina, el que tiene café tiene plátano, aguacate, etc.”

José Francisco Ramírez, secretario municipal de desarrollo rural de Támesis, complementa,

“En Támesis tenemos en café poco más de 2mil hectáreas y poco más de mil cultivadores, eso habla de la importancia del café en el municipio, el año pasado la cosecha cafetera de Támesis costó alrededor de 15mil millones de pesos. Y alrededor del café hay plátano, hay una o dos vacas lecheras, hay algo de caña, alguna gente tiene peces. Además, Támesis es un potencial grande en la zona sur en plátano, le estamos trabajando a eso, tenemos 79 productores asociados, de la caña depende poco más de cien familias, algo en cacao, carne y leche, porque no nos queremos casar con un solo cultivo, el peligro del monocultivo es muy grande y es lo que estamos tratando de recuperar”.

<sup>18</sup> Información obtenida en: evento académico Vigilia por la defensa del territorio

<sup>19</sup> Se entiende por “cultivar convencionalmente” a aquella forma de sembrar con agroquímicos, en donde la utilización de abonos químicos, plaguicidas y herbicidas es la manera mediante la cual se pretende aumentar la producción y la prevención de plagas.

El secretario Ramírez se refiere al avance de la economía extractivista, representada en el monocultivo de naranjas de la zona baja y en las plantaciones de maderables en la parte alta, que amenaza la permanencia de la economía campesina. Al respecto, Yesid afirma,

“el monocultivo de naranjas lo encontramos en la vereda el rayo, desde los 550msnm, una zona óptima para la producción de la naranja valencia. Hacia los lados de Fredonia el establecimiento de pinos y en la parte de Río Frío y el Tacón madera para celulosa. En el rayo y San Isidro ha habido un desarrollo para fincas de recreo lo cual genera una dificultad para lo que ha sido la tenencia de la tierra en el municipio de Támesis. En San Pedro, Corozal y Nudillales, concentración de la tierra para potreros. Fincas que antes tenían 1200 empleos ahora solo generan cinco, ahora las mineras entran a supuestamente reforestar pero montan plantaciones comerciales y la gente cree que eso es bueno pero reforestar es con plantas de la zona y preferentemente por la comunidad, no por una empresa privada que establece un monocultivo para el papel, eso contribuye a afectar el clima, mermar la biodiversidad, el agua y los nutrientes en el suelo”.

Cabe mencionar que en municipios como Caramanta la situación es parecida. Alta concentración de la tierra para pastos improductivos y expansión del monocultivo de granadillas, aguacate tomate de árbol. Hasta la estatua que preside al pueblo desde lo alto está completamente rodeada de esta fruta tropical. Según el secretario Ramírez, el avance de este tipo de economía ha significado que

“Las economías campesinas estén siendo cada vez más amenazadas. Ellos [la naranjera] se han concentrado allá abajo y en la zona media sigue existiendo la franja, cada vez menor, de pequeños productores. La parte alta de la montaña es la queremos preservar como reserva protectora-productora, porque es la zona que compartimos que compartimos con los otros municipios y donde nacen las aguas que surten sus acueductos. Además, aquí hay mucha concentración de la tierra, más del setenta por ciento de la tierra pertenece al catorce por ciento de los propietarios que no viven aquí y la tierra más apta para la agricultura no está siendo cultivada”.

Don Sencillo, campesino panelero de la parcelación Playa Rica, sintetiza todo lo anterior en la descripción del mapa construido durante el primer taller.

“El mapa se entiende de occidente a oriente o viceversa a partir de los climas y de la distribución y el uso de la tierra. La zona de arriba es bosque, selva y es la parte de conservación. Luego vienen los pastos, luego la zona cafetera de sur a norte, es combinación de cultivos diversificados de café, plátano, cacao, cardamomo en cada pequeña parcela siempre hay una vaca o dos, animales, lo que es una economía campesina. La zona baja es de ganadería intensiva y de monocultivos, los cítricos vienen invadiendo del nororiente hacia arriba, eso es una economía extractivista. Por eso sobre este territorio hay que hablar de economía propia versus economía extractivista”.

Esta última frase resume un conflicto entre dos visiones contrapuestas de la economía y de la agricultura, se trata de dos formas diferentes del uso del suelo y de los recursos naturales. También retrata un territorio específico que es muchos territorios a la vez y es una forma abreviada de definir los efectos que sobre el país rural sigue teniendo la expansión de las lógicas del progreso dentro de las cuales el desarrollo es solo un ejemplo. Por último, es una frase que introduce un conflicto de largo aliento. A la luz de lo enunciado anteriormente, es posible vislumbrar la forma en la que los recursos naturales están en disputa debido a la interacción de múltiples actores (sociales, políticos, económicos, etc.) con intereses excluyentes. En consecuencia, esta puja ha generado un conflicto que será analizado a continuación.

---

***Capítulo 2:  
Un territorio  
históricamente amenazado.***



“El territorio es la construcción colectiva de un espacio físico, sagrado para la vida, en el cual se tejen relaciones sociales, culturales, políticas, económicas y ambientales que dan origen a una identidad compartida”.

COA

**U**no de los objetivos que persigue esta investigación consiste en describir y analizar el conflicto distributivo causado por las posibilidades de que nueve de los veinticuatro municipios que conforman la subregión del suroeste antioqueño, más algunos del occidente de Caldas, sean convertidos en un enclave minero. La locomotora minero-energética que jalona la economía colombiana pretende reconfigurar sus territorios históricamente agrícolas y los ha agrupado bajo el rótulo de Cinturón de oro de Colombia. Como respuesta, algunos campesinos, junto con otros habitantes de los cascos urbanos de la región, se han apropiado del concepto de cinturón pero para reafirmar el carácter ambiental que los protege de la minería. Y a esa forma de defender el territorio la han bautizado Cinturón Occidental Ambiental.

Desde la perspectiva de los campesinos del COA, entender las raíces y los intereses que motivan el conflicto que se ha desatado implica verlo como el punto culminante de un proceso de varias décadas en las que la agricultura colombiana, incluidos sus protagonistas, fue sometida por gobernantes y empresarios a un intenso proceso de transformación en búsqueda del desarrollo económico. Concretamente, la amenaza de la minería es la profundización de una tensión en la que la lógica extractivista de la acumulación se ha impuesto gradualmente sobre la lógica campesina de la subsistencia. Si aceptamos esta forma de presentar la situación, entonces se hace necesario responder tres preguntas. ¿Cómo se ha configurado el escenario actual?, y si se trata de una tendencia de largo plazo, ¿por qué el conflicto se desata ahora y no antes? Por último, y derivada de la anterior, ¿Qué está en disputa?

La llegada de la minería encuentra un sector agrícola rezagado como consecuencia de las sucesivas políticas que el país ha adoptado en esta materia. Por ejemplo, entre 1970 y 2008, la participación de las actividades agrícolas en el PIB total del país ha pasado del 25.3 al 8.5 por ciento (Gutiérrez; 2009). En un diagnóstico citado por Robledo Escobar (2012), el investigador Aurelio Suárez afirma que el agro colombiano recibió el siglo XXI con altos niveles de desempleo y gran cantidad de hogares en condiciones de pobreza e indigencia, con un ambiente deteriorado por la aplicación desmedida de fertilizantes y plaguicidas químicos y con una desigual distribución de la tierra configurada por el crecimiento del latifundio con la consecuente micro-fundización de las unidades productivas campesinas.

Don Sencillo se menciona a sí mismo como ejemplo de esta problemática, “Yo tuve la experiencia de ser de las dos clases de campesinos que existen, los que tienen tierra y los que no tienen nada, de ahí es de donde viene la posibilidad de la libertad, de tener dónde producir el sustento y sentirse como más arraigado a la tierra. En cambio los otros están contra la espada y la pared, sin nada, sin seguridad social”.

La diferencia que propone don Sencillo, entre los campesinos que tienen tierra y los que no la tienen, nace de la estructura *bimodal* (Machado; 2004) de tenencia de la tierra que ha favorecido los intereses de las clases terratenientes y empresariales del país (Montaño Rivera; 2011). Esto ha tenido como consecuencias principales el aumento

de las migraciones hacia las ciudades y la creciente proletarización de los campesinos en diversos proyectos agroindustriales. De acuerdo con el Informe de Desarrollo Humano de 2011, entre 1985 y 2010 fueron desplazadas violentamente 5.2 millones de personas que dejaron abandonas 6.65 millones de hectáreas (PNUD; 2011). Paralelamente, el deterioro de la soberanía alimentaria en Colombia, que se expresa en las importaciones de alimentos claves en la dieta de sus habitantes<sup>20</sup>, ha sido el reflejo del crecimiento de las extensiones sembradas de palma africana<sup>21</sup>, caña de azúcar<sup>22</sup>, cultivos comerciales, plantaciones forestales y de aquellas dedicadas a la ganadería (Montaño Rivera; 2011), (Suárez; 2007).

José Franciso Ramírez, secretario de desarrollo rural de Támesis, ha tenido que enfrentarse a este panorama,

“Uno mira con preocupación que la mayoría de las hortalizas vienen de Medellín, uno difícilmente consigue cilantro producido aquí, porque no se produce con constancia, estamos tratando de romper esa cadena, producimos muchas cosas pero no tenemos un sistema de mercado adecuado, no tenemos un centro de acopio que regule el mercado y los precios, eso dificulta la comercialización, además porque sacar cualquier cosa de una vereda es costoso, no tenemos infraestructura. Es que las leyes han sido encaminadas a favorecer a cuatro o cinco grandes productores y al pequeño campesino lo han dejado abandonado, el caso más claro es el de Urabá a donde se destinan la mayoría de recursos para el campo en Antioquia, allá están las grandes agroindustrias de la palma y del banano que son propiedad de muy pocas personas”.

En Támesis, esta coyuntura se ha manifestado en dos hechos. En los doce años que transcurrieron entre 1990 y 2002 la población pasó de 23 a 15 mil habitantes<sup>23</sup>, casi todos en el ámbito rural. Frudelca, empresa productora de naranja Valencia tipo exportación, es la mayor empleadora del municipio gracias al acaparamiento de gran parte de las tierras más fértiles del territorio. Tratando de sintetizar en pocas frases la situación del sector agropecuario en Támesis, el secretario Ramírez afirma,

“El punto fuerte del municipio siempre ha sido café, pero eso se ha venido a menos, tenemos cafetales viejos y poco productivos, se está en un programa de renovación, pero nuestra producción ha bajado en casi todos los renglones. Támesis en algún momento fue fuerte en cacao y ya no lo es, se fue de *patrás*, solo tenemos alrededor de 200 hectáreas y eso habla de la poca oferta y las pocas oportunidades que hay en el campo, dependemos de la naranjera que genera mucho empleo pero que está en manos de un privado, eso ayuda y mucho, pero hay que tener en cuenta que el desempleo es muy alto en el municipio”.

En un intento por explicar este escenario, don Alirio sostiene que,

“son muchas cosas las que han causado esto, hoy en día uno entiende que eso han sido políticas del Estado, planeadas desde hace muchos años, porque hoy en día vemos el desplazamiento en el

20 De acuerdo con Robledo Castillo (2010), en 2008 se importaron 5.310.009 toneladas de leguminosas y cereales como maíz, sorgo, cebada, avena, frijol, arveja, garbanzo, lenteja y trigo.

21 Entre 1965 y 2010 las hectáreas sembradas con palma africana pasaron de 18 a 360 mil. Disponible en: <http://portal.fedepalma.org//palma.htm> Acceso 15 de enero de 2013.

22 En la región azucarera de Colombia, ubicada en el valle geográfico del Río Cauca, hay 223.905 hectáreas sembradas en caña para azúcar, de las cuales, el 24% corresponde a tierras propias de los ingenios y el restante 76% a más de 2.000 cultivadores de caña. Disponible en: <http://www.asocana.org/publico/info.aspx?Cid=215> Acceso 15 de enero de 2013.

23 Según datos de la secretaría de Desarrollo Rural de Támesis.

campo, el abandono del campo, el poco incentivo para que el campesino esté, las normas, los TLC, el conflicto armado, tantas cosas, uno piensa que eso posiblemente estaba planeado”.

Y una sucinta revisión histórica parece darle la razón.

Colombia, como se dijo al principio del texto, es un país cuya actividad productiva central a través de la historia ha sido la agricultura. No obstante, es a partir de la década de 1950 cuando empieza a ocupar un lugar destacado en las discusiones e intervenciones desarrollistas. Hasta ese momento, y si bien es cierto que no había sido acuñado el concepto de *desarrollo*, la economía colombiana giraba en torno a la exportación de materias primas, minerales y productos agrícolas como tabaco, añil, caucho, quina, azúcar, carne y algodón. Esta producción era posible gracias a relaciones de aparcería, arrendamiento y peonaje en las grandes haciendas que, junto con los minifundios dedicados a los cultivos de pancoger, componían una estructura agraria heredada de la colonia. Para 1950, de cada 100 hectáreas dedicadas a la agricultura, 18 abastecían el mercado interno, 25 eran destinadas a la exportación y 57 satisfacían el consumo rural (Suárez, 2007).

A partir de su aparición como propósito de las políticas gubernamentales, el discurso del desarrollo se aplicó en todos los renglones de la economía (y de la vida) colombiana mediante múltiples estrategias. Con respecto al sector agropecuario, cabe mencionar, entre muchas otras, las tentativas de reforma agraria del gobierno de Lleras que fueron obstaculizadas por el Pacto de Chicoral, y el programa de Desarrollo Rural Integrado con el Mercado Asistido de Tierras como dispositivo para promover el acceso a este recurso en la década de los noventa; así como actual enfoque territorial del desarrollo rural propuesto por el gobierno Santos. A pesar de la importancia de cada uno de ellos en la configuración del conflicto que se pretende describir, es necesario fijar la atención en dos momentos que para los campesinos del COA representan con fidelidad la lógica del desarrollo y los impactos que sobre la ruralidad ha tenido su aplicación. Nos referimos a la Revolución verde y al neoliberalismo.

De la revisión de estas políticas se desprende una perspectiva de largo plazo de acuerdo con la cual la aplicación de la tecnología de la revolución verde en la agricultura inicia un proceso de desvertebramiento de las economías campesinas que es profundizado por la implementación del modelo neoliberal en la economía colombiana. La conjunción de ambos momentos explica el abandono de la aptitud agrícola y la asunción del carácter extractivo de la economía colombiana. El análisis de los testimonios obtenidos en campo revela que la revolución verde fue una transformación radical en la mentalidad que hasta ese momento albergaban los campesinos del COA sobre la agricultura, la sociedad y la naturaleza. Según ellos, dicha transformación era necesaria para la implantación de esa forma específica de distribución internacional de las funciones de producción, distribución y consumo que llamamos neoliberalismo. Así, la lógica del desarrollo se convierte en el hilo conductor que involucra a estas dos políticas en una trama que desemboca en la actual incursión minera.

## **1. El ascenso de la visión productivista en la agricultura**

En plena época de la segunda posguerra, justo en el instante en el que nace la idea del desarrollo, más de la mitad de los habitantes del mundo aparecieron como pobres y subdesarrollados frente a los ojos de los gobernantes de Estados Unidos y

Europa. El hambre era la manifestación de la situación de miseria de aquellos y la causa de la intranquilidad de estos. “Producir más es la clave para la paz y la prosperidad” dijo Truman en su discurso de posesión (Escobar; 2007). Y la ciencia y la tecnología occidentales eran las herramientas para lograrlo. Aumentar la producción alimentaria mundial fue la estrategia y revolución verde fue el nombre con el que la bautizaron.

Llamamos revolución verde a aquella serie de programas, proyectos y políticas públicas que “incrementaron repentina y dramáticamente la producción de arroz, maíz y trigo, a través de la producción homogénea y de la adopción de nuevas semillas de alta productividad que, junto con la aplicación de diversos fertilizantes y pesticidas, lograban triplicar la producción de dichos cereales” (Jaramillo 1971: 12). Bajo una lógica típica de la colonia, aquellos avances estaban destinados a irradiarse desde el centro hacia la periferia con el fin de que estos pueblos lograran progresar (Montaño Rivera; 2011). Algunas cifras permitían soñar: México, bajo el impulso de la Revolución Verde pasó de importador crónico de maíz a exportar, para 1968, más de un millón de toneladas de maíz y 72000 toneladas de trigo. Filipinas, por primera vez desde 1903, consiguió autoabastecerse del principal alimento de su población: el arroz. (Ibíd.: 23).

El auge de este cambio tecnológico no tardó en llegar a Colombia, en donde la aplicación de la revolución verde se manifestó en tres ámbitos: creación de la infraestructura física y económica (vías, sistemas de riego y de crédito, etc.), implementación de un aparato institucional (Federación Nacional de Cafeteros, Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), Fundaciones Kellogg y Rockefeller y Centro de Investigación en Agricultura Tropical (CIAT), entre otros); y difusión de los sistemas de producción para los campesinos primordialmente mediante profesionales pagados por estas instituciones. Aunque las inversiones y los apoyos estatales estuvieron en un principio focalizados hacia cultivos como arroz, algodón, caña y banano<sup>24</sup>, no tardaron en extenderse hacia todos los productos agrícolas.

40

En los territorios del suroeste antioqueño, el caso particular del café explica este proceso de transformación de la agricultura. La historia de don Alirio, productor cafetero durante largo tiempo, permite obtener una panorámica muy completa de lo que sucedió en aquella época,

“Yo fui químico, tremendamente químico, porque cuando yo empecé a trabajar en mi juventud había aparecido la revolución verde. Eso fue en el 71, empieza esa presión tan fuerte de la siembra del café, de regalar abonos químicos para que la gente se enviara, se enviara la tierra y las plantas y todo eso, y aparece todo ese modelo de revolución verde, del sistema convencional”.

Es curioso que un modelo que apareció como novedad en ese momento haya logrado posicionarse tan rápidamente como *lo convencional*. Una pista para entenderlo puede estar en que los primeros recuerdos de don Alirio lo remiten al cambio de mentalidad que operó sobre los campesinos en ese momento,

“Eso fue una época muy rara, eso generaba la discriminación de muchas personas, porque hubo una época en la que hubo buenas producciones, las ventas fueron buenas a buenos precios,

---

<sup>24</sup> En esa época también se introdujeron los cultivos de soja, sorgo y palma africana.

---

eso daba para todo, lo que nos decía la Federación<sup>25</sup> se cumplió en cierta forma<sup>26</sup>, fue muy poco el tiempo, pero en un momento sí hubo hasta para derrochar, muchos derrocharon, eso fue pasajero, eso no duró veinte años, además la gente se endeudó tanto que ahora no tiene nada, empezó a derrochar con carros, con apartamentos, lo que uno se imagine”.

Pero ese cambio hacia lo que se promocionaba como la manera correcta de concebir la agricultura no fue instantáneo. En el intermedio fue necesario el despliegue de múltiples dispositivos que pusieran en evidencia las bondades de sus fines y la efectividad de sus procedimientos. Como algunos autores han afirmado, el discurso del desarrollo hace de la ciencia y de la tecnología las herramientas básicas de su aplicación (Quijano; 2000), (Escobar; 2007). En concordancia con lo anterior, el modelo de la revolución verde operó en Colombia a partir de las asesorías de personas expertas cuyo conocimiento científico de las cuestiones del campo legitimaba su discurso productivista. Como explica don Germán,

“Un práctico cafetero es un ingeniero agrónomo que trabaja como lo indujeron en la universidad y en la Federación, que el café, que quitarle la sombra porque tal variedad es más resistente, eso vienen y lo hacen aplicar pero ellos no lo han practicado, simplemente vienen y le informan a la comunidad de eso, hay personas que se motivan porque da más, porque resiste más, porque no necesita tanta sombra, porque supuestamente resiste las plagas, entonces la idea del tener y de que sea fácil de tener, que haya abundancia en las épocas de cosecha si tiene buen valor, con eso se motivan”.

Los argumentos científicos del desarrollo no pretenden únicamente convencer las racionalidades de los individuos. Por eso la estrategia no se agotaba en la promoción de los beneficios económicos que traería un aumento en la productividad. En el seno de este discurso también hay apelaciones a valores, emociones (por ejemplo ofrecer mayores ganancias con menor esfuerzo), y habitan ciertas concepciones sobre lo que significa el bienestar (asociado a la abundancia, al dinero y a lo que se podía hacer con él) que en muchos casos seducen a sus receptores.

Según don Alirio,

“Esta gente tiene equipos de trabajo muy profesionales, muy preparados, ellos llegaban con unos instructores muy preparados a hablarle a uno muchas cosas, a hacerle cuentas muy alegres, a mostrarle a uno un mundo muy bueno y muy bonito supuestamente de muchos recursos y una cantidad de cosas buenas pero en el fondo no le mostraban las cosas malas que se podían causar, no le mostraban sino lo bueno, la cantidad de plata que podía coger, el café que se podía coger, el estudio que se podía dar porque se podría ir a la universidad que había tales cafeteros en tal parte ya con hijos en la universidad, que eso se podía hacer, y porque los jóvenes siempre han tenido esa ilusión, o yo no sé desde cuándo, pero cuando me tocó a mí ya tenía la ilusión de estudiar pero no se podía porque era campesino, porque era pobre porque estaba muy lejos del pueblo y todas esas cosas. En cambio nos mostraban a esos campesinos que sí podían porque tenían una hectárea de café produciendo convencionalmente, y vea que ellos sí podían”.

El testimonio de don Alirio muestra a la academia como una institución que actúa repetidamente como caja de resonancia del ideal del progreso. Este ideal está relacionado con “la urbanización, y la adopción generalizada de la educación y los valores culturales modernos” (Escobar; 2007). En esa medida, el propósito de educarse se manifestaba

---

25 Por Federación Nacional De Cafeteros

26 De acuerdo con Suárez (2007), entre 1950 y 1985, la producción anual de café pasó de 5 a 12.5 millones de sacos. Además, durante ese lapso ocurrieron dos bonanzas y el precio estuvo regulado internacionalmente.

para don Alirio como la manera para salir de pobre, adjetivo que para este contexto funciona a la vez como sinónimo de campesino. Desde la perspectiva de Yesid,

“Ser campesino tiene que ver con las definiciones que se ven desde afuera, es visto como una persona que habita un entorno rural pero que es desprovisto de conocimiento, carente de estudio, ignorante, por eso no tenemos estatus. No es como en los países industrializados en los que tienen el primer estatus porque son el primer renglón de la economía, están alimentando a su población y una población sin alimentos es una población dependiente. Entonces ese poco valor que se le da al campesino es una estrategia para sacarnos a los jóvenes del campo, porque no tenemos investigación, invisibilizan nuestros procesos, por eso nos sentimos menos, por eso muchos quieren vender, porque quieren seguir la lógica del mercado y estar aglomerados en ciudades en donde es más fácil controlar a la gente, quitarle la autonomía y volverlos dependientes”.

La intervención de Yesid enfatiza en los aspectos centrales de la dominación cultural que caracteriza a los procesos de expansión del capitalismo. Desde esa óptica, los actores intervenidos son presentados como seres atrasados que precisan de la ayuda de un *hermano mayor* para progresar. Es precisamente lo que desde la perspectiva decolonial se llama la *misión justa colonial*<sup>27</sup> y es la legitimación, que se llega a percibir como obligación, que encuentran los dominadores ante una supuesta inferioridad de los dominados: lo que antes se llamaba barbarie ahora se llama subdesarrollo. En el transcurso de dicha empresa civilizatoria son invisibilizados todos aquellos conocimientos, prácticas, valores y creencias que no resulten útiles a la acumulación de capital (Quijano; 2000). Así, los saberes que sustentaron la agricultura campesina durante décadas fueron borrados de un plumazo al tiempo que se ofrecían la productividad y la riqueza como recompensas.

Sin embargo, en poco tiempo se demostró que detrás de las buenas intenciones de los promotores de la revolución verde existían intereses de empresas privadas, tanto nacionales como extranjeras, que terminaron por acaparar gran parte de la abundancia económica que en un primer momento se presentó. Continúa don Alirio,

“Eran muchas formas para hacerlo meter a uno en el cuento y es que le daban los primeros insumos para supuestamente abonar porque eso no es abonar, y ahí mismo tras de esos insumos estaba el crédito, le decían venga mañana por la plata, era dar una firma y vaya por plata, eso es otra parte del sistema convencional, es la parte de los bancos, con esa nos acabaron de rematar a todos, ¿qué hicieron con eso?, meter a todo el mundo en deudas, en deudas por acabar lo que nos estaba dando la vida, además porque la federación cometió otro pecado con nosotros y era que estaba el químico, que construya el beneficiadero, que compre el silo, le hacían comprar una cantidad de cosas que no se necesitaban, eso iba quedando por ahí arrumado”.

Don Sencillo complementa la descripción de la manera como funcionaba este despojo económico, cultural y de saberes en otros ámbitos:

“Lo otro es que a uno siempre lo han bombardeado con información por radio y televisión, la misma gente de las tiendas agropecuarias a toda hora menciona productos químicos, uno llegaba a una tienda agropecuaria y preguntaba, ve que me sirve para la arriera, que es una hormiga que se come las hojas de las plantas, y te dicen lleve lorsban<sup>28</sup>, que es un insecticida químico, entonces siempre recomendaban químicos. Por ejemplo, el sulfato de cobre es un producto que sirve para

27 Que proviene de la perspectiva eurocéntrica de conocimiento que construye el mundo desde categorías dualistas y evolucionistas: bárbaro-civilizado, tradicional- moderno, subdesarrollado- desarrollado, etc.

28 Lorsban es un compuesto de síntesis química compuesto de fósforo que es utilizado como plaguicida en la agricultura convencional.

---

controlar eso, pero en una tienda agropecuaria nunca le van a recomendar eso. El comercio, al fin y al cabo, hace más plata vendiendo lorsban que sulfato de cobre”.

La inserción de estos campesinos al sistema de mercado tuvo como consecuencia la generación de una creciente dependencia frente a las industrias farmacéuticas y financieras que controlan el negocio de los agroquímicos y del crédito (Altieri; 2009). El monopolio del comercio de semillas mejoradas y de insumos químicos por parte de empresas transnacionales elevó los costos de producción y generó además una transferencia de valor desde los campesinos hacia los fabricantes de estos productos (Suárez; 2007). De modo que las altas producciones no redundaron en un mayor ingreso para la mayoría de campesinos, pues debían contratar trabajadores para las labores de siembra y cosecha y además saldar las deudas contraídas con los bancos al momento de adquirir los insumos. En definitiva, la promesa terminó en decepción y la plata se quedó en otras manos.

Simultáneamente, la revolución verde significó una transformación radical de las condiciones ecológicas del medio en el que se desenvolvían los campesinos que ahora integran el COA. Don Alirio recuerda que,

“Todo eso era un paquete completo, a usted lo ponían a sembrar café, entonces tenía que arrasar con la sombra, con toda la biodiversidad que tenía, tenía que comprar el químico porque si no, no daba, pero no nos mostraban de fondo los problemas, uno tenía un cafetal con mucha sombra, con biodiversidad y el cafetal era productivo, pero no le decían a uno eso. Desafortunadamente cuando ellos llegaron había mucha cafetera vieja, había cafetales de 20 o 30 años que estaban muy acabados, pero estaban los sombríos”.

De unas condiciones ecológicas en donde la diversidad de especies actuaba como un complejo interdependiente que permitía la protección natural frente a plagas, enfermedades y hambrunas, se pasó a un *paisaje disciplinado* (Escobar; 1996) en el que predominaban las grandes extensiones de una misma especie. Como afirma Forero Báez, la utilización de productos agroquímicos en la agricultura condujo al monocultivo, un sistema de producción que es altamente nocivo para los escenarios ecológicos de alta diversidad (Forero Báez; 1974). Además, la eliminación de competidores y la sobrepoblación de una sola especie convierten a los monocultivos en ecosistemas altamente proclives a la aparición de insectos y microorganismos nocivos para el crecimiento de las plantas cultivadas. De lo cual se deduce la permanente necesidad de usar plaguicidas, fungicidas y pesticidas (Notas de campo).

Por esta razón, dice Yesid,

“El suelo se deterioró, pasó a ser casi una tapia, compacto, estéril. Yo digo que esos monocultivos son muy peligrosos desde el punto de vista ambiental, ya que hay una contaminación producto del uso masivo de los agroquímicos, las aguas se contaminan ya que el monocultivo va consigo acompañado de la presencia de los agroquímicos”.

Otorgándole la razón a Yesid, Forero Báez afirma que “el río Magdalena, a causa de los residuos agroquímicos de sus tributarios, es un cadáver. Hoy los pescadores sacan un 2% de la pesca que existía antes de la revolución agroquímica” (Forero Báez, 1974: 11).

Analíticamente, un punto clave tiene que ver con el paisaje que fue transformado por el modelo de la revolución verde. En el suroeste de Antioquia, las economías cafeteras de la época consistían, además de la consuetudinaria huerta casera productora

de legumbres y hortalizas<sup>29</sup>, en la siembra del café protegido por la sombra de algunos árboles que le aportaban material orgánico al suelo y cumplían ciertas funciones en las relaciones sociales cotidianas. Yesid lo explica de esta forma,

“Una de las recomendaciones de los técnicos era que el café bajo sombra no daba rendimiento y mi papá decidió tumbar la sombra del guamo santafereño, raboemico o macheto que le proporcionaba nutrientes para nitrificar el suelo y regulaba las mal llamadas malezas y permitían que el trabajador tuviera descanso porque a pleno sol es un sistema de esclavitud”.

El cultivo con sombra era la representación de una visión orgánica del contacto entre los agricultores y entre estos y el medio ambiente. El uso eficiente de los recursos que producían en las fincas evitaba la dependencia frente a los insumos externos y de paso aseguraba la provisión continua de alimentos. También reducía la intensidad del trabajo y reflejaba el sentido comunal del mismo, pues era frecuente que se realizaran mingas y cambios de mano entre vecinos (Mina; 1975). Aunque no es nuestro propósito idealizar esa forma de vida, no hay duda de que se trataba de ecosistemas contruidos por unas relaciones entre los seres humanos y la naturaleza basadas en la ejecución de prácticas agrícolas sostenibles que permitían la renovación continua de la vida. Como afirma don Alirio,

“En esos años que cultivamos así [con químicos], nos hicieron olvidar a mucha gente que habíamos sido ecológicos, porque antes éramos ecológicos, se trabajaba de una manera muy natural. Anteriormente trabajaban el café criollito, que de pajarito, que el caturra, que eran nativos de las regiones, esos sí necesitaban el sombrío y lo cultivaban con el abono orgánico. Yo recuerdo que para las tomateras y para los árboles frutales la ceniza era bendita, la ceniza de leña, sí había mucho respeto por el campo, por la tierra. Eran ecosistemas muy resistentes a plagas y a enfermedades, eran muy productivas, en esa época no habían proliferado la roya ni la broca que siguen afectando a pesar de haber probado nuevas variedades y químicos”.

La implantación del modelo de la revolución verde alteró las formas de producción campesina que eran adecuadas al entorno ecológico y promovió formas *occidentalizadas* (Mejía; 2010) de apropiación del territorio en función del crecimiento económico. Por ende, modos de producción sustentables que evitaban las plagas y fertilizaban el suelo, fueron abandonados para dar paso a grandes extensiones de monocultivos que degradan el ambiente y empobrecen al campesinado. El cultivo diversificado productor de alimentos se transformó en el monocultivo de café para la exportación.

Con respecto al crecimiento que análogamente (pero con diferentes matices) presentaba el monocultivo de la caña en el Valle del Río Cauca, Mina comenta, “la agricultura se comercializó. Eso significó que los campesinos empezaron a gastar más y más tiempo y tierra en cultivos que no consumían y que trataban de vender. Los campesinos se convirtieron en capitalistas pobres cultivando solamente para el mercado y la compraventa” (Mina; 1975: 92). Una cifra ilustra el argumento de Mina: Entre 1950 y 1975, los cultivos empresariales<sup>30</sup> pasaron del 19 al 41 por ciento del área sembrada. Consecuentemente, los cultivos transitorios típicos de la economía campesina<sup>31</sup> descendieron del 63 al 30% de la superficie cultivada (Suárez; 2007).

29 Entre los principales alimentos cultivados en esa zona están la zanahoria, la cebolla larga y de huevo (cabezona), el cilantro, la arveja, el fríjol y el tomate.

30 Por ejemplo caña, café y banano.

31 Por ejemplo maíz, fríjol, trigo y panela.

---

El siguiente testimonio de doña Noelia resume la transformación que se produjo. “Al tumbar la sombra se empieza a depender de los venenos que acaban las buenezas<sup>32</sup> y acaban con el suelo, los microorganismos y disminuye la mano de obra para las labores culturales del café, excepto cuando es cosecha o siembra; se perdieron los relacionamientos, la felicidad en el cafetal, la gente pasa a ser obrero agrícola sin el sentido familiar que antes se tenía, solo importa la productividad y se pierde la diversificación y entonces los campesinos ahora llegan con los alimentos traídos desde la ciudad, eso es triste porque se perdió lo que nos enseñaron los abuelos, el ciclo de la luna, los sistemas de riego, y que a todo esto le llaman tecnología, desconociendo que la tecnología también es el conocimiento ancestral que hemos tenido y que replicamos los productores de mi generación”.

El modelo de la revolución verde causó al menos tres transformaciones fundamentales en los campesinos que lo aplicaron. Por un lado, se desencadenó la imposición de un criterio cientificista y productivista en la agricultura, en oposición a los conocimientos ancestrales o tradicionales, que conllevó al endeudamiento y a la dependencia de los campesinos frente al mercado. Por otro lado, las nuevas relaciones con la naturaleza que subyacían a este criterio se tradujeron en una alteración radical del entorno ecológico en el que se desenvolvía la vida cotidiana y se manifestaron en una tendencia hacia el monocultivo como forma predominante de producción agropecuaria. Por último, se introdujo una disociación de los valores campesinos de autosubsistencia y trabajo familiar con los ideales de progreso, bienestar y calidad de vida. Como consecuencia de lo anterior, hubo una ruptura en la relación intrínseca que antes existía entre campesinado y producción de alimentos para el autoconsumo familiar.

## 2. La agricultura frente a la dictadura del mercado

Las transformaciones analizadas en la sección precedente se constituyeron en tierra fértil para la aparición en Colombia de un modelo económico y político, algunos dirían también que una cosmovisión (Harvey; 2007), que determina un orden global de producción, distribución y consumo en el que el mercado es protagonista. Como vimos, en las labores agrícolas ya empezaba a primar una lógica productivista orientada hacia la acumulación por encima de la subsistencia orientada hacia el autoconsumo, lo cual era perfectamente compatible con una economía que ahora solo miraba para el exterior. Comienza así el segundo momento de un proceso que hoy tiene a las comunidades integrantes del COA organizadas en contra de la entrada de minería a su territorio: la implantación del modelo neoliberal en Colombia.

La aplicación de las tecnologías de la revolución verde en la agricultura se dio en el contexto de un modelo de desarrollo orientado hacia la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). En este enfoque proteccionista, el Estado estaba encargado de dirigir la producción económica del país a través de subsidios a los sectores menos competitivos a nivel internacional con el fin de lograr un abastecimiento integral de los bienes manufacturados que antes eran traídos desde el exterior. De acuerdo con Machado (2004), en este escenario la agricultura jugaba un papel secundario en la medida en que era un sector subsidiario de la industria y no el eje del desarrollo como correspondería en un país agrícola. De ahí que, para 1985, el volumen de las importaciones de alimentos había crecido trece veces con respecto al de 1950 (Suárez; 2007).

---

32 En oposición al adjetivo negativo *malezas* utilizado por la agricultura convencional para referirse a ciertas plantas que resultan *perjudiciales* para su forma de producción. Ver el siguiente capítulo.

Lo concreto es que la ISI fracasó porque no logró, entre otras cosas, crear una industria fuerte y competitiva frente a los precios de los productos importados y a la dependencia de la tecnología foránea. “Los incentivos a la agricultura probaron ser un obstáculo al crecimiento autosostenido del sector” (Kalmanovitz & López, 2006: 19), y por tanto fue necesaria la implementación de algunas reformas recomendadas por los organismos internacionales de crédito (léase FMI y Banco Mundial). De acuerdo con estos autores, la pobreza y la inequidad persistentes eran salvables mediante la reducción de los subsidios sectoriales y de la intervención pública (Kalmanovitz y López, 2006). En palabras más sencillas, la lógica era exportar materias primas para conseguir divisas que financiaran las importaciones.

Por eso, en 1991, y bajo el sugestivo lema de Bienvenidos al futuro, el país entraba en la era neoliberal de la inserción en el mercado global a partir de la especialización en las actividades productivas en las que era más competitivo. Según los pensadores neoliberales, el libre mercado agudiza la competencia y conduce a reducir costos, de manera que se eleva mundialmente la riqueza (Robledo Escobar, 2012). El modelo de desarrollo neoliberal propugna por una mínima intervención estatal en la economía en favor de la mayor eficiencia de los mercados en la asignación de los recursos. ¿Y qué es aquello en lo que el país es más eficiente a nivel internacional? En una tendencia que se mantiene intacta desde la época colonial, en la exportación de sus recursos naturales.

Para el caso específico de la agricultura, hay que decir que este sector nunca estuvo totalmente protegido por el Estado colombiano frente a la importación de alimentos. De hecho, en la agricultura nunca hubo un intento de sustitución de importaciones que permitiera la total independencia del país en materia alimentaria. De acuerdo con Suárez (2007), a través de la ayuda alimentaria estadounidense a países en desarrollo<sup>33</sup> se promovieron las importaciones al país de crecientes cantidades de trigo, cebada y sorgo. Aun así, antes de la liberalización del comercio, los pequeños y medianos productores abastecían el mercado interno en un 92% y se mantenía el predominio de los cultivos transitorios sobre los permanentes y de los alimentos sobre las materias primas (Suárez; 2007). Según los campesinos del COA, lo peor todavía estaba por venir.

De acuerdo con Robledo Escobar, “la aplicación del libre mercado a la agricultura tuvo origen en la necesidad que tenían los países del llamado Primer Mundo de colocar sus cuantiosos excedentes agrícolas en los mercados internacionales” (Robledo Escobar; 2012: 65). Por esa razón, la apertura comercial de la década de los años 90 causó un inusitado empeoramiento en las condiciones de vida de los campesinos colombianos que se manifestó, entre otros factores, en que para el año 2008 las importaciones de alimentos se multiplicaron por diez mientras que desaparecieron un millón de hectáreas de cultivos campesinos (Mejía; 2010). Además, hubo un deterioro de los salarios rurales (Suárez; 2007) y aproximadamente cinco millones de personas fueron expulsadas violentamente del campo entre 1985 y 2010 (PNUD; 2011). El neoliberalismo significaba progreso, pero no para todos.

Don Alirio se estremece cuando recuerda esa época,

---

<sup>33</sup> La cual está contemplada en la ley 480 (Acta de mercado y desarrollo agrícola) de la constitución de ese país.

“No se cultivaba comida porque cuando había café no había tiempo de hacer otra cosa, limpie el café, abone el café, coja café, mientras estaba dando plata con qué comprar comida todo el mundo bajó la guardia y nadie sembraba nada, cuando llegó la crisis nos cogió así, con extensiones grandes de cafeteras viejas, sin una mata de plátano, sin un palo de yuca, sin una mata de cebolla, sin animales criollos y nada de esas cosas. Y ahí es cuando se produce la crisis del café, y nosotros los cafeteros solo producíamos café, solo eso y nada más, y los lecheros producían mucha leche y nada más, en ese momento los bajos precios, empieza el descontrol de los climas, y no había comida porque nosotros vivíamos solamente del café”.

La crisis del café a la que se refiere don Alirio tiene origen en la ruptura del pacto cafetero en julio de 1989. Dicho mecanismo se basaba en el mantenimiento de la estabilidad de los precios del café controlando la oferta y la demanda, de manera que se evitaban las fluctuaciones y las pérdidas para los productores. El fin del pacto cafetero a nivel internacional significó para muchos caficultores colombianos la quiebra total. En siete años, el café perdió la mitad de su participación en el PIB agrícola al pasar del 16,1% en 1992 al 8,8% en 1999 (Robledo Castillo; 2010). Colombia se demostró incapaz de competir con los niveles y los costos de producción de países como Brasil o Vietnam, lo que la relegó al nicho mucho más reducido de los cafés especiales. De esta forma el país le daba la bienvenida a la era del libre comercio y a una década de pésimo desempeño económico.

De acuerdo con Don Germán, la ruptura del pacto cafetero concuerda con la expansión del monocultivo de la naranja hacia la zona media del municipio. Y el proceso en su conjunto coincide a su vez con la progresiva especialización en productos tropicales que caracterizó a la agricultura en el neoliberalismo,

“Muchas veces la gente ve que empresas como Frudelca le aportan cierto empleo al municipio, aportan pues a la economía del pueblo, sin embargo, hay una reflexión que yo me hago y es qué sucedió con la cantidad de fincas y de familias que existió de aquí para abajo, yo recuerdo en la década de los 70 y 80 en donde todos los propietarios de estas tierras para abajo eran campesinos que tenían su parcela y en esas fincas existía el café, el cacao, caña panelera, existía un pedazo para tener su vaquita de leche, y era una zona supremamente poblada. Cuando llega la crisis se produce la compra masiva de la tierra, la familia se fue desplazando porque va vendiendo, entonces esa economía que se va diluyendo, que se va perdiendo nunca aparece en ningún tipo de estadística y nadie da cuenta de eso, que es lo preocupante, todas esas familias se tienen que desplazar y van a engrosar en las ciudades lo que son esos cordones de miseria, porque venden ilusoriamente su pedazo de tierra, pero ese pedazo les da para subsistir un corto tiempo y ya la gente queda al vaivén de la miseria en las ciudades”.

La siguiente gráfica muestra el comportamiento del PIB total y del PIB agropecuario entre 1994 y 2008. En ella es posible observar que desde 1994 hasta 1999 la agricultura tuvo un desempeño económico negativo que estuvo aparejado con el de la economía colombiana en general. A partir de ese año, esta última empieza a crecer sostenidamente mientras que el comportamiento del sector agropecuario se mantiene fluctuante entre 1999 y 2002, cuando comienza un declive pronunciado con una leve recuperación entre 2005 y 2006. Es importante mencionar que el desplome de ambos indicadores para 2008 coincide con la crisis económica global que se desató a partir de la explosión de lo que en su momento se conoció como la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos.

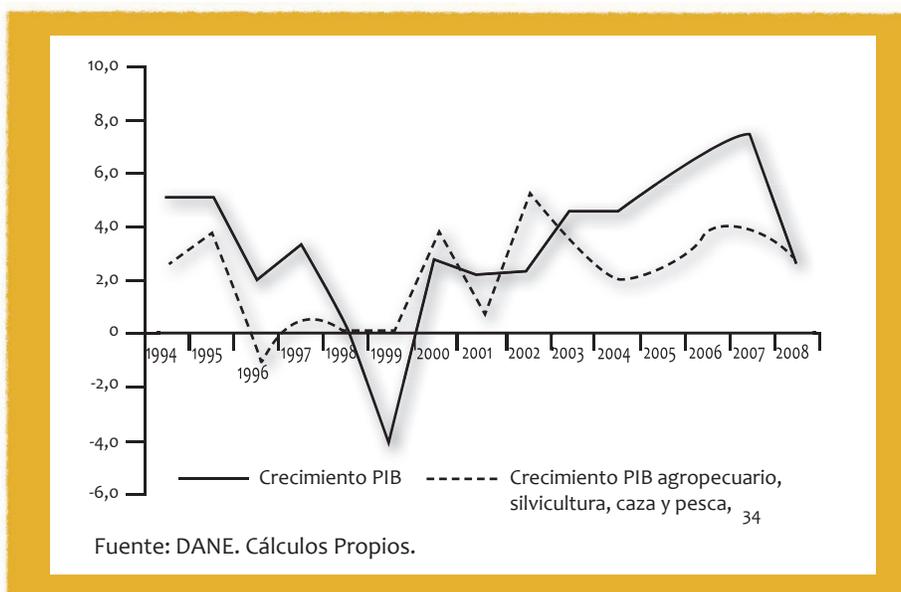


Gráfico 2: Crecimiento del PIB total agropecuario, silvicultura, caza y pesca 1994- 2008.

Analistas de la cuestión agraria en Colombia como Darío Fajardo y Absalón Machado concuerdan en que la aplicación de las políticas de corte neoliberal en la agricultura tuvo consecuencias negativas no solo sobre la soberanía sino también sobre la seguridad alimentaria del país. Según Fajardo, la exposición del mercado nacional ante la importación de bienes agrícolas del exterior se tradujo en una creciente importación de alimentos que no se compensó con el crecimiento del volumen de las exportaciones, lo cual era el argumento de la apertura (Fajardo; 2002). Por ende, como explica Machado, hubo un rezago en la seguridad alimentaria tanto desde la oferta como desde la demanda (acceso) de alimentos. Además, el neoliberalismo causó impactos perjudiciales sobre las economías de los pequeños productores y campesinos porque se vieron obligados a competir en condiciones desventajosas frente a las organizaciones empresariales y a las importaciones. (Machado; 2003).

Algunas cifras ejemplifican las afirmaciones anteriores. Las importaciones de alimentos, que en 1990 eran de 700.000 toneladas (Robledo Castillo, 2000), llegaron en 1999 a 4'975.645 toneladas, hecho que condujo a la eliminación de 791.803 hectáreas destinadas a la agricultura (Suárez, 2007). Entre 1991 y 1998, las importaciones de productos agropecuarios y agroindustriales pasaron de 378 a 1909 millones de dólares, pasando del 8 por ciento del total de importaciones al inicio de la década hasta el doce por ciento al final de la misma (Machado; 2003). Las pérdidas en cultivos transitorios de ciclo corto, correspondientes a la economía campesina, no fueron compensadas por el crecimiento de los cultivos permanentes. Por esta razón, en 1999 la superficie cultivada total fue de 3'842.997 hectáreas, es decir, 791.803 hectáreas menos que las que había en 1990, y los salarios rurales descendieron 8,6 % al compararse con los del año en cuestión (Suárez, 2007).

La gráfica anterior también permite observar cómo el crecimiento de la econo-

34 En: (Gutiérrez; 2009: 8)

mía se ha venido disociando del comportamiento del sector agropecuario. Para 2011 la participación de la agricultura en el PIB total fue del 7 por ciento mientras que la de la minería, contando hidrocarburos, ascendió al 18,42 por ciento<sup>35</sup>. Aunque el adjetivo cafetero aún define a este país cuando juega la selección de fútbol, y a pesar de que Juan Valdez siga siendo un embajador *sui generis* colombiano, no hay duda de que estas imágenes pertenecen a un pasado en el que la economía, la cultura y la política estaban muy influenciadas por este proceso productivo. Ahora Colombia importa café, entre otros muchos productos, para abastecer su mercado interno porque el presente y el futuro están signados por el petróleo y la minería. El petróleo abarca más de la mitad de las exportaciones colombianas<sup>36</sup> y el Plan Nacional de Desarrollo Minero, visión 2019, perfila el camino hacia la transformación de Colombia en un país minero.

La siguiente tabla muestra los principales productos de exportación de Colombia en 2011<sup>37</sup>.

Resultados de 2011 según productos de exportación (enero a mayo)					
Productos	(millones de dólares)		Variación		Aporte al crecimiento
	2010	2011	absoluta	porcentual	
1. Petróleo crudo	5.188	8.750	3.563	69	61,0
2. Carbón	2.542	3.087	545	21	9,3
3. Fuel-oil y otros derivados	1.245	1.990	745	60	12,8
4. Oro no monetario	793	948	154	19	2,6
5. Café	695	1.278	584	84	10,0
6. Flores	534	617	83	15	1,4
7. Ferroníquel	404	332	-71	-18	(1,2)
8. Banano	290	335	39	13	0,7
9. Sector industrial	4.338	4.511	173	4	3,0
10. Resto	157	183	25	16	1,2
Total exportaciones	16.191	22.030	5.839	36	100,0

Fuentes: DANE y DIAN; cálculos de los autores.

Gráfico 3: Resultados de 2011 según productos de exportación (enero a mayo).

El cuadro anterior muestra el carácter extractivo-exportador (Svampa; 2011) de la economía colombiana, basada en la exportación de hidrocarburos como el petróleo y minerales como el carbón. En el informe del que hace parte se afirma que el crecimiento experimentado por la economía colombiana en los últimos años ha estado basado en

35 Sistema de Información Minero Colombiana. Boletín diciembre de 2011. Disponible en: <http://www.simco.gov.co/LinkClick.aspx?fileticket=05Zd2mXN8AE%3D&tabid=128> Acceso 13 de enero de 2013

36 Disponible en: <http://www.elspectador.com/opinion/columna-363389-cafe-y-petroleo> Acceso 29 de julio de 2012

37 Tomada del Informe sobre inflación del mes de junio del año 2011. Acceso: 20 de octubre de 2012. Disponible en: <http://www.banrep.gov.co/documentos/publicaciones/inflacion/2011/junio.pdf>

los altos precios internacionales de las materias primas<sup>38</sup>. El oro, que es el producto apetecido en el caso del suroeste antioqueño, se encuentra en una no despreciable cuarta posición. Además, el dato no incluye el oro monetario que, según algunos analistas, es un instrumento financiero que ha tenido un incremento espectacular en los últimos años debido a la crisis financiera internacional (Guhl; 2011). Por último, el cuadro comprueba la orientación comercial de la agricultura representada en los monocultivos de café, flores y banano.

En suma, la implantación del neoliberalismo en Colombia impulsó la transformación productiva del país hacia la especialización en actividades extractivas relacionadas con la minería y los hidrocarburos. El abandono de la vocación agrícola se hace inevitable ante la imposibilidad de competir en esquema global de relaciones de producción y de comercio basado en el aprovechamiento de la ventaja comparativa. De ahí que uno de los sectores sociales más afectados por esta situación haya sido el campesinado, los cuales deben optar por una de estas tres opciones: abandonar la tierra, ser jornaleros, o, en el mejor de los casos, *asociarse* con algún empresario en un proyecto agroindustrial. Los campesinos del COA se rehúsan a este destino que parece obligatorio y por eso han levantado su voz de protesta.

### **3. Lo que está en disputa es el territorio**

Hasta aquí se ha intentado mostrar el conflicto causado por la amenaza de la minería sobre el territorio del COA como una persecución de larga data contra el campesinado. Ya sea desde la óptica de la revolución verde o desde la de libre mercado, tanto la agricultura como la naturaleza de la que se deriva han estado sujetas a lo que Escobar llama un régimen de representación *capitalizado* (Escobar; 1996). Esto quiere decir que la naturaleza se ve como “algo externo a lo humano, como materia prima a ser apropiada para otros procesos a cualquier costo. Este régimen está asociado a la ciencia moderna reduccionista, las relaciones de clase capitalistas y patriarcales y al imperativo de la ganancia” (Escobar; 1996:107).

Desde esta perspectiva, la lógica que opera tanto en la agricultura de plantación como en la explotación minera es la misma, la de la imposición arbitraria de una concepción de la naturaleza como recurso a ser mercantilizado en función del crecimiento económico y del bienestar que se persigue con él. Siguiendo este argumento es posible entender la relación que hay entre el monocultivo del café que se expandió en el suroeste antioqueño aproximadamente desde la década de los 70 bajo los supuestos de la revolución verde y la explotación minera que se planea actualmente para la región. Se trata además de un modelo de acumulación extractivista en el contexto de una economía basada en el aprovechamiento de las ventajas comparativas determinadas por la división internacional del trabajo.

Las palabras de don Sencillo reafirman el argumento,

“Para mí, la economía extractivista es la capacidad que tiene el capital extranjero de apropiarse de nuestros recursos por todos los medios, mediante distintos mecanismos, es la extracción de nuestros recursos sobre todo los naturales para ponerlos al servicio del capital. Entonces, podemos ver el caso de los monocultivos, la minería, monocultivos como el del pino, en Támesis en la parte baja vemos el de la naranja, en la parte alta maderables como el pino, todo en poder de trasnacio-

38 Op. Cit. p.30

nales y ya todo lo que tiene que ver con la extracción de los metales. Detrás de este tipo de cultivo viene todo lo que es la minería. Segundo, este tipo de cultivo es un atentado contra los recursos naturales como lo es el agua, por ejemplo, nosotros vemos que progresivamente en agua en la parte alta se ha ido disminuyendo pues por el cultivo de pino, y vemos que a futuro vamos a tener los mismos problemas que con la minería con este tipo de cultivos”.

Así, tanto el café, como los frutales exóticos, y ahora el oro del suroeste están destinados a satisfacer demandas internacionales de personas que están dispuestas a pagar un buen precio por ello. Como lo dice José Camilo Cúrcuma con inocultable resignación,

“La cultura del café sí dejó perder mucho la soberanía alimentaria, la gente tumbó todo para sembrar solo café, entonces con el cuento del dinero manejamos muchas expectativas y creemos que el dinero es para comprarlo todo, estamos en sociedades de mercado en donde se trata es de vender para comprar”.

La expansión de esta lógica ha tenido como correlato la paulatina disolución de las economías campesinas que no se articulan al proceso de acumulación. Para los campesinos, esto se hace manifiesto el crecimiento de la dependencia alimentaria frente al mercado. Para doña Noelia, líder de la ASAP y coordinadora del colegio campesino de Caramanta,

“Yo pienso que desde hace mucho tiempo el sistema viene acabando con la soberanía alimentaria por lo del monocultivo, acuérdesese de la bonanza del café, eso fue igual que la fiebre de la minería o quizá peor, uno antes llegaba a una finca donde tenían un granero grande, donde tenían fríjol, maíz, de todo, no compraban nada, pero a las nuevas generaciones se les metió que era más favorable comprarlo que producirlo. Entonces con el café bien caro vendían y compraban toneladas de comida, de fríjol, de maíz, compraban arrobas de carne. Con el café lo teníamos todo supuestamente, lo mismo pasa ahora con el oro, no sabíamos que eso era pasajero, mire la crisis del café cuando nos quedamos sin algo a qué echarle mano, nos quedamos sin comida, y sin embargo hemos insistido que el café es la alternativa, porque ignoramos que lo que necesitamos para vivir es alimento, nos metieron en una cultura que en este momento lamentamos”

Esta cultura de la que habla doña Noelia es la que ha venido expandiéndose durante décadas mediante la aplicación de una visión del desarrollo que excluye las formas campesinas de representar el mundo. Este proceso es el origen de múltiples conflictos sociales que pueden estar latentes o manifestarse en un momento dado a partir de ciertas circunstancias. En el caso del suroeste antioqueño, existen conflictos latentes debido al avance de la agricultura comercial basada en el monocultivo de frutas como la naranja en Támesis, la granadilla y el tomate de árbol en Caramanta, la gulupa en Jardín y de maderables como el pino en casi todos los municipios. La ganadería también es una actividad que ha venido concentrando la tierra en los últimos años. Este modo de producción se basa en el uso permanente de agrotóxicos, semillas modificadas y maquinaria cuya apuesta es la de un campo sin campesinos (Notas de campo; 2012).

No obstante, para entender los detonantes de la disputa y los sentidos que se encuentran en tensión en su desenvolvimiento, es necesario partir de una definición básica de lo que para el COA significa un conflicto. En el taller de realización de la cartografía social construimos la siguiente definición,

“Un conflicto es la manera en la cual ciertas imposiciones llegan a generar un nuevo orden en el territorio, sin la existencia de una consulta a las comunidades, lo que genera condiciones desiguales en cuanto a la participación y distribución de bienes y servicios, llevando a la comunidad a perder lo que le pertenece en favor de empresas o corporaciones”.

Esta definición pone en el primer plano el carácter distributivo del conflicto en la medida en que se refiere a la imposibilidad de acceder y controlar determinados recursos, en este caso la tierra y el agua, como condición para la actualización de formas de vida diferentes a la que se propone con la explotación minera. También resalta el hecho de que estas disputas se materializan en un territorio específico. De ahí nace la concepción de que la minería se ha convertido en un conflicto manifiesto debido a que, como lo afirma José Camilo Cúrcuma,

“Lo que está en disputa es todo el territorio, ellos necesitan la tierra para poder explotar, un ejemplo muy claro es en el Perú con la mina Conga del proyecto Yanacocha, la mina más grande de oro de Suramérica, en Cajamarca, van a coger toda la red hídrica del lugar y por eso están en conflicto. Aquí quieren hacer lo mismo, todo eso se da sin importar lo que hay en el territorio, acá hay agua, acá hay bosques, hay biodiversidad, hay gente. Lo que quieren es desocupar el territorio, es la mirada de que el desarrollo económico va a venir con eso”.

Y no le hace falta razón si tenemos en cuenta que “el mapa de la concentración del oro en Antioquia es verde, es decir, su concentración es baja (en promedio un gramo por tonelada), de lo que se deduce que la explotación sería con la técnica de cielo abierto”<sup>39</sup>. Desocupación que se hace aún más inevitable si tenemos en cuenta que el territorio del suroeste está en alto riesgo geológico por el hecho de que las fallas Romeiral y Cauca recorren ambos márgenes del Río Cauca. Como dice doña Dianita, “es que no quedaría nada, mucho menos en una cordillera tan frágil, si un temblor de tierra la desmorona, ¡cómo va a ser con una excavación a cielo abierto!”.

Pero el territorio es mucho más que un espacio físico. La conceptualización de los conflictos distributivos desde la óptica de la ecología política brinda la oportunidad de trascender el estudio del desarrollo en el campo como un problema de propiedad sobre la tierra para abordarlo como un conflicto por la imposibilidad que representa para construir el territorio. De ahí que no se trate sólo de una estructura de tenencia bimodal o con aumento de los micro-fundios. Se trata de la posibilidad de tener tierra pero de la opción de decidir la manera como se quiere vivir en ella. De todo lo anterior se desprende una concepción amplia del territorio que, además de las condiciones naturales, involucra todas las relaciones sociales y simbólicas que lo moldean día tras día.

Con la minería viene necesariamente la privatización de las aguas, ya que según los datos que maneja la organización CENSAT- Agua Viva<sup>40</sup>, para extraer un gramo de oro se consumen dos mil litros de agua. Y además de la privatización, la contaminación, porque como dice don Sencillo,

“¿a dónde cree usted que va a parar todo el mercurio y el cianuro que utilizan para sacar el oro?, imagínese cuántos animales se envenenarían, cómo haríamos de ahí en adelante para cultivar con aguas contaminadas, los acueductos comunitarios se acabarían y tocaría empezar a pagar un servicio bien caro”.

El anterior fragmento evidencia cómo la especialización del país en el sector minero-energético es la fuente de los múltiples conflictos distributivos que se han desatado en los últimos años. La avanzada del capital transnacional sobre los recursos naturales que son la base del sustento para los campesinos se ha convertido en una amenaza para la supervivencia de estos grupos.

Así lo resume doña Noelia,

39 Conferencia de Alonso Cardona en el marco de la Vigilia por la Defensa del Territorio. Julio 21 de 2012.

40 Ver: <http://www.censat.org/>

“El cuento de la minería si lo vemos de lejos es algo que trae mucho conflicto social pero cuando se conoce algo de eso es algo devastador, en las partes donde la tierra tiene esa vocación son tierras que no son prósperas, no tienen futuro, o tiene hasta donde el socavón lo permite, no hay el pensamiento de cultivemos que el precio va a mejorar, que vamos a producir unas naranjas de buena calidad, la minería es hasta que se termine. El ecológico me parece grandísimo porque no tenemos sino un solo planeta y no se puede recuperar, cómo recuperamos una fuente de agua y todo lo que se saque de la tierra cuesta carísimo recuperarlo y además no se puede, tenemos un solo planeta, nunca he escuchado de minería ecológica, hasta ahora que nos vienen con ese cuento pero eso no existe”.

Las intenciones de explotar los recursos mineros del suroeste antioqueño ponen sobre la palestra el tema de la sustentabilidad o sostenibilidad. De acuerdo con Escobar (2005), los tiempos y los requisitos del crecimiento económico son inconmensurables con los procesos ecológicos. Entendida como una actividad que agota los recursos disponibles a un ritmo que impide su renovación, la minería se revela como una actividad insostenible a lo largo del tiempo. La discusión sobre la sostenibilidad es central en la impugnación que desde el COA se realiza frente al modelo de desarrollo extractivista. La lucha por el acceso y el control de los recursos abarca toda una serie de sentidos y representaciones que le dan sentido a la identidad campesina y le permiten su reproducción a lo largo del tiempo. De modo que no se trata del control del agua o de la tierra *per se*, sino de las posibilidades que su acceso brinda para la actualización permanente de las formas de vida campesinas.

Así lo ejemplifica el testimonio de Don Sencillo,

“La lucha y la resistencia es por el territorio, defendiendo el territorio, donde uno está conoce su territorio, conoce los recursos que se tienen, vivir tranquilamente, una convivencia sana, esa es la resistencia a la minería, que no nos cambien la vocación agrícola. Si yo trabajo mi cafecito, mis plátanos, mi huerta, es porque es aquí, mientras que si me llevan a mí a hacer un trabajo de minería, no se hacer nada, yo misma me voy a intoxicar. La tierra como las personas tiene vocación, al cambiarla se cambia la cultura y la idiosincrasia de los pobladores, no es lo mismo el pueblo campesino y agricultor al pueblo minero, el campesino sabe que hay épocas de cosecha, la coge, se gasta parte, se bebe la otra pero siempre deja algo porque sabe que tiene que abonar y que tiene que vivir el resto del año, o de los meses, el minero ni siquiera llega a apreciar esa tierra y va por ese gramo de oro por lo que pueda sacar de la tierra”.

La minería pone en peligro la cultura campesina que se ha construido en ese territorio. Por eso, en el caso que estamos analizando es patente que el COA está haciendo gala de una suerte de *esencialismo estratégico* (Escobar; 2005) en el que el *ser campesino* se define en torno a ciertas características esenciales (apreciar la tierra, tener vocación como ella, poseer un saber en relación con ella, cultivar alimentos para el autoconsumo). Esta identidad se presenta como una oposición frente a lo que se considera una cultura minera y extractivista (destrucción y mercantilización de la tierra, apropiación del agua, desarraigo, contaminación). De ahí que, aunque las identidades tengan un trasfondo cultural compartido, siempre se materializan y se radicalizan en contextos políticos, económicos y sociales específicos.

De los testimonios presentados en los párrafos precedentes se colige que las intenciones de las empresas transnacionales, legitimadas por el Estado colombiano, de convertir el suroeste antioqueño en un enclave minero ponen en riesgo la existencia de un territorio específico que se ha denominado COA. Este territorio es comprendido por sus habitantes de una manera que lo vincula a lo que significa la vida misma y por eso codifican

el conflicto a partir de amenazas a la economía agrícola, a la sustentabilidad del ambiente y de la cultura campesina que han interactuado en ese espacio a lo largo de varias generaciones. Por eso han decidido organizarse, porque como dice con tristeza doña Dianita, “la gente debe percatarse de que no se debe dejar entrar la minería, porque si la minería llega con todo su furor, se perdería todo, imagínese no tener el agua, se perdería la felicidad, la tranquilidad, el vivir bien. Tampoco tendríamos qué ofrecerle, nosotros tampoco tenemos ni dónde pasar nuestros últimos días ni qué ofrecerles a nuestros nietos. Si se toca la vida se toca todo, sería como el desarraigo”.

#### **4. Lo que dicen el gobierno y las empresas**

Una frase del plan de desarrollo del actual gobierno resume muy bien el discurso que orienta las actividades económicas en el país: “El mercado hasta donde sea posible y el Estado hasta donde sea necesario”<sup>41</sup>. Tal es la fórmula para sacar a Colombia del subdesarrollo. Condición esta indeseable pero superable a partir de la explotación *racional* de nuestros abundantes recursos naturales. La manera de hacerlo es extraer y exportar aquello que es demandado por los mercados internacionales, esperando que las divisas generadas por estas actividades suplan las demás necesidades. Y lo que están demandando de Colombia es el oro, aunque también es el petróleo, el gas, el carbón, el aceite de palma africana y la electricidad que producen sus fuentes hídricas. Ni el café, ni los alimentos, ni mucho menos las manufacturas pueden competir eficazmente frente a estas mismas mercancías producidas en otros países. Específicamente, lo que pretende explotarse en el suroeste de Antioquia es el oro.

Estas son las palabras del actual Ministro colombiano de Minas y Energía al respecto, “Sabidamente aprovechadas, las industrias extractivas producen grandes beneficios para el país. El sector minero-energético está creciendo a tasas superiores al 14 por ciento y jalando a otros sectores de la economía. En el 2011, este sector aportó 32,3 billones de pesos a las arcas públicas, entre regalías, impuesto de renta y dividendos. Esta cifra es equivalente a todo el presupuesto de inversión del Gobierno Nacional para el mismo año; y se destinó a escuelas, carreteras, hospitales y programas sociales como Familias en Acción. Solo las empresas mineras (excluyendo hidrocarburos) pagaron 2,5 billones de pesos en impuestos y regalías en el 2011. Como país, tenemos que reconocer la utilidad pública de la industria minero-energética y seguirla protegiendo y promoviendo”<sup>42</sup>.

Entre las empresas y el Estado hay una delimitación muy clara de las funciones que a cada uno le corresponden. Las primeras son las protagonistas principales del desarrollo a través del crecimiento económico, la inversión, el empleo, los impuestos y las regalías<sup>43</sup>. El segundo está encargado de delimitar, controlar, planificar y promover la expansión de la actividad minero-energética en el país (además de mitigar sus impactos con programas de asistencia a la pobreza). Para el caso de la minería, la ley 685 de 2001 (Código Minero) le asigna al Estado colombiano las labores de facilitador y fiscalizador en el desarrollo de proyectos mineros (CINEP; 2012). Su contenido regula exclusiva, exhaustiva y sistemáticamente el aprovechamiento de los recursos mineros y declara a la minería como actividad de utilidad pública e interés social.

41 PND 2010-2014

42 Tomado de: [http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/federicorenjifo/ARTICULO-WEB-NEW\\_NOTA\\_INTERIOR-12425463.html](http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/federicorenjifo/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12425463.html) Acceso :12 de febrero de 2013

43 Plan Nacional de Desarrollo Minero. Pp. 3

Don Germán interrumpe indignado,

“Esa ley es inconstitucional, en este momento se está tramitando una reforma en el Congreso porque no consultaron esa ley con las comunidades. Esa ley pretende prevalencia sobre las demás actividades económicas, los señores del gobierno están atentando contra la descentralización y contra el derecho de los municipios a ordenar su territorio según sus conveniencias e intereses”.

El reto que ha representado transformar a Colombia en un país minero ha dejado al descubierto las incoherencias que existen entre los niveles locales, regionales y nacionales de administración del Estado. Según el informe del CINEP sobre conflictos sociales por la minería, el país “no cuenta con las instituciones capaces de responder al nuevo reordenamiento territorial y no sólo en relación con la minería y el ordenamiento ambiental, sino con otros procesos como la política de desarrollo rural y la aplicación de la ley de reparación de víctimas y restitución de tierras” (CINEP; 2012: 13). Y confirmando este diagnóstico, el secretario Ramírez dice,

“Yo no entiendo cómo va a ser eso de la minería porque cuando a mí me contrataron me llamó el alcalde y me dijo, mire ahí está esa oficina, el trabajo es mucho y la paga poquita y piense el municipio desde cero, desde lo que usted conoce mire a ver qué podemos hacer con el campo porque a Támesis lo vamos a pensar desde lo turístico y desde lo agropecuario, entonces lo primero que estamos haciendo es un diagnóstico de qué condiciones está el municipio”.

La retracción del Estado a labores de regulación de la actividad minera abre un espacio para que las empresas, mediante sus programas de Responsabilidad Social Empresarial, ejecuten lo que José Camilo Cúrcuma llama “los estados corporativos característicos del neoliberalismo” que se legitiman en la medida en que el Estado se va haciendo cada vez menos palpable para los campesinos,

“Ellos llegan directo a las juntas de acción comunal, de una a repartir plata, primero a competir con el jornal que se da tradicionalmente en la vereda, veinte mil pesos, ellos pagan 35, la gente abandona su finca y se va a trabajar con el proyecto minero, dejan rastros en el terreno, llegan pintando la escuela, dándole camiseta al equipo de fútbol de la vereda, el sancocho familiar, eso va dividiendo y cooptando a la gente porque hay algunos que no quieren y otros sí quieren por el interés del dinero. Invaden predios sin el permiso de la gente, ellos van como copando espacios de las funciones del Estado, mejoramiento de vías, arreglando la escuela, en Fredonia una empresa montó un centro de salud, en ese modelo neoliberal vamos pasando de un estado de derecho a un estado corporativo, y la gente las va legitimando porque piensan que ellos sí mejoran el empleo, las vías, la salud pero a corto plazo porque los impactos son de fondo”.

En medio de una economía campesina en decadencia, la bonanza que prometen las empresas mineras resulta muy atractiva. No obstante, autores como Ernesto Guhl consideran que se trata de una prosperidad efímera que se desliza como agua entre las manos de los pocos que la pueden disfrutar. Las jugosas regalías que en un principio justifican la explotación minera (pues se supone que sirven para construir hospitales, escuelas y carreteras) se reducen en la medida al mismo ritmo en el que los esfuerzos por atraer inversión privada aumentan. Por ejemplo, en 2009 se recibieron por concepto de regalías 1,93 billones de pesos, pero el gobierno otorgó a las compañías exenciones tributarias por valor de 1,44 billones, con lo que el saldo neto llega apenas a 0.44 billones, algo menos de una cuarta parte del total (Guhl; 2011). Según el informe “Regalándolo todo: las consecuencias de una política minera no sostenible”, realizado por las ONG’s Oxfam y Christian AID, durante 2007 el Estado colombiano dejó de percibir el 53% de su ingreso posible por impuesto a las ganancias en manos de multinacionales y en 2009 esa

cifra ascendió al 90%, lo que significa que después de aplicadas las exenciones, Colombia recibió el 10% del impuesto<sup>44</sup>.

Continúa don Sencillo,

“En San Pablo [vereda adyacente a Caramanta y zona cercana a las exploraciones mineras] el carnícero dice que es lo mejor que le ha podido suceder porque de la mina le compran 800 mil pesos de carne semanalmente, y que eso nunca lo ha visto, nunca había registrado esas ventas, igual las tiendas y las cantinas, los sueldos el valor de los salarios mientras que en el campo se paga el día a veinte mil pesos pero hay mucho que hacer pero no hay que con qué pagar porque la tierra produce es por épocas, entonces hay épocas frías como esta de julio y es donde hay mucho que hacer pero no hay con qué pagar, en las minas les ofrecen 600 mil 800 mil pesos cuando en el campo serían 100-120 mil pesos, y esa gente contenta sin saber que luego los reemplazarán por máquinas, entonces eso mueve mucho al campesinado, les dan huertas, asesoría técnica constante, les dan la semilla, eso conmueve mucho, a las señoras le están dando las rejas, las gallinas, el cuidado, les hacen el chiquero y no pierden la oportunidad en el día de los niños, los balones, el traído, en la JAC les dan el cerdo, mejor dicho...”.

Otro de los argumentos que utilizan las empresas y el gobierno para defender sus intenciones de explotar el oro de las montañas del suroeste tiene que ver con la generación de empleo para los habitantes de la zona. No obstante, las actividades extractivas se caracterizan por una utilización decreciente de mano de obra a medida que se hacen intensivas en maquinaria. El auge mencionado en el testimonio anterior se explica porque el proyecto se encuentra en fase de exploración en la que se requiere de mano de obra poco cualificada para desbrozar monte, abrir vías y hacer excavaciones. Ernesto Guhl (2011), afirma que en la minería de oro no existen encadenamientos productivos que permitan pensar en algo diferente a la extracción y la exportación inmediata. A eso se refiere el término enclave con el cual se han definido las actividades mineras en el suroeste antioqueño.

Por ello, el citado informe del CINEP afirma que la minería no es sinónimo del progreso que promete. Al contrario, “en Colombia las zonas mineras han sido focos de violencia y de pobreza, de pérdida de identidad cultural y de corrupción” (CINEP; 2012; 14). Además, aunque los empresarios y el gobierno hablen de minería sostenible y responsable, lo cierto es que los procesos de extracción de minerales tienen efectos nocivos sobre la salud de humanos, animales y plantas. La minería causa alteración de los acuíferos con excavaciones, perforaciones y explosiones. Los reservorios de aguas contaminadas con materiales tóxicos y sedimentos presentan un alto riesgo para la población, en especial en zonas potencialmente sísmicas de alta montaña, por el severo impacto que pueden tener aguas abajo en caso de un derramamiento o rotura por fallas humanas o naturales (CINEP; 2012).

Así lo corrobora doña Silvia Guerra,

“Es un hecho que la minería trae enfermedades, cuando hablamos de minería a cielo abierto y artesanal también porque usan el mercurio y el cianuro, estamos hablando de la contaminación de las aguas y el aire, las enfermedades respiratorias, si estamos hablando de la contaminación en el agua, no pues cáncer en el estómago o mejor dicho un envenenamiento total para los animales y nosotros, los más afectados van a ser los animalitos porque nosotros siquiera decimos bueno de ese estanque no se puede tomar pero a un animalito quién le va a decir no tome esa agua”.

Al comportarse como verdaderas economías de enclave, las actividades mineras no están articuladas a la economía local y, por tanto, no se traducen en la consecución

44 Ver: [http://www.abcolombia.org.uk/downloads/Giving\\_it\\_Away\\_mining\\_report\\_SPANISH.pdf](http://www.abcolombia.org.uk/downloads/Giving_it_Away_mining_report_SPANISH.pdf) Acceso: 13 de marzo de 2013.

del bienestar para la gente. Como dice don Germán, resumiendo este contrapunteo, la minería es una actividad extractivista que despoja a muchos campesinos para asegurarles el bienestar a unos cuantos empresarios,

“Realmente aquí el dinero no se va a mover, es una propuesta totalmente extractivista donde lo que le queda al territorio, a la población que vive en él es nada, el poco empleo que genera la minería, pero la gente no se va a volver minera, porque no hay la oportunidad, el territorio ya está solicitado y ocupado, es una farsa que vaya a traer recursos y bienestar para la gente. Son extractivistas porque no le aportan nada al mercado local, todo es para el extranjero, son economías de enclave, es intensiva en capital y solo deja empleo informal, mano de obra no calificada pero toda la economía se basa en una oferta ambiental que hay en el territorio y toda la producción la venden afuera y aquí no queda sino el jornal de algunos, se pregunta uno si esas mil hectáreas estuvieran ocupadas por campesinos cuánto empleo se generaría y cuánta economía se estaría dinamizando como pasa con la economía campesina. El campesino vende su café y ese café se va pal transporte, se va pal comercio, se va para las instituciones entonces dinamiza una economía local”.

## 6. Conclusión

La comparación contenida en el último fragmento entre las economías extractivista y campesina es la puerta de entrada adecuada para la conclusión del presente capítulo. En el mismo, se ha intentado retratar y examinar el conflicto distributivo que se ha originado por las intenciones del gobierno y de algunas empresas transnacionales en convertir el territorio del suroeste antioqueño en una zona de producción aurífera. Tres preguntas fueron planteadas para conducir la argumentación y se partió de la premisa de que una clave fundamental para entender la situación radica en verla desde la perspectiva de la profundización de las lógicas desarrollistas que siguen plenamente vigentes en el imaginario y en las políticas que rigen los destinos del país. De ahí se desprende el análisis de larga duración que intentamos llevar a cabo.

Los testimonios de los campesinos que hacen parte del COA, cuya perspectiva del conflicto ha alimentado el análisis, han conducido a fijar la atención en dos proyectos que han obrado profundas transformaciones en el campo colombiano. En el estudio de cada uno de ellos se han revelado los mecanismos, los dispositivos y las prácticas que se promueven como portadoras del progreso en oposición a aquellas que se constituyen como obstáculo para alcanzarlo. A lo largo del desenvolvimiento del conflicto, se han visto enfrentadas dos formas diferentes de concebir la agricultura, el desarrollo y la calidad de vida, con resultados desiguales en detrimento de los intereses de los campesinos. Insistimos en que se trata de la construcción de dos tipos ideales, más no esenciales, que tiene como finalidad alcanzar un nivel analítico que permita entender a cabalidad los significados, los valores, las creencias y las representaciones que subyacen a la disputa.

Por un lado, la aplicación de la tecnología de la revolución verde a la agricultura transformó los modos de producción que la habían caracterizado hasta ese momento. Tres impactos claves fueron identificados: empobrecimiento generalizado de unos productores inmersos en lógicas productivistas, alteración y deterioro del medio ecológico e invisibilización de conocimientos, saberes y prácticas agrícolas que no eran funcionales a la acumulación de capital. Posteriormente, con la inserción de la economía colombiana a un mercado global, el sector agropecuario colombiano fue abandonado a la libre acción de los mercados internacionales. Y en ese esquema la posición de los campesinos se limita a la de obreros agrícolas en empresas exportadoras de productos tropicales.

Máxime cuando el país se encuentra en el camino de especializarse en actividades económicas extractivas.

Una forma de sintetizar esta tensión es verla como el acorralamiento progresivo de las economías campesinas cuyas formas de representar el mundo han sido subalternizadas por una lógica productivista que valora la naturaleza en función del crecimiento económico que puede representar. De esa forma se ha configurado este conflicto que ahora se desata porque para los campesinos del COA el proceso ha llegado a un punto límite: lo que está en disputa es el territorio. Según Martínez Alier (2005), los conflictos distributivos se originan por los impactos que tiene el crecimiento económico, representado en las tentativas de explotación minera en la región, sobre el ambiente como base material para el sustento de las comunidades rurales. Cuando piensan en los impactos de la minería, lo primero que acude a sus mentes es el desarraigo. Y ese término amenaza al territorio junto con todas las facetas económicas, ecológicas y culturales que lo constituyen.

No obstante, el gobierno y las empresas esgrimen varios argumentos (ciertamente cuestionables) para justificar las supuestas bondades de una explotación minera en la región. Pero para los habitantes del territorio COA, lejos de las prometedoras cifras de empleo, inversión y regalías, la minería significa la destrucción del hábitat y de la forma de vida que han construido en interacción continua entre sí y con la naturaleza durante años. En esa medida, para ellos no existen soluciones económicas al conflicto y para el gobierno y las empresas es imposible asignar normas ecológicas a la minería.

A lo largo de este capítulo se ha hecho referencia a las consecuencias que sobre la producción de alimentos han tenido las políticas de desarrollo en la agricultura. En general, se ha mostrado que la expansión del capitalismo en la agricultura colombiana ha tenido como correlato la creciente dependencia alimentaria del país con respecto a proveedores externos. Por extensión, las cifras aportadas han servido como indicador del estado del conflicto entre lógicas de acumulación y de subsistencia, y también como justificación de la lucha de los campesinos del COA. En este estado de cosas, ¿por qué permanecer en el territorio y apostar por la producción de alimentos?, ¿qué significados se encuentran ocultos detrás de esta decisión?, ¿en qué sentido se puede hablar de alternativas al patrón de poder hegemónico? Para los campesinos del COA, la apuesta por la soberanía alimentaria es una de las maneras que han encontrado para resistir frente al despojo. A esa resistencia está dedicado el siguiente capítulo.

## *Capítulo 3: La defensa del territorio.*



“Entonces la resistencia es, primero, sembrando nuestra comida, siguiendo sembrando la misma tierra recogiendo nuestras semillas y trabajar en familia, y en comunidad. Lo otro es de educación, sensibilización e información a la comunidad”.

Don Germán

**C**ontra los vaticinios de algunas religiones, con el final del siglo XX no llegó el Apocalipsis. Sin embargo, puede decirse que en ese momento la agricultura colombiana se encontraba en un estado muy parecido a esa imagen. En el capítulo anterior se intentó mostrar que la aplicación de las tecnologías de la revolución verde y del modelo neoliberal sobre este sector productivo tuvo como principales consecuencias la homogeneización de los sistemas productivos mediante los monocultivos de productos tropicales y una orientación casi que exclusiva hacia su exportación. Para los campesinos del COA, esta forma de concebir la producción agrícola les dejó un medio ambiente deteriorado y no trajo los resultados económicos esperados. El cultivo de café, producto al que le habían consagrado gran parte de sus vidas, dejó de ser rentable y en muchos casos no les alcanzó para comprar los alimentos que consumían a diario.

Por eso, apenas iniciado el segundo milenio de esta era, algunos campesinos de Caramanta crearon el germen de un proceso en virtud del cual han intentado consolidar una alternativa al modelo de vida hegemónico. La transformación hacia la agroecología, a la que se han venido sumando agricultores de otros municipios, es el tercer momento clave en la reconstrucción de las razones por las que los campesinos del COA se encuentran oponiéndose a la minería en los territorios del suroeste Antioqueño. Don Alirio recuerda esa coyuntura,

“En el 2002 nos metimos de lleno en ese proceso de la agroecología, gracias a que por el cansancio con esas prácticas, campesinos y campesinas de las JAC decidimos crear un movimiento político sin color porque eso siempre se daba para que nos utilizaran tanto los liberales como los conservadores por igual. Entonces en el 2000 encontramos apoyo en la Alianza Social Indígena, era una asociación sin color político, ellos nos avalaron un candidato que para ese momento tenía 22 años y que solo nosotros creíamos en él. La cosa es que ganamos, pero la historia es difícil de contar porque nosotros sabíamos muy poco de agroecología hasta dos mil uno, pero el muchacho que ganó sí sabía mucho de eso. Nosotros habíamos ido a unas giras por ahí pero el muchacho sabía mucho más y cuando llegó a la Alcaldía dijo que eso tenía que componerse era con agroecología, entonces nos manda a algunas giras y nos hizo acompañar de ASPROINCA de Riosucio. Ellos vinieron y nosotros fuimos y ahí es donde aparece la agroecología y se configura nuevamente la ASAP con ese enfoque de la soberanía alimentaria y la participación política”.

Es interesante que los campesinos que pertenecían a la Asociación Agropecuaria (ASAP) Caramanta hayan canalizado la decisión de darle un giro a esa organización, antes controlada por los productores empresariales de leche y de café, a través de los conductos políticos y electorales. No obstante, lo que interesa para esta investigación es que este momento es el punto de inicio de la resistencia alimentaria en la que se centra el presente capítulo. El cansancio con las prácticas convencionales y la búsqueda de alternativas indica que los campesinos de la ASAP percibieron que su supervivencia estaba supeditada a un cambio en la manera como estaban concibiendo la agricultura. La lucha por la producción autónoma y sostenible de alimentos empezó a aglutinar una forma distinta de relacionarse con el territorio y de aferrarse a él. Por esa razón, para entender

lo que para los campesinos está en disputa frente a la minería, es necesario adentrarse en los significados que sustentan su apuesta por la soberanía alimentaria.

## **1. La resistencia alimentaria**

En el marco de los conflictos distributivos, las luchas por el acceso y el control de los recursos naturales implican también una confrontación en el ámbito de las identidades personales y colectivas. En este caso, la tierra y las aguas que están intentando ser apropiadas para las actividades extractivas se encuentran atravesadas por múltiples relaciones y representaciones colectivas que, miradas en conjunto, conforman la identidad de los campesinos del COA. Por ese motivo, para ellos la lucha por el territorio está en relación directa con la defensa de su identidad. El análisis que presentamos en este capítulo parte del supuesto de que las identidades contienen una base cultural compartida que se manifiesta en circunstancias históricas específicas (Escobar; 2004). En este caso particular, la amenaza minera que se cierne sobre el territorio de las comunidades del COA pone en peligro las formas de vida campesinas de sus integrantes.

Como afirma doña Silvia Guerra,

“Un campesino es una persona en la que hay un sentido de identidad por la tierra, incluso hasta hacerse matar por la tierra. Se trata de un arraigo desde el punto de vista económico y cultural por la tierra, es un arraigo especial, todo gira alrededor de la tierra. Entonces, no es solamente desde lo cultural sino de lo económico ya que ellos dependen de la tierra, subsisten de los productos que les da la tierra. La identidad campesina es como un saborcito, como un gusto, como una cosa tan rica que no cabe en el pecho, como un... [Ruido de emoción]. ¿Qué pasaría con el campesino si llegara la minería?”.

Al poner la discusión en estos términos, no se pretende realizar una argumentación idealizante con respecto a los campesinos del COA. No hay duda de que la identidad es un concepto que se debe manejar con cuidado, pues se trata de procesos dinámicos en constante configuración (Marcús; 2011) que se construyen en contextos específicos de relaciones en los que es usada políticamente para defender los intereses de los que la encarnan. En suma, por su carácter histórico y político, la identidad no es una lista de requisitos que una persona debe llenar para pertenecer a un grupo. No obstante, es posible hablar de una identidad campesina que está siendo reivindicada como fundamento de la oposición frente a la minería. Para llevar esto a lo concreto, es preciso explorar la resistencia que los protagonistas de esta historia están ejerciendo a través de sus prácticas alimentarias.

El interés por investigar sobre procesos de resistencia nace de la convicción de que la búsqueda incesante del desarrollo (sin importar los repetidos fracasos en su consecución) no es un proceso homogéneo e inexorable. Día a día, en las localidades, se están construyendo alternativas a la cosmovisión capitalista y por eso la academia no debe ser portadora del derrotismo ni de la indiferencia que se imponen como horizonte. En esa perspectiva, este trabajo pretende mostrar que las prácticas que sustentan el sistema alimentario de los campesinos integrantes del COA constituyen una fuente de diferencia significativa frente al modelo de desarrollo que se ha implementado en la agricultura colombiana. La opción por la comida que han tomado estos campesinos, y la forma en que la producen, la transforman, la comercializan y la consumen; permiten visibilizar una alternativa al modelo de vida mayoritario.

La alimentación es un tópico que, al ser analizado, revela toda una serie de aspectos relativos a la forma como los seres humanos configuran el mundo. La alimentación es a la vez una necesidad elemental y una forma de relación social. Tiene que ver con la calidad de vida y con el bienestar, promesas que han legitimado la implementación del discurso del desarrollo alrededor del mundo. También existe gracias a una permanente interacción con la naturaleza y está investida de un carácter profundamente simbólico. Por eso, el sistema alimentario de los campesinos que hacen parte del COA se organiza en torno a una compleja red de significados y de prácticas que hablan de su identidad campesina y denuncian todo aquello que está en juego frente al extractivismo minero.

## **2. Dos formas de ver la cuestión alimentaria**

Como fue explicado en el capítulo anterior, en los últimos veinte años la economía colombiana se ha orientado hacia la primacía de los mercados en la asignación de los recursos que deben ser utilizados en función del desarrollo económico. Eso significa, entre otras cosas, que la participación de Colombia en ese escenario se basa en la especialización en actividades que representen ventajas comparativas a nivel internacional. Por ende, el fomento de las exportaciones se convierte en uno de los principales objetivos de las políticas públicas y de las iniciativas privadas. De acuerdo con esta lógica, la *libre*<sup>45</sup> competencia reduce los costos y esto se traduce en unos menores precios para los consumidores cuyo bienestar es la principal preocupación del sistema.

En Colombia, en general, que la economía funcione bajo esta perspectiva ha derivado en una gradual re-primarización del aparato productivo caracterizada por la exportación de materias primas para abastecer la matriz minero-energética mundial. Las divisas generadas por este intercambio son utilizadas para financiar las importaciones de los bienes que aquí no se producen. En la agricultura, en particular, esto se ha traducido en una expansión de cultivos tropicales exportables como frutales y flores con un consiguiente aumento en las importaciones de alimentos a bajos precios provenientes del exterior<sup>46</sup>. En el contexto de este modelo de desarrollo extractivista, el aumento progresivo de las exportaciones minero-energéticas tiene como correlato necesario el crecimiento de las importaciones de alimentos. Como afirma López (2012),

“Considerando la orientación productiva que ha tenido la agricultura colombiana en los últimos años, según la política establecida en la materia, se podría pensar que el país ha venido incurriendo en una situación de dependencia del mercado externo de una parte considerable del suministro de alimentos básicos, debido al sesgo de la política hacia la producción de bienes agrícolas exportables en detrimento de la producción nacional de la alimentación básica de los colombianos” (López, 2012: 8)

45 Cabe aclarar que el dogma del libre comercio es una falacia, o por lo menos no significa lo mismo en todos los países. Como muestra Robledo Castillo (2010), el azúcar, uno de los productos en los que Colombia goza de ventaja comparativa a nivel internacional, no fue incluido en las negociaciones del Tratado de Libre Comercio entre Colombia y Estados Unidos. De modo que las barreras arancelarias para la entrada de este producto al mercado estadounidense no fueron derribadas.

46 De acuerdo con Suárez (2007), los bajos precios que paga el importador no se convierten necesariamente en bajos precios para el consumidor final. El controvertido ex – ministro de Agricultura del gobierno anterior afirmaba con respecto a la apertura económica de los años 90: “[...] No existe relación entre el costo de importación y los precios al consumidor. Este es el caso de las cadenas de pollo, huevos, carne, cerdo, leche, arroz blanco y azúcar”. Citado por Robledo (2010: 8).

De la manera como los campesinos del COA construyeron el conflicto frente a la minería, es posible inferir la relación directa que ha existido entre la producción campesina de alimentos y los modelos de desarrollo que se han implantado en la agricultura colombiana. La expansión de estos proyectos se reflejó en la alteración de formas tradicionales de producción (junto con las construcciones de la naturaleza que le eran inherentes) y en el aumento de las cifras de importación de alimentos fundamentales en la dieta de los colombianos. Esto fue asumido como un indicador de la tensión entre lo que se ha definido como lógicas capitalistas de acumulación y lógicas campesinas de la subsistencia. Ahora bien, lo que interesa en esta parte del capítulo es mostrar la manera como los campesinos integrantes del COA impugnan estas concepciones a través de su apuesta por la soberanía alimentaria<sup>47</sup>.

Para llevar a cabo este propósito, es necesario realizar algunos apuntes sobre los preceptos que guían el abastecimiento alimentario del país. Lo primero que hay que señalar es que desde la posición gubernamental el tema alimentario se define en torno al concepto de seguridad alimentaria. Esto es importante porque desde el principio se establece una distinción frente a los conceptos de autosuficiencia, soberanía y autonomía alimentarias que se manejan desde el COA. De acuerdo con López (2012), el concepto de seguridad alimentaria tiene cuatro componentes básicos: la disponibilidad (oferta, ya sea nacional, importada o proveniente de ayuda alimentaria), el acceso (demanda, depende de condiciones de infraestructura y de ingreso), estabilidad (que sea un proceso ininterrumpido) y utilización (referente a las cuestiones de seguridad e inocuidad). Por cuestiones de pertinencia, la argumentación se enfoca especialmente en el aspecto de la disponibilidad de alimentos en Colombia.

A pesar de que el artículo 65 de la Constitución Política de Colombia ordena al Estado proteger la producción de alimentos, en la actualidad el derecho a la alimentación se ha convertido en una mercancía manejada mundialmente a través de cuatro instrumentos principales: tenencia de la tierra *occidentalizada*, es decir, manejada de formas que desconocen las peculiaridades ecológicas del medio, relaciones comerciales controladas por transnacionales<sup>48</sup> que monopolizan el binomio semillas-insumos, modos de producción con tecnología foránea imbuidos por la letanía de la competitividad y programas de ayuda alimentaria que desestimulan la producción nacional<sup>49</sup> (Mejía; 2010). En síntesis, la disponibilidad de alimentos en Colombia se caracteriza por una creciente

47 Aunque actualmente la economía colombiana es jalonada por industrias extractivas mientras que la participación de la agricultura es cada vez menor, la comparación con la agricultura convencional permite mayor profundidad analítica y explicativa en torno a las construcciones económicas, ecológicas y culturales que diferencian a los campesinos del COA con respecto al modelo hegemónico.

48 Según Mejía (2010) imitadas por pequeñas mafias locales: alias el cebollero, el papero, ingenios azucareros y empresas bananeras, etc. Ver: ¿Hay cartel del azúcar en el país? En: <http://www.semana.com/economia/articulo/hay-cartel-del-azucar-pais/337010-3> Acceso: 21 de marzo de 2013

49 Siguiendo a Robledo (2010), estos programas están basados en la comisión de un delito comercial (llamado dumping) que consiste en vender por debajo de los costos de producción, lo cual es posible gracias a los subsidios otorgados a los productores de alimentos en países como Estados Unidos.

dependencia frente a la importación de insumos químicos, maquinaria y de la mayoría de los alimentos básicos para la dieta de sus habitantes (Machado; 1985)<sup>50</sup>.

Así, la producción agrícola se ha venido orientando exclusivamente hacia las demandas del mercado en detrimento de las actividades de subsistencia. De ahí proviene la agricultura comercial que ha convivido histórica y conflictivamente con la economía campesina de pequeños propietarios (Shanin; 1976). La primera se caracteriza por el monocultivo de productos tropicales exportables en gigantescas propiedades con obreros asalariados, uso de agrotóxicos y semillas certificadas y primacía de la rentabilidad; la segunda por la explotación del trabajo familiar, la diversidad y el relativo autoconsumo. En el medio de esta distribución ha logrado insertarse una capa de pequeños y medianos productores convencionales de alimentos, principalmente hortalizas y papa, para el mercado interno y externo.

El desarrollo de las fuerzas productivas y la correspondiente especialización derivada de la división social del trabajo hacen que el consumidor promedio de alimentos se caracterice por la completa dependencia del mercado y del dinero. Las personas trabajadoras utilizan su salario, entre otras cosas, para adquirir alimentos cuya forma de producción y procedencia ignoran totalmente. El testimonio de doña Dianita, quien vivió y trabajó varios años en la ciudad de Medellín, es esclarecedor en este aspecto,

“Yo no sé, yo no estaba acá, yo venía a pasear, cómo cultivaban o cómo no cultivaban poco me importaba, solo me parecía maravilloso desayunar todas las mañanas con jugo de naranja, que la ensaladita rica así y así, coger la zanahoria y comérmela así, eso me encantaba, pero poco me preocupaba quién y cómo la cultivaba. Eso me empezó a preocupar cuando yo estaba en la ciudad, porque es que en la ciudad uno cree que eso es allá, a mí no me toca, me dolía que escuchaba en las mañanas los domingos, que era el único día que me podía quedar en la cama, que el campo al día, una cantidad de programas donde se decía se está haciendo, se ha mejorado tal cosa, tal otra, y yo decía ¡uy qué dicha!, cómo le están poniendo la mano al campo. Cuando empecé a estar aquí y empecé a ver que la dicha no era esa, que eso que dicen es puro cuento, yo dije eso son mentiras, nada de lo que anuncia la televisión de que están haciendo se hace acá en el campo, en el campo se pasan todas las necesidades del caso, hasta alimentarse es jodido, entonces dije no, no se puede permitir”.

Dado que lo que se persigue es la rentabilidad, la mayoría de las mercancías que llegan a la mesa del consumidor son producidas a partir de abonos, fertilizantes y plaguicidas que aumentan la producción mientras reducen el tiempo de cultivo. Aunque los precios caen y los ingresos aumentan (para algunos), la salud se pone en riesgo. Según el investigador Germán Vélez, los impactos de la agricultura convencional sobre la salud humana y animal están por determinarse científicamente. No obstante, plantea la inquietud sobre las consecuencias que puede tener la ingesta de alimentos cultivados gracias a la introducción de genes resistentes a los antibióticos y a los herbicidas (Vélez; 2004). Así lo explica doña Dianita,

“Cuando volví de la ciudad el cultivo de café ya estaba, me parecía crítico el platal que se iba en químicos, pero a medida que estudié lo de los químicos, tengo varios hermanos que son ingenie-

50 En consecuencia, uno podría afirmar que la visión gubernamental de la seguridad alimentaria consiste en vender oro, carbón, petróleo, aceite de palma, banano, uchuva, pitaya, granadilla, naranja, gulupa, flores, etc. en el extranjero para comprar el maíz, el sorgo, la cebada, la avena, el frijol, la arveja, el garbanzo, la lenteja y el trigo con el que primordialmente nos alimentamos los habitantes de este país.

ros, mi hija es ingeniera de alimentos, ella siempre me decía, mamá, la úrea<sup>51</sup> nunca sale del cuerpo del trabajador, la úrea sale con el sudor del trabajador y la piel la asume, la absorbe y eso nunca sale de la piel, ella me mantenía loca con ese cuento. Otro día conocí a un trabajador que le habían salido unos tumores que le decían que supuestamente hereditarios, pero alguien le dijo que era producto de la acumulación de la úrea, que eso nunca salía del cuerpo. Siempre me asustó ese cuento, me empecé a leer las etiquetas de los productos y si el forrito del fríjol se demora quince días, eso que es tan benéfico, cuánto no se demorarán los químicos, y la cuestión de las semillas, pero si esto sigue, si de la planta pasa al cerdo, del cerdo vuelve a la persona, esto son unas cadenas, vamos a ver qué podemos hacer, y que cuando los campos son a punta de químicos se pierde todo lo que se produce en las fincas, porque no tienen un punto de equilibrio, la finca que utiliza químicos no utiliza cuestiones agroecológicas”.

La última frase del fragmento anterior introduce una distinción clave en el análisis. El modo de producción y forma de vida denominada *agroecología* se define en torno a ciertas prácticas, saberes, valores y convicciones que difieren de los presupuestos economicistas y utilitaristas que guían la agricultura convencional. Desde este enfoque vienen a tomar importancia conceptos como la independencia, la autonomía, la soberanía, lo saludable, lo sano, la armonía con la naturaleza, la diversidad, la solidaridad y la identidad campesina. Estos conceptos le dan sentido a las actividades productivas y se manifiestan en cada una de las fases del sistema alimentario de estas comunidades. Sin embargo, determinaciones autónomas de este tipo no son siempre respetadas en el marco de los continuos procesos de expansión del capital que en este caso son representados por la intención de transformar el suroeste antioqueño, tradicionalmente agrícola, en una zona de producción minera.

Sin dejar de lado el hecho de que el modelo alimentario implicado en esta fórmula para salir del subdesarrollo sea responsable de que, mientras usted lee estas líneas, aproximadamente cinco millones de colombianos estén pasando hambre<sup>52</sup>, para los campesinos del COA la minería es la profundización de un proceso se ha impuesto con saldo negativo para el campesinado colombiano. Porque, en todo caso, el progreso es un juego de suma cero en el que lo que es ganado por unos es perdido por otros. A lo largo del juego se ha producido la dominación económica del campesino, la depredación de sus ecosistemas y la exclusión de sus formas de representar el mundo. Esto se hace patente al comprobar que Colombia importa gran parte de su comida porque la mayoría de sus campesinos o están en la ciudad, o se han convertido en la mano de obra que sustenta el auge de la agricultura empresarial y de las actividades extractivas.

### **3. Pero hay gente que piensa diferente**

Los campesinos que integran el Cinturón Occidental Ambiental se organizaron para no dejar que su alimento estuviera sometido a los avatares y las malquerencias de ese dios ubicuo y gaseoso que se llama mercado. Han decidido que cultivar comida para el autoconsumo familiar es fundamental para gozar de una vida digna y a través de su sistema alimentario demuestran las concepciones que tienen sobre el desarrollo, la sociedad y la vida. En las actividades de producción, transformación, comercialización y consumo de alimentos ponen en escena un repertorio de prácticas, usos y costumbres que cons-

<sup>51</sup> Compuesto químico nitrogenado utilizado como fertilizante en la agricultura convencional.

<sup>52</sup> Según cifras de la FAO, el 12% de los habitantes de Colombia padecen hambre. Disponible en: <http://www.elespectador.com/opinion/editorial/articulo-383520-el-hambre>. Acceso 25 de octubre de 2012.

truyen la economía y la naturaleza de formas diferentes a las hegemónicas. Por esa razón, el sistema alimentario de los campesinos integrantes del COA puede ser visto como el emblema de la defensa de su territorio y de la forma en que les gustaría permanecer en él.

### **3.1. Producción**

El estudio de cualquier sistema alimentario debe tener como punto de partida la identificación de los factores ecológicos que determinan el tipo de producción de cada comunidad y región (Harris, 1994). Para el caso colombiano, la posición ecuatorial configura unas características únicas, pues la exposición solar continua y directa hace que las plantas realicen una mayor fotosíntesis. De ahí la biodiversidad de nuestro medio cuya tendencia a cubrirse con selvas y bosques protege el suelo de los efectos del sol, la lluvia y el viento (Montaño Rivera; 2011). Los campesinos del COA intentan, bajo un criterio eco-lógico, no alterar demasiado estas condiciones en sus procesos de producción. Así lo enuncia don Sencillo,

“Pensando en lo de la productividad lo primero que se me viene a la cabeza es el clima, porque no puedo sembrar piña en un clima frío, entonces tengo que conocer esas bases para poder sembrar. Nosotros nos encontramos en una zona de vida totalmente diversa que permite la producción de diferentes alimentos, encontramos desde la zona fría hasta un bosque seco tropical en donde tenemos desde papa hasta coco, eso permite combinar y hacer variadas mezclas y esto aporta diferentes elementos y valores nutritivos a estos alimentos. Lo otro es que para el campesino lo primordial es la primera capa vegetal, ella es la que nos da la vida como seres humanos, como a todo ser viviente. La diversidad en vegetación para nosotros es muy importante porque la primera capa vegetal de la tierra viene a ser fértil cuando tiene mucha diversidad, mucha cantidad de plantas y árboles. La primer capa de tierra, vuelvo y lo repito, es la que nos da la vida tanto a nosotros como a las ciudades porque de ahí de la tierra salen nuestros productos, sale el oxígeno puro, salen las aguas para nosotros y para los animalitos, más que todo las aves, los insectos, todos ellos cumplen una función muy importante en la tierra y lo que le pase a los animalitos le puede pasar a la tierra”.

Al contrario del monocultivo que erosiona el suelo y elimina la biodiversidad a causa del uso continuo de agrotóxicos en todas las etapas de la producción, los *pequeños sembrados biodiversos* (Shiva; 2007) parten del “carácter sagrado del suelo porque es el que orienta la producción” (Notas de campo; 2012) y por eso mantienen altos sombríos que lo protegen de la exposición directa al sol y acumulan capas de materia orgánica en su lecho para que no pierda fertilidad. En otras palabras, se trata de una forma de inserción en los ciclos naturales que se apoya en la intención de mantener la sostenibilidad del entorno (Hecht; 1998). En palabras de José Camilo Cúrcuma,

“lo que hay que proteger es la vida, cualquier cosa que uno aplique así sea un producto natural, uno está agrediendo la vida, por ejemplo un producto para eliminar una plaga, así sea natural, hay veneno, hay tóxico, se trata entonces de proteger el equilibrio, en los cultivos que yo tengo de pancoger, de autoconsumo, yo casi no utilizo plaguicidas o fungicidas naturales, hay un control natural, los insectos actúan en su cadena trófica, yo no tengo problemas de chupadores, ni de comedores de hoja, ni de barrenadores del tallo. De pronto cuando hay exceso de lluvia me toca aplicar productos que elaboro aquí, pero en cuanto al manejo del suelo hay cosas muy básicas, se trata de proteger y recuperar esa cubierta, es recuperación, protección y conservación a través de prácticas que uno aplica, por ejemplo para las hortalizas las terrazas son una ventaja grande, recupera el suelo, no se erosiona, la cobertura permanente en el suelo, el café lo deshiero con machete y no a mano, en los cultivos de hortalizas la cobertura de hojas muertas, eso protege mucho y no deja que el suelo se muera”.

La producción orgánica visualiza la finca como un ecosistema total en el que se presentan múltiples interacciones entre los distintos elementos del entorno y en donde tienen lugar fenómenos naturales como el ciclo de nutrientes y la cadena alimenticia. Allí, es posible llevar a cabo unos ciclos productivos en los que todos los elementos se encuentran íntimamente ligados: los seres humanos se alimentan de los animales que crían y de los alimentos que cultivan, los animales se alimentan de lo que se produce en la finca y con sus excrementos se produce abono orgánico (gracias a los microorganismos que los descomponen) para fertilizar los cultivos. Sin duda, las palabras de doña Noelia resultan mucho más ilustrativas,

“La agroecología es una filosofía y un estilo de vida. Esa filosofía consiste en hacerle seguimiento a lo que es la vida natural y seguir esa línea, y eso encierra hasta lo que es el reciclaje. Es que en la naturaleza todo se recicla porque si la hoja cae, es degradada por microorganismos que se están alimentando de ella. Estos producen nuevos nutrientes que el árbol puede aprovechar para producir nuevas hojas y frutos son consumidos por un mamífero. Y las heces del mamífero son aprovechadas nuevamente por el suelo. Entonces es un cuento en el que todos los nutrientes y todos los elementos siempre están rotando y en continuo movimiento, por eso no hay desechos, nada sobra, todo se aprovecha”.

Y para ejemplificar lo que está afirmando, nos describe los procesos que lleva a cabo en su finca,

“Aquí se utiliza casi todo lo que se produce acá, yo saco a los cerdos a orinar para darle el desayuno a los peces (risas) y el bagazo de la caña pasa a ser abono, la pulpa del café también, el mucílago (miel de café) lo convierto en gas y la otra parte en abono, el pasto también nos dábamos a la tarea de pasarlo por la picapasto, así se descompone más fácil y pasa a ser abono. Aquí también siembro fríjol, maíz, frutales, plátano, guineo, banano, matas como el bore que le gustan a los peces, a las gallinas y a los cerdos, ¡es bendita!, el tallo picadito son unas papitas tostaditas deliciosas. La finca está rodeada en forraje, botón de oro, morera, quiebrabarrigo, auroro, pero eso para la gente es rastrojo, es monte, pero eso para nosotros son buenezas porque son productivas, porque se las comen los animales”.

Los campesinos integrantes del COA también se encuentran inmiscuidos en una lucha en el campo del lenguaje. El discurso del desarrollo hace de este ámbito uno de los lugares privilegiados para manifestarse y por eso muchas veces la realidad termina siendo explicada únicamente en sus términos. Un ejemplo de lo anterior es la adjetivación negativa de ciertas plantas como malezas, monte o rastrojo<sup>53</sup>; o de ciertos insectos como plagas que deben ser eliminados a través de agroquímicos. Personas como doña Noelia reivindican la importancia de estos seres en la naturaleza y por eso intentan revertir el imaginario llamándolos *buenezas* y *microorganismos benéficos*. Esto también es visible cuando se le llama *abonar* a la aplicación de fertilizantes químicos que agotan los recursos existentes; o cuando se le llama *convencional* a una manera de producir que privilegia la rentabilidad pero que depreda la naturaleza, como si se tratara de lo bueno y lo correcto.

Un aspecto fundamental en el análisis de la producción orgánica de alimentos es la reticencia de estos campesinos con respecto al uso de fertilizantes y plaguicidas de origen químico. Además de lo descrito anteriormente, son varias las razones que explican esta elección. Como explica Yesid,

“Yo le digo a la gente que si esas cosas se hicieron para matar seres vivos (las plantas y los insectos) pues eso también nos puede matar a nosotros. Eso se hizo para matar y esa es la lógica

53 Estas dos últimas palabras hacen referencia al descuido y a la improductividad.

que tiene, para eso se hizo y para eso funciona y de hecho esos químicos terminan por ocasionar degeneraciones genéticas. Por ejemplo el monocultivo es algo que va en contra de la agricultura porque limita a las personas a ocupar ciertos espacios y lo que hacen es atraer más plagas. Y por el tamaño desmedido de esos cultivos resulta más fácil utilizar agroquímicos”.

El testimonio de Yesid confirma la íntima relación que existe entre el monocultivo y el uso de fertilizantes y plaguicidas de síntesis química. Para él, esta forma de ver la agricultura tiene consecuencias nefastas tanto para la gente como para el ambiente. El sistema de monocultivo causa la aparición de unos cuantos organismos que, impulsados por la abundante presencia de una sola especie cultivada y ante la inferioridad numérica de sus predadores, se transforman rápidamente en una plaga y así se empiezan a ver afectadas las distintas partes de la planta, desde su raíz, hasta el fruto (Montaño Rivera; 2011).

Por eso, como afirma José Camilo Cúrcuma,

“El problema no es tanto el pino, la naranja o el café, sino el monocultivo, un monocultivo puede ser de especies nativas y eso también genera problemas, en la agroecología la primera plaga que hay es el monocultivo, y los tecnócratas creen que todo se soluciona con pesticidas y tóxicos pero la verdadera solución es la variedad, los microorganismos y los insectos, junto con las plantas, se encargan de que no haya enfermedades en los cultivos, en la naturaleza hay un orden-desorden”.

Basados en esta forma de entender la naturaleza, los campesinos del COA implementan una técnica de control natural llamada *alelopatía*, que impide la aparición de enfermedades y de plagas en los cultivos. La alelopatía se basa en el conocimiento sobre la capacidad que tiene una planta u organismo de atraer o repeler a otro<sup>54</sup>. De ahí que se configure como un saber preventivo antes que correctivo, que es lo característico de la agricultura convencional. Por otra parte, el uso de agrotóxicos elimina paulatinamente la biodiversidad natural de los ecosistemas y acaban con la fertilidad de los suelos. Don Alirio vivió en carne propia este proceso,

“Con el cuento de los agroquímicos se dejó de lado la idea de llevar a los suelos la materia orgánica porque supuestamente ya no se necesitaba, con el químico bastaba, y luego llegó el herbicida que acababa con toda la maleza y se quitó la posibilidad de que esa maleza fuera aprovechada. El suelo se desgastó y esa capa viva se fue acabando cada vez más, y pues hoy en día es muy difícil producir orgánico porque ya el suelo no tiene las mismas facultades de cuando el tiempo de mis padres, por ejemplo”.

Simultáneamente, la necesidad de mantener los niveles de producción hace que el uso de agroquímicos aumente progresivamente. José Camilo Cúrcuma lo explica de la siguiente manera,

“Pongamos por ejemplo los mal llamados abonos en el café. A un palo de café usted le echa un abono y él se pone hermoso y produce mucho, pero dos o tres cosechas y listo el palo se acabó, en cambio con lo orgánico le da menos producción, el café es mucho más alentado y le dura más, ahí va viendo una la ventaja, lo mismo los frutales, le dura a uno más, esa es una de las ventajas. Cuando uno tira matamalezas es mortal porque no solamente va a matar la maleza sino los elementos menores y los microorganismos, lombrices, todo lo que coja lo mata y la tierra va quedando sin vegetales, sin nada. Eso es mortal porque por ejemplo usted tiene una frisolera acá, y alguien está tirando *round-up*<sup>55</sup> y ventea para acá, cuente con que ahí mismo eso se quema, porque los venenos avanzan 500 metros, entonces es mortal, el químico es mortal”.

De los dos fragmentos anteriores se deduce una tensión radical entre la agricultura convencional y la agroecología. En efecto, son dos visiones de la naturaleza y de la

54 Por ejemplo, se utiliza el ají para repeler y el botón de oro para atraer a ciertos insectos.

55 Producto de origen químico que se utiliza en la agricultura para eliminar las “malezas” que rodean a las plantas de un cultivo.

economía, (y de las relaciones entre estos dos ámbitos), pero también dos concepciones tecnológicas totalmente contrapuestas que divergen en aspectos tales como el cuidado del suelo o la importancia de la biodiversidad en la producción agropecuaria. Más allá de esto, el punto más álgido entre ambas tiene que ver con los riesgos y las certezas que cada una representa para la continuidad de la vida en el planeta: mientras que en la agricultura convencional la naturaleza es menoscabada permanentemente, en la agroecología es creada y re-creada día tras día.

Además de su impacto sobre los ecosistemas en los que se han aplicado, los fertilizantes y plaguicidas químicos también han tenido efectos negativos para las economías campesinas que los han utilizado. La prosperidad económica que actúa como incentivo sí se produce, pero nunca llega a las manos de los que la hacen posible con su trabajo diario. Don Sencillo menciona las consecuencias económicas que tiene para los campesinos el uso indiscriminado de agrotóxicos para la producción agropecuaria,

“los químicos mantienen endeudados y atrapados a los campesinos porque son costosos, producen mucho pero toda la plata que llega hay que gastársela nuevamente en químicos porque la tierra siempre pide más y llega un momento en el que es imposible producir sin echar venenos. Entonces por ejemplo la federación hace treinta años dijo que tumbaran el sombrío y gracias a eso se vendió más fertilizante químico, a usted le venden un aguacate injerto pero con todo el paquete, el agrónomo, los venenos, el fertilizante; ya no es como un aguacate criollo que te resiste la plaga, la enfermedad, no tiene necesidad de un técnico que esté asesorándolo, entonces ahí está la dependencia de ese mercado y del consumo”.

Como muestra Shiva en “Las guerras de la globalización”, empresas estadounidenses como Monsanto y Cargill monopolizan el factor semillas modificadas-insumos químicos para crear dependencia total en los campesinos (Shiva; 2007). Esto es posible gracias a las variedades de semillas transgénicas resistentes a herbicidas y de tecnología *Terminator*, que esterilizan las semillas de la primera cosecha del cultivo (Vélez; 2004). En contraste, y aunque la discusión no se desenvuelva únicamente en esos términos, para estos campesinos resulta mucho más barato el autoabastecimiento a partir del cultivo de alimentos aprovechando al máximo los recursos que se poseen. Como afirma el ambientalista Mario Mejía (2010), para los campesinos la producción agroecológica se convierte en una alternativa concreta de permanencia en los territorios ya que permite la obtención de ingresos monetarios vía disminución de egresos y comercialización de excedentes.

Sin embargo, aquí no todo es color de rosa. Los obstáculos que se interponen en el camino de los campesinos del COA se suceden unos tras otros. No en vano estamos hablando de una forma de vida amenazada por la expansión del capitalismo extractivista. En este escenario, uno de los temas más álgidos en la agricultura actual se refiere a las restricciones a la diversidad y al comercio de las semillas que ponen en peligro la soberanía alimentaria y cultural de los pueblos. De acuerdo con Shiva, “el acuerdo ADPIC de la OMC significa que las comunidades pierden el control sobre las semillas como propiedad común; en cambio, las semillas se convierten en monopolio de corporaciones como Monsanto” (Shiva; 2007:19).

Don Germán no puede ocultar su indignación cuando habla de este tema, “Ese engranaje funciona para un monopolio económico que existe en el mundo, y a nivel nacional unos pocos títeres que también se han beneficiado del sudor, de las lágrimas y la sangre de tanta gente que se ha derramado en este país. Eso es para unos cuantos que manejan este país, la mis-

ma mafia de siempre, porque en este país hay una contradicción grande, se trata a los de abajo, a los pequeños de ilegales, a los mineros, a los campesinos, somos ilegales porque no podemos tener la semilla porque es ilegal, al que produce porque necesita cumplir con las normas y no puede, aquí cualquiera que sea humilde es ilegal, pero los peores terroristas, los peores ladrones están en el poder y son señores de cuello blanco”.

De ahí que un componente esencial de la resistencia alimentaria sea la conservación, el cuidado y el intercambio de semillas y de saberes que practican los campesinos en eventos de agricultura orgánica y a través de intermediarios de buena fe. Siguiendo a Mejía (2010), “la autonomía alimentaria campesina es un proceso en el que la semilla se mantiene en vivo, dentro de un comportamiento cultural de respeto y comprensión por las señas de la naturaleza, de ritmo laboral lunar, de ritualidad, de solidaridad en la compartimentación de la semilla y de minga o sesiones solidarias de trabajo” (Mejía; 2010: 12). En contraste, para las culturas pragmáticas y utilitaristas todo aquello son solo *bienes* comercializables. La aplicación de las tecnologías genéticas en la agricultura interviene en los ciclos naturales y reproductivos de las plantas y los animales con el fin de aumentar sus rendimientos económicos (Vélez; 2004)<sup>56</sup>. Don Germán compara los dos procesos productivos de la siguiente manera,

“Son dos formas totalmente diferentes de producir, desde el manejo del suelo hasta la asociación del cultivo. El cultivo convencional es sin sombra y la mayor exposición le exige a uno más fertilizantes, mientras que el cultivo con sombrero regulado permite que haya una fertilización natural, baja la producción pero en términos de costos se compensa porque usted no necesita comprar insumos químicos”.

José Camilo Cúrcuma complementa,

“además, hay unos beneficios ambientales que no son tangibles y que no se valoran con el dinero que son la recuperación del suelo, la biodiversidad, que es una cosa que se valora mucho, la salud del que consume el producto, en ese sentido estoy enamorado de la ecología, ver los árboles, los pájaros, mi hija ya conoce muchas especies de pájaros. Es que en el campo existen beneficios ambientales como la salud y la tranquilidad que no se pueden valorar monetariamente”.

De modo que, además de cuestionar el supuesto bienestar monetario que trae consigo la agricultura comercial, se presenta también una lucha en el campo de lo simbólico por definir lo que se entiende por calidad de vida. La opción por la soberanía alimentaria, entendida como la reivindicación del derecho a mantener y desarrollar las capacidades de producir los alimentos básicos de acuerdo con sus características culturales y productivas (López; 2012), les permite a los campesinos del COA mantenerse a salvo de los vaivenes del mercado al tiempo que disfrutan de un ambiente y una vida sana. Entonces no se trata simplemente de la búsqueda de un salario que les permita consumir lo fundamental y lo suntuario. Para estos campesinos la definición de la calidad de vida no se supedita únicamente a los aspectos monetarios. Al contrario, los subsume en los requerimientos sociales y ambientales indispensables para una vida digna.

Como afirma con convicción don Sencillo:

“A muchos campesinos ya no les interesa el alimento sino el dinero basados en el espejismo de producir para el mercado. En cambio uno no está pensando desesperadamente en que tiene que conseguir plata, que tiene que tener tantos palos de café o tantas cosas para producir plata, no ya no, porque uno entiende que en esta vida lo que necesitamos son unas cuantas cosas que necesi-

56 Tomado de: [http://www.semillas.org.co/aa/img\\_upload/5d99b14191c59782eab3da99d8f95126/OGM.Reichsmann.04.FIN.pdf](http://www.semillas.org.co/aa/img_upload/5d99b14191c59782eab3da99d8f95126/OGM.Reichsmann.04.FIN.pdf)

tamos para vivir, necesitamos comida, para qué buscarla en otra parte si la podemos producir nosotros, yo me pongo a ver que mis hijos están en la ciudad trabajando para comer y para dormir, yo tengo la comida en la casa y la dormida en la casa. Yo siempre he sido un convencido de que lo que hay que cultivar es comida, porque si tenemos la soberanía alimentaria hay todo, porque la comida es lo que lo hace mover a uno”.

Don Sencillo denota tristeza cuando se refiere a sus hijos. Dice sentirse ligeramente frustrado por el hecho de que ni aún con su propio ejemplo fue posible convencerlos de que otro camino distinto al de emigrar es posible. Para él, fueron seducidos por la promesa del bienestar que albergan las ciudades colombianas y que a muchos les es esquiva. Además de lo anterior, el fragmento también revela que la importancia de la comida para estos campesinos parte del reconocimiento de su condición primordial para la existencia humana. Sin ella, no es posible el hecho vital en su más primaria expresión. Y dado que el modelo económico vigente en Colombia pone en vilo el acceso ininterrumpido al alimento, la producción del mismo adquiere un cariz de independencia frente a las incertidumbres del mercado<sup>57</sup>.

Doña Silvia Guerra lo expresa en las siguientes palabras,

“Lo bueno del cuento de la agroecología es que uno no depende del café, aunque sí tengo y eso deja algo, pero uno no tiene que depender ciento por ciento del café porque usted vende un ternero, o vende un cerdo, eso le va ayudando mucho en la finca. Otra gran ventaja es que uno no tiene que estar muy asustado de que no hay con qué ir a mercar porque, hombre, sacó pescados, mató un lechoncito, uno se va balanceando con el plátano, la yuca, la papa, la arracacha, la cebollita, la legumbre y el pollo, no necesitamos ir a mercar al pueblo sino que en nuestra propia finca mercamos”.

Punto aparte para entender el significado de la forma que tienen la mayoría de las alcancías de cerámica en las que algunas personas acostumbran a ahorrar su dinero,

“El marranito no debe faltar porque es la alcancía de nosotros los agricultores, porque nosotros mantenemos nuestros ahorritos se los vamos invirtiendo al proyecto de los marranitos y también como en nuestra finca somos ricos en muchos productos el marrano come mucha caña, mucho plátano, mucha yuca, mucho maíz y es poco el cuidado que le tenemos que comprar, entonces es como una reserva, los centavitos en vez de guardarlos debajo del colchón o de dárselos al de la agencia [comercializadora] se los invertimos al marranito, a nosotros nos deja porque lo comercializamos en la propia vereda, nuestros vecinos nos compran la carne cada quince días, pero de ahí a traerlo al pueblo nos exigen certificación, y traer dos marranos en carro vale cien mil pesos, ahí se iría toda la ganancia”<sup>58</sup>.

Y don Alirio interviene para dejar bien claro lo que para él representa esta opción de vida,

“Eso de tener algo propio le da mucha tranquilidad a uno, cada día se enamora uno más, el valor para nosotros es que la tierrita es todo, porque lo que usted le siembre, eso le da, y uno se va para un pueblo a depender de todo porque todo es comprado, un sancochito lo tiene usted ahí, que la yuquita, que el platanito, que la papita aérea, la zanahoria, una ensaladita también, que una sopita de alverjas, que habichuelas, va y las coge”.

El testimonio de Don Alirio contiene todas las palabras claves para entender lo que está en juego con una posible explotación minera en la región. La opción por la soberanía alimentaria se constituye como un desafío a la definición productivista y reduccio-

57 Al respecto, y ante las alzas de los precios de los alimentos básicos registradas desde el año 2006 debidas, entre otras, a la utilización de estos productos para la fabricación de agrocombustibles, la FAO recomienda reducir la dependencia alimentaria exterior mediante el fomento de la producción interna. (López; 2012)

58 Los problemas de comercialización van a ser analizados en el apartado correspondiente.

nista de la calidad de vida que caracteriza al discurso del desarrollo. En lugar de apostarle a la lógica no siempre efectiva del *vender para comprar*<sup>59</sup>, los campesinos integrantes del COA afirman con determinación que “es mejor tener la comida y saber de dónde viene” (Notas de campo).

Por último, este modo de producción también busca alcanzar la soberanía energética. Los campesinos del COA acostumbran a tener en sus fincas un sistema de reciclaje de desechos orgánicos llamado biodigestor que transforma los excrementos de los cerdos y de los pollos, junto con lo que se conoce como la miel o *mucílago* del café, en gas para surtir de energía la casa y abastecer la estufa para cocinar. También se construyen estufas de alta eficiencia que minimizan el consumo de leña y los hornos que se utilizan para la fabricación de la panela y el secado del café utilizan tanto el bagazo de la caña como la cascarilla o “cisco” del café. En todos los casos de lo que se trata es de evitar al máximo el consumo de energías fósiles que causan el calentamiento global.

### **3.2. Transformación**

No hay duda de que el lugar privilegiado para la transformación de los alimentos es la cocina. Cuando los campesinos del COA recuperan y conservan las semillas están al mismo tiempo resguardando toda una cultura gastronómica y culinaria. Desafortunadamente, por la amplitud de los temas tratados en esta investigación no se pudo profundizar lo suficiente en este aspecto. No obstante, sí fue posible percatarse de que los campesinos del COA hacen gala de una extensa gama de productos que saben fabricar con sus propias manos. El recuento debe comenzar necesariamente por la producción de panela a partir de la caña, producto característico y esencial tanto de la dieta como de la economía campesina.

Y la lista continúa con las tortas de múltiples sabores cuyas técnicas de preparación han viajado a través de varias generaciones, el café y el chocolate orgánico amargo, típico de Antioquia, cuya concentración supera en varias proporciones la del chocolate comercial (Notas de campo). La cúrcuma, que es de la familia de los jengibres, la transforman para producir un condimento y un colorante que reemplaza a la tartrazina química, la cual, según los campesinos del COA, es nociva para la salud. También fabrican vino de naranja, cidra, mora o piña; dulces de arequipe, mermeladas, quesos y las infaltables arepas.

Yesid interviene mencionando las implicaciones del proceso que siguen con el café que se produce en su finca,

“Es una cosa muy importante, porque aquí estamos hablando de independencia. Cuando producimos café y lo transformamos en la propia casa, le damos un valor agregado y no tenemos que depender del mercado. Además, el saber qué clase de café nos estamos tomando nos da tranquilidad, independencia y nos garantiza salud, porque no le estamos aplicando elementos de síntesis química. Como si eso fuera poco, estoy economizando porque generalmente los precios son muy variantes porque los mueve la bolsa, entonces qué tal si no nos preocupamos por esa bolsa y nos procuramos muchos bienestares en la propia finca”.

Hay que aclarar que el café orgánico que se produce en las fincas de algunos de los protagonistas de esta historia es exportado a Holanda a través de una empresa certificadora que opera desde Ríosucio, en el departamento de Caldas. Esta actividad puede

<sup>59</sup> Exportar o morir, parecería ser el lema, aunque se ha dado el caso de morir exportando, como en el caso del algodón, e incluso morir importando trigo, maíz y cebada (Mejía; 2010).

dar lugar a múltiples cuestionamientos, máxime cuando campesinos como Yesid han apropiado prácticas tan características del capitalismo como la generación de un valor agregado gracias al cual los precios de venta del café orgánico son más altos que los del tradicional. Sin embargo, los campesinos del COA responden resaltando el hecho de que no generan dependencia económica frente a la exportación del café ni tampoco establecen un monocultivo tratando de *maximizar* las ganancias.

Mención especial para el amplio conocimiento que poseen sobre las plantas medicinales y aromáticas. En una visita realizada a la finca de una de las entrevistadas, logramos concretar una abultada lista de plantas con sus respectivos usos. De ese conocimiento provienen diversas pomadas, bloqueadores, champús, talcos y toda clase de preparaciones en infusión. Este fue el repertorio que logramos obtener mientras doña Noelia exponía rápidamente las virtudes de las plantas que cultiva en su finca,

“En esta finca hay una planta que se llama siete potencias para las malas energías y penca de sábila para el champú, para las quemaduras, para la neumonía y para mil cosas más; hay albahaca e hinojo para limpiar el hígado y aumentar la leche materna; planta de árnica para el acné, ventosidad y verbena para el hígado, paico para purgarse, ortiga para el champú y para la circulación. También hay yerbamora para la pañalitis y *lengüevaca* para las plaquetas en la boca; por último, hojas de chachafruto y de citronela para la gripa y para preparar deliciosos platos”.

Y José Camilo Cúrcuma enriquece el relato con su experiencia,

“Cuando teníamos el monocultivo de café las plantas medicinales desaparecieron, ahora tenemos yerbabuena, menta, albahaca, ruda, mejorana, las plantas entran a jugar un papel fundamental para la salud de los humanos y de las mascotas. Nosotros estamos aprendiendo a utilizar las plantas medicinales para transformarlas en jabones, champús y otros productos para el cabello. Entonces no se tiene que gastar en eso, sabemos utilizar la penca de sábila, el romero, la ortiga, la manzanilla que antes las creíamos rastrojo pero que ahora las usamos y hasta la podemos comercializar”.

Todo este acervo cultural fue invisibilizado por la aplicación del discurso del desarrollo en la agricultura. En este aspecto es palpable la tensión entre esquemas y modelos de acumulación y conocimiento. Con respecto al uso de las plantas aromáticas y medicinales hay un enfrentamiento entre el saber popular y comunitario y el conocimiento técnico y profesionalizante, pues en la actualidad hay pocas afecciones para las que las empresas farmacéuticas transnacionales no hayan desarrollado un medicamento especializado que reemplace la utilización de plantas medicinales. La invaluable utilidad de estas plantas para la salud humana está siendo rescatada por estos campesinos que no están dispuestos a que sea sometida al poder destructivo de quienes las convierten en *malezas* por no servir expresamente a los propósitos de la acumulación de capital. El conocimiento, y por extensión el cultivo, de las propiedades de estas plantas permite un relativo distanciamiento de la medicina convencional, y llevando más lejos el argumento, pone en cuestión la primacía absoluta de la medicina occidental en el tratamiento de los asuntos atinentes a la salud humana.

Por último, en los procesos de transformación que realizan los campesinos del COA también es posible evidenciar una postura política frente al creciente poderío de las transnacionales farmacéuticas, las cuales se apropian mediante las patentes de la salud y del conocimiento de los seres humanos para venderlo a precios astronómicos. Las siguientes palabras de Yesid no precisan de mayor comentario. Por esa razón, concluyen este apartado,

“Yo llevo ya un buen tiempo sin consumir pastillas porque no le veo mucho sentido a que yo tenga un discurso contra los agrotóxicos y por ende no le compre a la empresa farmacéutica transnacional Bayer, que es quien los fabrica, y apenas tenga un dolor de cabeza me apure a tomarme una Aspirina. Es que las mismas empresas que nos enferman son las que pretenden vendernos la cura, ¿ah?”.

### 3.3. Comercialización

A lo largo de este texto, se ha evitado caer en esencialismos e idealizaciones sobre las personas que protagonizan la investigación. El estudio de *la diferencia* vuelve susceptibles a quienes lo practican de adoptar ciertas posturas culturalistas que soslayan las relaciones de poder que existen entre los grupos humanos. De manera que aquellos son vistos como entes cerrados y aislados entre sí. En el caso específico de los campesinos del COA, el enfoque descrito anteriormente se traduciría en una falsa expectativa sobre la importancia de sus relaciones con el mercado, que llevaría a creer que son nulas o, al menos, innecesarias. Si ese fuera el caso, doña Silvia Guerra acudiría a imponer una moción de sensatez,

“Yo pienso que hay muchos problemas con la comercialización y con el mercado, pero de todas formas vender es importante porque a pesar de tener un nacedero de agua y la tierra para cultivar la comida, ¿entonces los hijos no estudian, van al médico gratis, el del trapiche le va a dar la panela gratis?”.

Don Alirio responde concretamente la pregunta,

“La diferencia es que por ejemplo cuando uno estaba en el sistema convencional lo único que visionaba era tener plata y todo era plata y cosas de esas, y uno en este proceso [de la agroecología] lo que menos se necesita, bueno, la plata se necesita, pero no lo es todo”.

Autores como Shanin (1976), Fals Borda (1986) y Escobar (2000); han mostrado cómo las economías campesinas se estructuran también alrededor de ciertas relaciones de producción para el capitalismo. Ya sea a través del pago de impuestos, de servicios públicos o la venta de excedentes, los campesinos se hallan ligados a las economías de mercado. Por estas razones la fase de comercialización es un punto muy importante en el análisis que estamos llevando a cabo en este capítulo.

Siguiendo a doña Silvia Guerra, podríamos afirmar que la fase de comercialización es el cuello de botella del sistema alimentario de los campesinos del COA. De hecho, es uno de los flancos que más atacan los críticos de la agroecología<sup>60</sup>. El Estado, operando bajo la lógica de apostar al más fuerte (Shanin; 1976), se encarga de legislar en favor de los grandes empresarios agrícolas alegando, por ejemplo, problemas de higiene y salubridad que de hecho son satisfechos por los pequeños productores. Bastaría con decir que no usan agrotóxicos. Sin embargo, las lógicas de la masificación para los mercados nacionales y extranjeros, expresadas en las normas sanitarias y fitosanitarias<sup>61</sup> que muchas veces se constituyen en argumento para impedir el libre comercio<sup>62</sup>, explican el que

60 En general, las críticas se dirigen hacia la incapacidad de los campesinos agroecológicos para mantener producciones continuas y estables para los mercados.

61 Las leyes expedidas por el gobierno anterior en torno a las restricciones para comercializar leche cruda y panela se convierten en un claro ejemplo de la persecución en contra de las economías campesinas.

62 Robledo (2010), muestra cómo estas exigencias [de parte de Estados Unidos] moldearon gran parte de los acuerdos alcanzados entre este país y Colombia en las negociaciones del Tratado de Libre Comercio aprobado por el Congreso estadounidense en 2011.

los campesinos encuentren muchas restricciones a la hora de poner sus productos en los circuitos económicos locales y regionales. Este es el testimonio de doña Noelia,

“A veces se siente mucha amargura, mucha tristeza y mucha soledad, porque hay muchas cosas para hacer, pero no hay el recurso, todo lo del campo cuesta mucho, las estructuras, todo. Uno se siente bien porque siembra y cultiva, pero si le sobran cuatro kilos de papa o de tomate vaya véndalos, casi los tiene uno que regalar, entonces no hay un equilibrio, ser campesino cuesta mucho. Por ejemplo yo produzco mucha mata de banano, mucho racimo, pero es como si no lo tuviera, porque no lo compran, porque es casi regalado 4 o 5 mil pesos por un racimo de 50 kilos, entonces uno se mata mucho pero no se compensa con el trabajo que uno le ha metido. Le dicen a uno que no que están malitos pero luego los venden a mil pesos cada uno. Además, ahora los cerdos toca mandarlos al matadero porque si no es ilegal entonces ya no es negocio porque no más mandarlos al pueblo en carro vale cien mil pesos”.

Doña Silvia Guerra completa el panorama con las siguientes palabras,

“A veces yo no entiendo bien lo que pasa. Dicen que hay mucha pobreza en Colombia, pero a la vez hay sobre producción de alimentos. Acá se nos pierde el plátano porque no somos capaces de comercializarlo todo, porque no hay quien lo compre todo, porque nos exigen pues que el plátano, el limón, o el tomate sean todo de un mismo tamaño y eso es imposible. Así es imposible comercializar. Para vender en los grandes supermercados tenemos que tener un código de barras, el registro invima y producir en grandes cantidades. Uno llega con los pollos, que son saludables, engordados con maíz, caña, yuca, cáscaras y sobras de alimentos y se lo rechazan porque lo están trayendo de otras partes mucho más barato pero le hace daño a la población porque son producidos con puras hormonas y concentrados químicos”.

Las limitaciones en la comercialización de los productos que menciona doña Silvia Guerra ejemplifican la persecución en contra de la forma de vida campesina que se ejecuta a través de una serie de políticas agrarias conscientes y manifiestas (Shanin; 1976). Además del Estado y de las grandes empresas, el siguiente testimonio de José Camilo Cúrcuma señala otro actor protagónico en la trama de la tortuosa e inequitativa comercialización,

“También los que nos joden son los intermediarios, en un municipio panelero como este hay gente a la que le cobran 2500 por par<sup>63</sup>. Además de todo, los que se enriquecen con el comercio de café son un poco de gordos encorbatados que nunca en su vida han sembrado un palo de café, y el campesino cafetero se muere de viejo y sin coger un peso de toda la plata que produjo, y se convierte casi que en un limosnero de la familia porque no tiene ni derecho a pensión”.

Los campesinos del COA no se detienen en la denuncia de las dificultades que afrontan en sus relaciones con el mercado. Al contrario, están buscando alternativas a la forma hegemónica de concebir el comercio. Don Germán señala el primer obstáculo que se les interpone en esa ruta,

“Nosotros como campesinos no tenemos claro lo que es la organización, la fuerza, la importancia que nos podría dar el estar organizados, porque aquí sufrimos de una enfermedad que no se llama cáncer, se llama envidia. Por eso la producción debe complementarse con la asociatividad, porque pecamos mucho al ser altamente desorganizados. Producimos, nos organizamos, nos autoabastecemos, nos capacitamos y mejoramos para abastecer un mercado local y regional”.

El retorno a lo local se manifiesta para los integrantes del COA como una obligación ante el fracaso de la promesa del bienestar que se alcanzaría con la globalización. Porque como dice Shiva, “la localización, no la globalización, es el principio para el comercio y la distribución para este paradigma que construye la soberanía alimentaria

63 Un par equivale a un kilogramo de panela.

ascendente y expansiva [...]” (Shiva; 2007: 46), José Camilo Cúrcuma lo expresa de esta forma,

“Yo soy muy incrédulo, yo no le creo al mercado, hay gente que cree que el mercado los va a salvar, están sembrando plátano y café y realmente no se trata de eso. Lo que nos va a salvar son las relaciones más aquí en lo local, recuperar la fraternidad, intercambiar, ser solidarios, el trueque, la venta local, pero no un mercado como el que se nos propone, a eso no le creo nada. Hay que inventar una cosa distinta, yo ahora lo hago por obligación pero no porque le crea y me guste”.

El disgusto que manifiesta José Camilo Cúrcuma tiene que ver con su actividad como productor de café orgánico tipo exportación. Él lo explica en los siguientes términos,

“El café orgánico tiene una desventaja y es que es un producto muy elitista, entonces el cuento de la solidaridad queda perdido, lo mismo por la certificación que es un negocio para quienes la manejan<sup>64</sup>, entonces competir con otros cafés que son de menor calidad pero más baratos se hace difícil, cómo va a competir usted con la Nestlé o con una cosa de esas, lo que le pasó a los chocolateros de Santander que montaron su propia transformadora de cacao y la Luker bajó el precio a la mitad. Lo que debe construirse es una red local pero no pensando que el precio es el que lo va a salvar a uno, porque la solidaridad tiene que ver con que la gente pobre tiene que acceder a un producto sano y de calidad y por eso tocaría pensarse en precios justos”.

El fragmento anterior evidencia que las tentativas de crear redes de mercado a nivel municipal y subregional están basadas en un discurso que en nada se compadece con la lógica de la acumulación. Sin duda, el aspecto más llamativo de la iniciativa es pedir una ética en el comercio en la que el consumidor y el productor tengan unas relaciones basadas en el respeto y en la solidaridad. Como afirma Yesid,

“estamos pensando en un mercado más local, no tanto el mercado externo sino el local, sin intermediarios, que haya una relación de fraternidad con el consumidor, que el consumidor conozca quién es su productor. Nos inspira el respeto de la vida, no solo de nosotros como seres humanos sino de la vida, el respeto por todo lo que se cultiva. También hay un componente de solidaridad, qué produzco para el consumidor, qué se está comiendo, al que produce convencionalmente no le importa la cantidad de veneno que usted se está comiendo, sino la plata que eso produce, haciendo un trabajo en Santa Bárbara [Antioquia] me impresionó el trabajo que le hacen al suelo, la cantidad de tóxicos que le echaban al café”.

En conclusión, mientras que todos estos sueños se materializan, los campesinos del COA introducen sus excedentes en redes informales de intercambio y de trueque con sus vecinos, familiares y amigos. Don Sencillo sintetiza de la siguiente manera el destino de los productos que obtiene en su finca,

“Lo que se produce en la finca es más que todo es el consumo y lo poquito que podamos vender. Sobra mucho plátano, limón, yuca y fríjol; entonces uno lo reparte, uno no lo deja perder, se lo ofrece a las personas que lo necesitan, o cambiamos con mis hermanos y con mis vecinos, “yo te doy fríjol, tú me das maíz; yo te doy un pollo, vos me das pescado”. Y así sucesivamente”.

### 3.4. Consumo

El aspecto del consumo involucra varias dimensiones que tienen que ver tanto con lo que los campesinos del COA entienden por calidad de vida como con el aseguramiento de la alimentación como condición necesaria, pero no suficiente, para la plena existencia. Como afirma Machado (1987), en el consumo se evidencia la efectividad del

64 La certificación es un proceso mediante el cual una empresa exportadora garantiza que el producto, en este caso el café, ha sido procesado de manera totalmente orgánica por los campesinos. Según José Camilo Cúrcuma, acceder a este proceso puede costar aproximadamente 14 millones de pesos.

sistema alimentario, en la medida en que los otros factores existen en función de él. El acceso a los alimentos es la base para la supervivencia y no es posible hablar de bienestar cuando no se puede disponer de ellos de forma regular y constante a lo largo del tiempo y del espacio. Por esta razón, lo primero que hay que afirmar es que los campesinos integrantes del COA gozan, en un alto porcentaje, de autonomía alimentaria. Así lo asegura doña Noelia, a pesar de que

“muchos nos la critiquen porque dicen que es puro cuento, nosotros tenemos nuestra alimentación asegurada en un sesenta o setenta por ciento y lo que nos toca comprar en el mercado es muy poco, por ahí la sal, el aceite, el arroz, las pastas y a veces la carne. Es que eso de comprar todo era muy complicado y feo. Gracias a dios ya dejamos de pensar en si se consumen los productos, más bien se siembran y no hay entonces problema de comerse cualquier cosa sin descompletar el mercado. Y más bien uno puede comérselo cuando se le da la gana, y pues no hay nada más satisfactorio que comerse lo que uno está produciendo porque uno lo disfruta más. Uno en la finca tiene todavía esa tranquilidad y lo otro es que uno está haciendo sus cosas, que las gallinas, que los pollos, que cuidando los cerdos, que la huerta, y saber que de ahí va a cosechar; entonces en el campo uno no se ve sin qué echarle a la olla, que si no hay arroz, entonces vamos a hacer una sopa de yucas, de cidra, hay de qué hacer las ensaladas, que hay pescados que de vez en cuando se sacan, o que hay cerdos que de vez en cuando se matan, entonces para la familia, porque en mi caso somos varios hermanos y hermanas que estamos ahí entonces uno mata un cerdo y están todos ahí ayudando porque todavía los contrabandeamos<sup>65</sup> para mandarlos allá, entonces los matamos en la finca, a cada uno le queda su partecita para la finca entonces estamos reunidos para esa actividad, si uno se antojó de un pollo entonces va y lo coge también”.

En este punto de la argumentación hay que hacer una distinción entre lo que se está entendiendo por seguridad y soberanía o autonomía alimentaria. La diferencia entre las dos situaciones es tanto de concepción como de grado. Mientras la seguridad alimentaria se define como la posibilidad de acceder a los nutrientes básicos de manera continua (ya sea comprándolos o produciéndolos) en el tiempo y en el espacio, la soberanía alimentaria tiene que ver con una opción política y con unas condiciones estructurales (acceso a la tierra, cuidado de las semillas, autonomía sobre lo que se produce, y la manera en que se hace, etc.) que le otorgan a la alimentación un lugar privilegiado en la vida social (Notas de campo). Así, el consumo de alimentos no es visto simplemente como una necesidad fisiológica sino como un fenómeno social. En ese orden de ideas, la producción y el consumo de alimentos no solo satisfacen sus necesidades en ese aspecto, también refuerzan los lazos familiares de los campesinos del COA. Doña Dianita cuenta su experiencia,

“Alguien me preguntaba que qué valor le ponía yo a todo esto, yo le decía que lo primero era que lo estábamos trabajando con mi esposo y mis hijos, luego cogerlo y prepararlo yo misma tiene mucho más valor, entonces uno va viendo la integración de la familia, uno le echa la comida a los animales, otro trae los huevos, la otra va y saca un par de zanahorias para la ensalada, entonces se va vinculando la familia”.

Además de afianzar el sentido comunitario del trabajo agrícola, en las pautas de consumo de los protagonistas de esta historia es posible detectar ciertos significados y representaciones acerca de la comida. La diversidad ecológica del territorio COA es fuente de un gozo cuya expresión no puede ser abarcada por el infinito lenguaje que hemos creados los seres humanos. Este es el intento de don Sencillo por explicarlo,

<sup>65</sup> Se refiere a las peripecias que tienen que hacer los campesinos para matar los cerdos y venderlos a sus vecinos y familiares, eludiendo la norma de enviarlos al matadero municipal. Según don Germán, “cuando mato cerdos la gente come barato”.

“La diversidad que nosotros tenemos es una cosa maravillosa, no hay cosa mejor que salir a merchar en la finca en la mañana, mucho o poquito, eso es un placer que no sé cómo decirlo, eso no se toca, eso no se dice, eso se siente, es como cuando uno no le necesita decir a alguien que lo quiere porque lo sabe, no hay palabras para expresar eso, eso solo lo sabemos los que lo hacemos”.

La biodiversidad del ecosistema se traduce en una amplia gama de alimentos que son producidos y transformados por los campesinos del COA. Para ellos, la comida trasciende la condición de simple mercancía. La variedad en la oferta alimenticia de sus fincas permite la elaboración de múltiples recetas, con lo que el acto de consumir alimentos adquiere visos estéticos. Como dice doña Noelia,

“Comer es un placer y ese placer se ve aumentado por la variedad de sabores y presentaciones que uno tenga en la comida, porque no me voy a comer una papa siempre cocinada, o unos frijoles siempre los mismos. Además, no se trata solo del gusto sino de que se le pueden añadir elementos que hagan la comida más nutritiva. En nuestra propia huerta podemos encontrar unas plantas que le van a dar un sabor muy particular al pollo, por ejemplo. El sabor [con respecto a los alimentos producidos con agrotóxicos] es muy diferente, y hasta el color, por ejemplo una zanahoria cultivada en arena es cristalina y color claro y no tiene un sabor delicioso en cambio cultivada con tierra abonada en compostera<sup>66</sup> es más naranjada, más compacta, un sabor más delicioso. Es más dulcecita, una zanahoria en tierra árida o arena es más amarga”.

Además, el consumo de alimentos producidos orgánicamente representa un beneficio invaluable para los campesinos del COA. Don Alirio lo explica de la siguiente manera,

“Yo me siento muy contento porque uno ve que todo lo que uno se puede comer de la finca, se lo come sanamente, porque uno ha tenido la experiencia de ir a otras partes donde es con químicos ventiaos<sup>67</sup>. Nos están matando. Por eso lo de la finca se lo come uno con gusto, porque uno sabe cómo son, cómo fueron levantados, y uno no se va a comer lo peor tampoco. Si vamos al mercado encontramos unos pollos inflados con hormonas y únicamente alimentados a base de concentrado, entonces se están perdiendo nuestras razas criollas que sabemos que las alimentamos con las propias sobras de nuestras cocinas, de nuestros alimentos que han sido trabajados de una manera orgánica, sin veneno. Es que hoy en día pululan las enfermedades en los seres humanos y es porque no sabemos lo que nos estamos comiendo”.

Don Sencillo complementa el escenario delineado por don Alirio, quien también funge como promotor agroecológico de la ASAP por las veredas de Caramanta,

“Yo me he dado cuenta de que aquellas familias que están con la idea de vender no se pueden alejar de los químicos, porque se trata más de la productividad, mientras que aquellos que lo consumen tienen claro el tema de los químicos y los dejan más fácil de lado. Un día, una señora me contó que un señor que produce tomate en cantidades le había regalado un kilo, pero ella no lo había querido consumir porque el señor utilizaba mucho químico mientras que ella en su huerta lo producía orgánico. Entonces no es lo mismo lo que yo produzco que lo que compro, uno no sabe la procedencia, la diferencia está en la confiabilidad de lo que uno consume. Si yo produzco algo yo sé cómo lo estoy produciendo y qué es lo que estoy consumiendo, eso pasa con el tomate, con la zanahoria, con la remolacha, el repollo, la mayoría de esos alimentos son producidos tóxicamente, con venenos, entonces lo que hacemos es tirarnos la salud día a día un poquito, pero si yo quisiera mi salud produciría lo que yo y mi familia consumimos”.

Este argumento toma fuerza si se reflexiona un momento acerca del conocimiento y la responsabilidad que asumen la mayoría de personas sobre los alimentos y el agua que consumen diariamente. En un taller sobre el tema al que se asistió como parte de la preparación de esta investigación, fue difícil para los participantes construir las cadenas

66 Lugar donde se procesan los residuos orgánicos para su posterior utilización en los cultivos.

67 Abundantes.

de procedencia de los alimentos y se llegó hasta a responder que el agua venía de la llave. Para los campesinos entrevistados no es tan desconocido el tema. Aún más, tienen una postura firme sobre el por qué no se debe cultivar la comida con químicos. Y si se acepta que la buena salud es otra de las características de la calidad de vida, y que además está directamente relacionada con la alimentación, entonces surge un cuestionamiento sobre el estilo de vida que se les pretende imponer como el más avanzado.

#### **4. Nace el COA: defender el territorio por otras vías**

En resumen, en este capítulo se ha intentado describir lo que los campesinos del COA están entendiendo por territorio. En la producción soberana y sostenible de alimentos están ejecutando un conjunto de prácticas que han sido analizadas como parte de la identidad que estas personas han construido a partir de la interacción con su entorno y con sus semejantes. A través del estudio de sistema alimentario de los campesinos del COA se vislumbra su postura frente al conflicto desatado por las intenciones de convertir el suroeste antioqueño en un enclave minero. Para ellos, la lucha por el territorio es la lucha por la supervivencia de una identidad campesina que está siendo amenazada por el auge de las actividades extractivas en el país. Ante una posible incursión minera en sus municipios, que significaría la destrucción definitiva de la forma de vida que los caracteriza, han decidido hacer manifiesto un conflicto que se había venido incubando durante décadas.

El conflicto entre las lógicas de la acumulación y de la subsistencia ha llegado así a su punto límite: la minería y la producción agrícola son dos actividades que se excluyen mutuamente. Por esa razón, y en vista de que no basta con *defender el territorio produciendo*, estos campesinos, junto con otras personas naturales y organizaciones sociales, se han articulado alrededor de un espacio llamado COA que busca blindar al territorio frente a la minería. En ese proceso de movilización ha sido fundamental, aunque no determinante, la visión del territorio que se ha venido construyendo a partir del proceso agroecológico. En cierta medida, el discurso del COA como organización social que se opone a la minería apelando a una identidad campesina (en su doble condición de símbolo de lo que es al mismo tiempo amenazado y reivindicado como alternativa) que ha existido tradicionalmente en el territorio está permeado por la resignificación que de este concepto han hecho los campesinos del COA.

Ahora bien, esto no significa que el discurso de estos campesinos haya sido adoptado en su totalidad por el COA. De ahí el énfasis en que se trata de un espacio de articulación. En el COA también participan comerciantes locales, funcionarios públicos, profesionales y pensionados que habitan el casco urbano y que no necesariamente se sienten campesinos. Este matiz se muestra cuando se destaca la tradición agrícola de la región acompañada de su biodiversidad, sus aguas, sus paisajes, sus tesoros arqueológicos y hasta su potencial turístico. Esta heterogeneidad se cohesiona alrededor de la consigna por la defensa del territorio, la cual es lo suficientemente amplia como para no generar demasiadas discrepancias y lo necesariamente evidente como para evitar falsas expectativas: el COA se encuentra en una fase defensiva del conflicto que puede resumirse con la imagen de quien primero defiende su casa de quien se la quiere quitar y después se ocupa de organizarla personalmente.

Con el fin de constituirse como un actor político capaz de incidir en la planificación del territorio, el COA ha diseñado líneas generales de acción. Con esto no solo buscan convertirse en sujetos de derechos, también desean empezar a ocupar un lugar dentro del discurso del Estado, visibilizando sus prácticas, su cultura, su visión política del mundo y su sociedad misma, es decir, intentan rescatar identidades colectivas (Escobar: 2008). En este caso, uno de los aspectos centrales que se reivindica es una cultura agrícola y campesina que está intentando ser transformada sin consultarles a los interesados. En esa medida, la primera estrategia del COA tiene que ver con el aprendizaje y la utilización de todos los aspectos legales y jurídicos que están involucrados en la disputa frente a la minería. Don Germán explica,

“(…) lo primero tiene que ver entonces con lo legal y lo legal implica el conocimiento de la constitución y de los códigos que rigen todo esto y ser muy estudiosos alrededor de toda esta temática. Hemos empezado a participar en debates alrededor de la constitución porque hemos logrado identificar a partir de eso que el código minero es inconstitucional, y que toda la actividad minera en términos generales es un adefesio, un exabrupto, algo que está en contra de los principios que inspiran la constitución del 91 entonces nos hemos visto en la necesidad de conocer más sobre la parte legal basarnos en la ley y que sea en últimas que esta decida”.

Este acoplamiento a los canales institucionales de protesta es complementado por el COA con una estrategia política de influencia en los entes decisorios de sus municipios y su región. José Camilo Cúrcuma relata la forma en que se ha llevado a cabo este proceso en Támesis,

“Lo político se trata de empezar a participar en espacios que inciden en el quehacer del municipio, el departamento y la nación, por ejemplo: participar en los planes sectoriales, el concejo municipal de desarrollo rural y participar en el PDT, en el plan de desarrollo 2012- 2015 y en el plan de desarrollo departamental. También son importantes las relaciones que tenemos con los alcaldes de la zona, con el concejo municipal ya hemos tenido varios debates y hemos contado con el acompañamiento de dos concejales que han estado muy pendientes de la temática, hemos tenido mucha relación con la administración municipal y concretamente con el alcalde quien se ha puesto la camisa del COA y ha dicho es que yo voy a defender, desde aquello que le permite la ley, él dice que va a defender el territorio, en los espacios en donde ha estado ha sido uno de los abanderados y esa posición es valiente y heroica, hay que reconocerlo”.

Un resultado prominente de la estrategia política del COA es el reciente Acuerdo Municipal en el cual una decisión normativa obliga a proteger el territorio de Támesis de la minería, haciendo de este municipio el primero en Colombia en emprender una acción de este talante. El 31 de agosto del año en curso el Concejo Municipal dejó por sentada una decisión expresada en el Acuerdo Municipal 009 de 2012, declarando como zona de protección especial todo el territorio tamesino prohibiendo de este modo la exploración y explotación minera. La tercera estrategia del Cinturón Occidental Ambiental consiste en difundir masivamente la información relativa al estado del conflicto. Al respecto, doña Noelia dice,

“Otra estrategia yo la ubico desde lo mediático y es cómo hacernos conocer a través de los medios de comunicación la problemática en el territorio. A través de las relaciones sociales con medios de comunicación, con periodistas y con periódicos, hemos logrado varias entrevistas y artículos de prensa que han puesto el tema a nivel mundial y hemos tenido presencia en las redes sociales como Youtube”.

La última línea de acción del COA tiene que ver con acciones de hecho, es decir, manifestaciones pacíficas y públicas en donde se quiere dejar por sentado la posición

de las comunidades de la zona respecto a las actividades mineras que se adelantan en el municipio por parte de algunas empresas transnacionales. El objetivo es que estas actividades tengan una fuerte carga simbólica cuyo contenido logre movilizar las emociones y las conciencias de quienes son indiferentes frente a la situación. Por ejemplo, en el mes de julio de 2012 tuvo lugar la Vigilia por la Defensa del Territorio. En ella, el COA se presentó como una voluntad que convocaba al acto de *estar despiertos* (definición de vigilia). Con eventos como una alborada<sup>68</sup> de música y alegría por las calles de Támesis se pretendió “avivar la reflexión sobre el actual acontecimiento que desafía su territorio y su integridad, para lograr el despertar hacia un estado de conciencia de lo que son, de sus montañas, sus aguas, sus paisajes, su cultura y su vida diversa”<sup>69</sup>.

Otro acto representativo de esta última línea de acción fue el Abrazo a la Montaña que se realizó entre el 20 y el 24 de noviembre de 2012. A lo largo de esos cuatro días se recorrieron los municipios de Caramanta, Valparaíso, Támesis, Jericó, Pueblorrico y Jardín en una travesía que pretendía “estrechar los lazos de amor a nuestras culturas, a nuestras aguas, a nuestros paisajes, a nuestros alimentos y a nuestras formas de vida, todo ello en la riqueza y diversidad que los caracteriza”<sup>70</sup>. El Abrazo a la Montaña fue un llamado del COA para alertar sobre las amenazas que actualmente recaen sobre el territorio, pero también una invitación a reconocer las potencialidades que en el existen.

---

68 La Alborada fue un evento programado en el marco de la Vigilia por la Defensa del Territorio que tuvo lugar a partir de las 5 de la mañana del día domingo, era una de las actividades del cierre del evento.

69 Fragmento volante de la Vigilia por la Defensa del Territorio.

70 Fragmento volante del Abrazo a la Montaña.

---

## *Conclusión.*



“En lugar de desear una relación humana inquietante, compleja y perdible, que estimule nuestra capacidad de luchar y nos obligue a cambiar, deseamos un idilio sin sombras y sin peligros, un nido de amor, y por lo tanto, en última instancia un retorno al huevo. En vez de desear una sociedad en la que sea realizable y necesario trabajar arduamente para hacer efectivas nuestras posibilidades, deseamos un mundo de satisfacción, una monstruosa sala-cuna de abundancia pasivamente recibida”.

E. Zuleta

## **1. Lo alimentario como apuesta política**

En Colombia, la idea del desarrollo ha tenido una histórica persistencia a pesar de los sucesivos fracasos en su consecución. Aunque ha cambiado de apellidos y enfoques desde que nació al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la aspiración por el progreso y por mejores niveles de vida se mantiene incólume y sigue alumbrando el horizonte del país. Hoy este anhelo tiene un cariz extractivista que está transformando conflictivamente los territorios de algunas comunidades rurales que habitan en este país. Las explotaciones petroleras, energéticas y mineras, principalmente, están poniendo en peligro algunos de los bienes que sustentan las actividades económicas y culturales de indígenas, afrocolombianos y campesinos. Y aunque este tema no cuente entre las prioridades informativas de los medios masivos de comunicación, en pocas palabras esto significa que la transformación productiva a la que estamos asistiendo está poniendo en vilo la supervivencia de estos grupos humanos.

Motivados por la intención de conocer de cerca algún caso que ilustrara y que le diera contornos reales a este panorama, nos dimos a la búsqueda de una situación conflictiva en la que se estuviera presentando algún tipo de oposición a la locomotora minero-energética. Cansados del pesimismo que inmoviliza las voluntades, intentamos además que estuviera involucrada alguna alternativa concreta frente al modelo. Es decir, queríamos encontrar un conflicto que el dinero no tuviera poder de solucionar. Por ese camino nos enteramos de un punto de la geografía colombiana, desconocido para nosotros, en el que algunas de las personas que allí habitan se están oponiendo a la minería de oro a cielo abierto. Entre ellas, un grupo de campesinos habla de autonomía alimentaria como una manera distinta de vivir el territorio. Habiendo hecho las gestiones pertinentes, decidimos que esta investigación intentaría explicar la conjunción que existe entre la oposición a la minería y la defensa de la soberanía alimentaria como alternativa para el suroeste de Antioquia.

A partir de esta pregunta inicial, diseñamos la estructura conceptual y metodológica que consideramos más adecuada para obtener la respuesta. Partimos de la concepción de que el desarrollo (con cualquiera de sus apellidos) es un dispositivo cultural que es utilizado por las élites en el poder para reproducir y expandir el patrón de poder capitalista colonial/moderno alrededor del mundo. El carácter colonial/moderno hace referencia a que este modelo civilizatorio se impone sobre algunos grupos humanos a partir de la creación de la diferencia y de su posterior subalternización. En este caso, la minería como fórmula de desarrollo para el suroeste antioqueño hace parte del inveterado proceso de exclusión del campesinado colombiano que hoy se manifiesta en este caso particular en la transformación progresiva de territorios tradicionalmente agrícolas

en enclaves extractivos (de madera, de frutales, de oro).

De la misma forma, las luchas del campesinado por resistir y adaptarse a estos procesos de cambio han derivado en que sus identidades políticas se caractericen por fluctuar de acuerdo a los contextos políticos y económicos dominantes en cada momento. Retomando a Wolf (1971), la cultura campesina debe entenderse como un sistema adaptativo desarrollado por un grupo de personas en situaciones ecológicas e históricas particulares, el cual es expresión de una posición estructural frente al Estado-nación. Esto es importante porque explica la respuesta alimentaria de los campesinos del COA como una posición estratégica y siempre contextual, y no como producto de un comportamiento prístino y neutral frente a la realidad. Dicho esto, nos propusimos encontrar el porqué del conflicto que están proponiendo los campesinos del COA frente a la minería y el cómo lo están ejerciendo. Y para ello acudimos al concepto de conflictos distributivos.

La óptica de los conflictos distributivos permite estudiar este tipo de situaciones como productos de relaciones de poder con respecto al acceso y al control de los bienes de la naturaleza. Tanto las actividades mineras como las agrícolas precisan de la tierra y del agua, pero para algunos campesinos estos no son bienes en sí mismos sino en la medida en que sustentan las construcciones económicas, ecológicas y culturales que le dan forma a sus territorios. Y este es el aporte más significativo de este enfoque: permite profundizar en los aspectos simbólicos que desde estos grupos sociales son enarbolados en el marco de los conflictos frente al desarrollo extractivista. Por esa razón, en la solución de este tipo de conflictos no pueden salir victoriosas ambas partes. Esto nos lleva a involucrarnos con el resbaloso concepto de identidad. En este trabajo la identidad está siendo entendida como esa serie de rasgos que son movilizados por sus portadores para lograr visibilidad en la arena política, es decir, para hacer valer sus intereses frente a los demás grupos.

Cuando los campesinos que protagonizan este trabajo ponen en escena su lucha por la soberanía alimentaria como un elemento central en disputa, están hablando de su identidad como colectividad. Entonces para nosotros el reto consistía en adentrarnos en este discurso y entender la manera como lo llevan a la práctica. De ahí la utilidad del concepto de sistema alimentario como herramienta que posibilita el estudio de la alternativa alimentaria desde las prácticas cotidianas de los campesinos en sus fincas y fuera de ellas. Ahora bien, este andamiaje conceptual fue pensado para que armonizara con los dos presupuestos metodológicos que animaron la investigación desde sus principios: la necesidad de darle resonancia a la voz de los protagonistas sin perder el rigor sociológico (atendida por una metodología participativa) y la intención de retar la megalomanía de lo global desde allí donde respira lo local (mediante la ejecución del trabajo de campo desde una *perspectiva de lugar*). Por eso, si tuviéramos que señalar el principal aporte de esta investigación, diríamos que fue el intento de poner los pies de la academia nuevamente en el terreno.

En ese orden de ideas, los hallazgos más importantes de la investigación tienen que ver con la manera en que los campesinos del COA codifican el conflicto distributivo y cómo a través de su sistema alimentario construyen un posicionamiento como actores políticos frente a esta coyuntura. Hemos dicho que el punto de partida es la histórica ausencia del campesinado en las políticas ideadas desde el Estado colombiano en el marco de un sistema global de producción, distribución y consumo de índole capitalista. Esto se ejemplifica en el caso de los campesinos del COA cuando se piensa en los efectos del

cambio tecnológico representado en la Revolución Verde sobre sus ecosistemas y sus sistemas productivos y culturales. La transformación hacia el monocultivo de café, basada en el uso de agrotóxicos y orientada hacia el mercado mundial, llegó a su límite una vez se rompe el pacto cafetero y dejó como legado el deterioro ambiental y la bancarrota para muchos de estos productores.

Con la posterior liberalización del comercio, la agricultura, y en general la economía colombiana, experimentó un pronunciado declive que entre otras cosas se manifestó en la creciente importación de alimentos básicos en la dieta de los habitantes de este país y en la orientación hacia las actividades extractivas que hoy son la fuente del conflicto que nos ocupa. El suroeste antioqueño no fue ajeno a esta dinámica y como evidencia se puede mencionar la configuración territorial que se empezó a delinear en esa época. La concentración de las tierras dedicadas a la ganadería extensiva y al monocultivo de naranja en Támesis y de granadilla en Caramanta fue la contrapartida del abandono de muchas familias campesinas y del acorralamiento de las que permanecieron hacia las tierras de ladera. Esta presión se ve profundizada por el hecho de que en las zonas altas se han venido estableciendo monocultivos forestales camuflados como estrategias de conservación.

En vista de lo anterior, los campesinos que hoy hacen parte del COA empezaron a buscar una alternativa de permanencia en sus territorios. Una de las características de la relación entre Estado y campesinado en Colombia ha sido la continua recomposición de identidades por parte de estos últimos para adaptarse a una visión del mundo que intenta excluirlos. Creemos que esa es la forma correcta de entender la resistencia alimentaria que están ejecutando los campesinos del COA frente a la minería de oro en el suroeste de Antioquia. Cuando dicen que lo que está en disputa es el territorio se refieren a que la llegada de la minería es el punto culminante de un conflicto que hoy amenaza con despojarlos de las formas de vida que actualizan día a día en sus territorios. Y esto, que podríamos llamar su identidad campesina, se ha venido construyendo en interacción continua con el Estado y con sus visiones de la economía y de la agricultura.

Concretamente, entendemos las prácticas de cuidado del suelo y de las semillas, de diversificación de los cultivos centrada en la producción de alimentos, de aprovechamiento de los recursos que se poseen, de revitalización del trabajo familiar y comunitario, de transformación de los productos, de comercio justo, de trueque, de autoconsumo familiar, de alimentación sana, etc.; como una resistencia alimentaria ejecutada por unos campesinos inmersos en un contexto particular de predominio de otro tipo de visiones y construcciones de la agricultura que en muchos casos moldea las respuestas y las estrategias implementadas por estos. Baste con citar las restricciones (de infraestructura, sanitarias, comerciales) que entorpecen el acceso de los campesinos del COA a los circuitos de mercado, las cuales muchas veces son promovidas desde el Estado a través de sus leyes de libre comercio, de privatización de los servicios públicos y de fomento de la agricultura empresarial, por citar tan sólo algunos ejemplos.

Esta precisión no le resta valor a la decisión de los campesinos del COA sino que lo amplifica al otorgarle unas dimensiones precisas. Ahora bien, lo importante en aras de responder la pregunta de investigación es ver el sistema alimentario de los campesinos del COA como una serie de prácticas compartidas y construidas colectivamente a lo largo del tiempo y en relación directa con la naturaleza. Es decir, en la apuesta por la

soberanía alimentaria hay implícita una dinámica sociocultural que se interactúa con los ecosistemas y los paisajes bajo una forma específica de entender el territorio. En esa medida se constituye en un elemento articulador y aglutinador de la identidad grupal. Y esta identidad campesina es la que está siendo movilizada para hacerse visibles frente a un Estado que planea otro tipo de futuro para el suroeste antioqueño. En pocas palabras, el sistema alimentario de los campesinos del COA engloba su posicionamiento político en el conflicto por la minería en sus territorios.

Sin embargo, somos conscientes de que las tensiones por el modelo de desarrollo extractivista y la manera como las hemos abordado en este estudio de caso no agotan una discusión plenamente vigente en nuestros días. Al tratarse de un asunto político, las definiciones sobre lo que es deseable para los seres humanos son dinámicas y varían en el tiempo y en el espacio. El problema radica en la imposición de esas convicciones por las vías de la violencia y del despojo (económico, ecológico y cultural) contra quienes no piensan de la misma manera. A ese respecto, advertimos una limitación en nuestro trabajo pues sabemos que varios municipios del suroeste antioqueño fueron testigos del conflicto armado interno del país y esto pudo haber influido en el estado de la disputa analizada en este trabajo. Aun así, debemos ser enfáticos en que en ninguna de las entrevistas ni de los talleres se mencionó este como un aspecto central en los testimonios y los temas tratados.

Aparte de este, nos gustaría indicar otros dos temas que se mencionan superficialmente en este trabajo y que pueden dar lugar a prolíficos análisis en posteriores investigaciones. El primero y más evidente es el de las relaciones entre género y agroecología. A lo largo del relato se intentó dar cuenta del protagonismo que han tomado las mujeres en el proceso organizativo agroecológico y en el COA. ¿Cómo es visualizada la relación entre mujeres y alimentación?, ¿qué tipo de roles están asumiendo las mujeres en el funcionamiento de este espacio de articulación?, ¿cómo se construyen feminidades en contextos tradicionalmente masculinizados? El segundo tema tiene que ver con los procesos de transformación agroecológica en los que se han involucrado los campesinos del COA. ¿Cuáles son los mecanismos mediante los cuales se difunden este tipo de prácticas y cómo se institucionalizan?, ¿cuáles son las variables que pueden explicar que estos procesos lleguen o no a consolidarse en un territorio?, ¿por qué la mayoría de las veces estas transformaciones se producen como resultado de influencias externas y no de procesos endógenos?

En conclusión, más allá de una descripción detallada del conflicto, lo que esta investigación pretende mostrar es una alternativa a las narrativas desarrollistas imperantes que se manifiestan en las tentativas de convertir a Colombia en un país minero. Con este testimonio intentamos dejar sin efecto esa cualidad del discurso del desarrollo que consiste en colonizar el espacio de la representación e impedir la creación de alternativas. Sabemos que en Colombia la existencia de estos conflictos se ha convertido en una tendencia y la tarea de realizar el inventario de los mismos es necesaria pero no suficiente. Por ello, al otorgarle prelación en nuestro análisis a la resistencia alimentaria que están protagonizando los campesinos del COA, esperamos que este texto sirva al mismo tiempo como denuncia sobre las injusticias de las que se alimenta este sistema económico y como aliento para aquellos que han perdido la esperanza de que vivir de otra forma es posible.

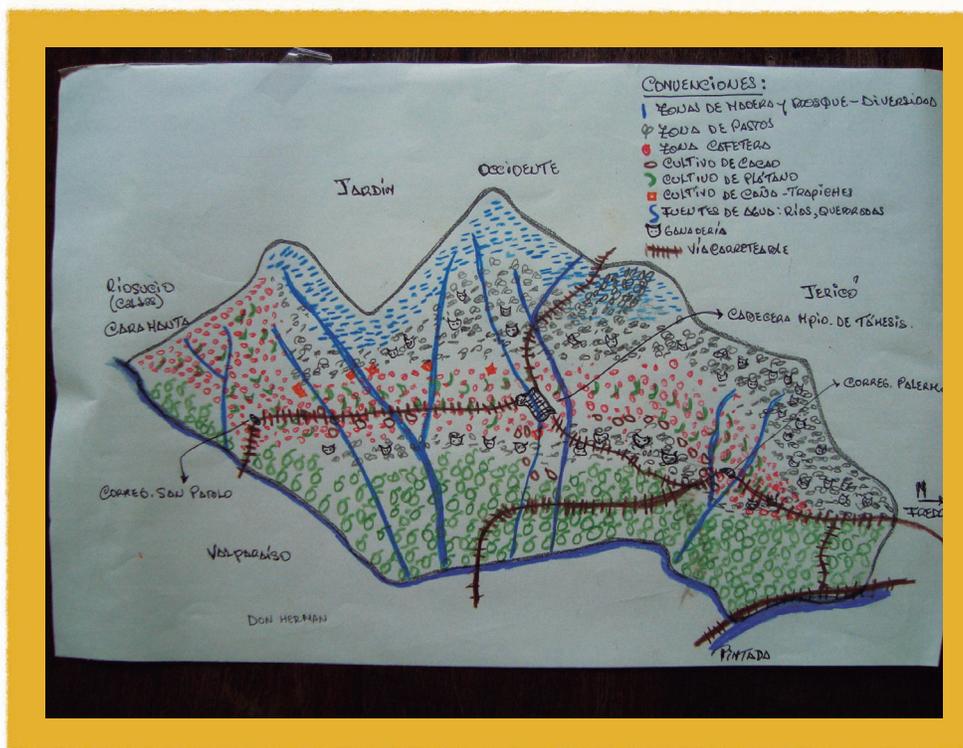
## *Anexos.*



## Anexo 1: Fotos del territorio COA



Primer taller de cartografía social 25 de Julio de 2012.



Mapa de Tamesis elaborado por Don Germán. En este mapa se hace evidente la forma en la cual se percibe el territorio, aquí se ubica la economía campesina en la zona media, en la alta el monocultivo de Pinos intercalado con bosques nativos y la parte baja donde hay un monocultivo de naranjas de exportación y ganadería extensiva.



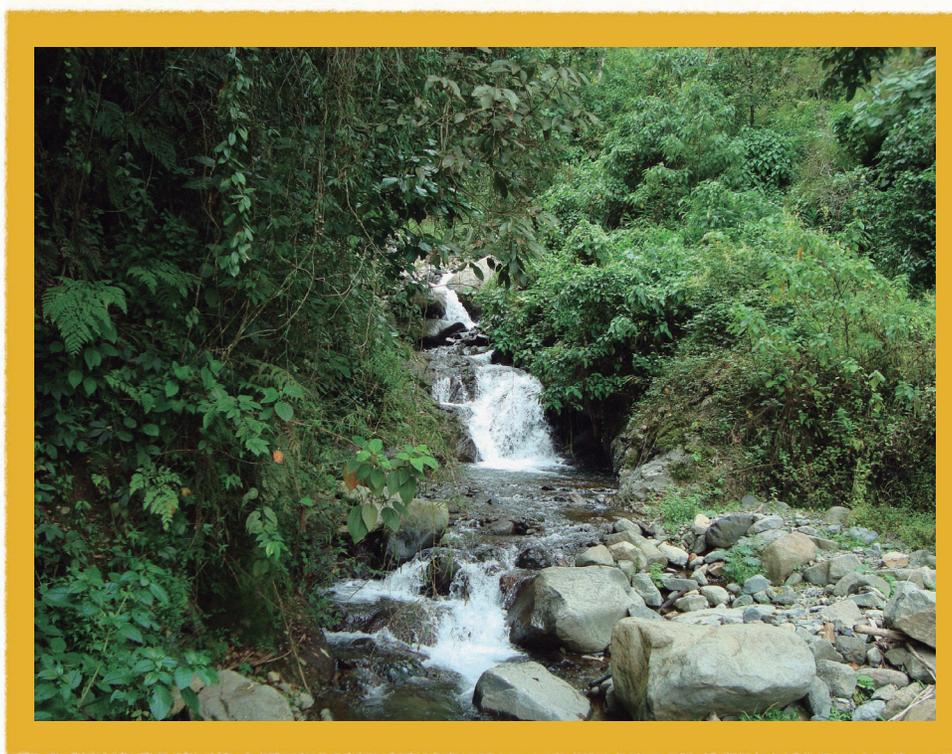
Mapa de Tamesis elaborado por Yesid.



Segundo taller: construcción colectiva del sistema alimentario.



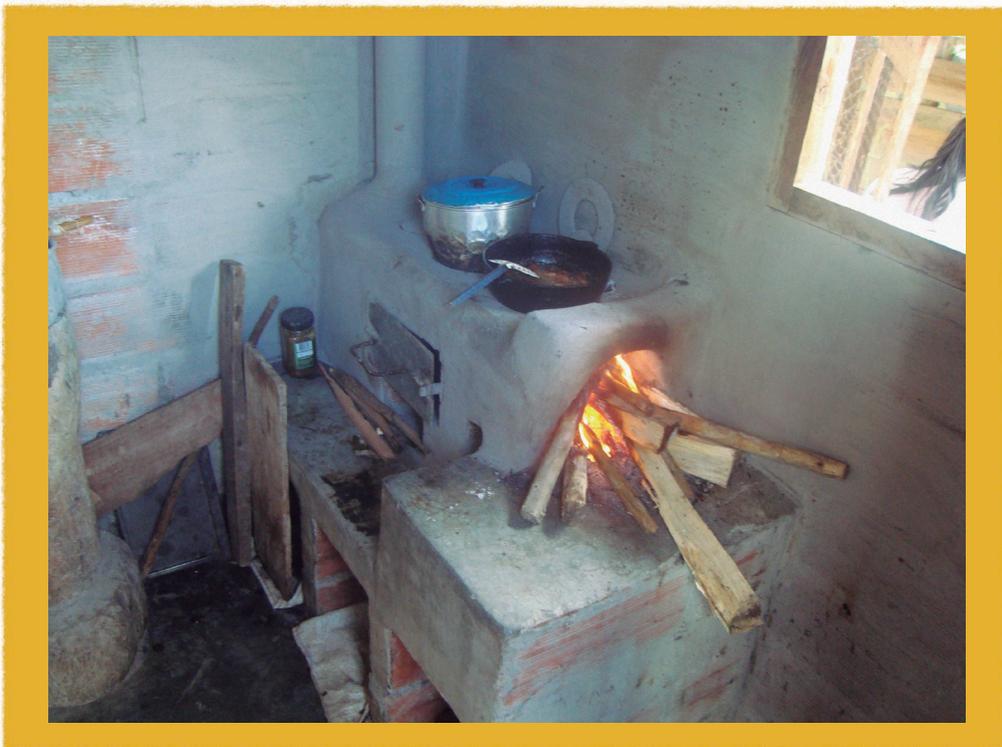
Productos hechos en casa. Resultados de los procesos de transformación de lo que se tiene en la finca como una alternativa para generar excedentes (Vino, Champú, gel, talcos, torta de ahuyama, bloqueador solar, ungüentos entre otros).



Riqueza hídrica que nace en las montañas del suroeste antioqueño y que alimenta fuentes hídricas de importancia nacional como el Río Cauca.



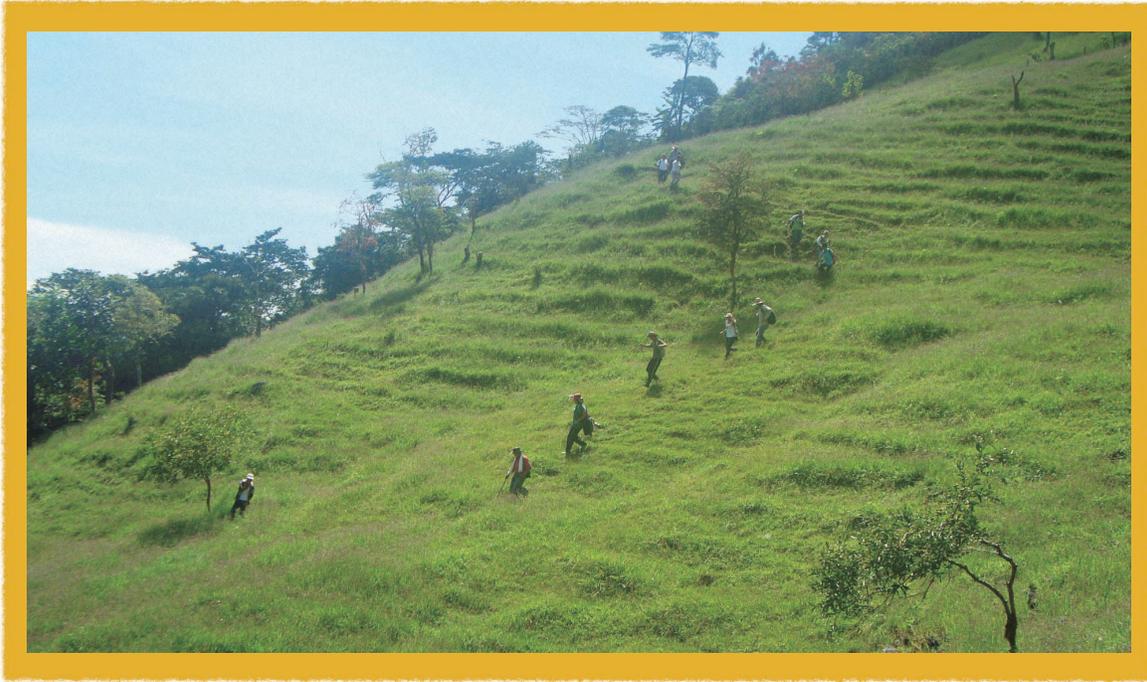
*Huevos: alimento del día a día.*



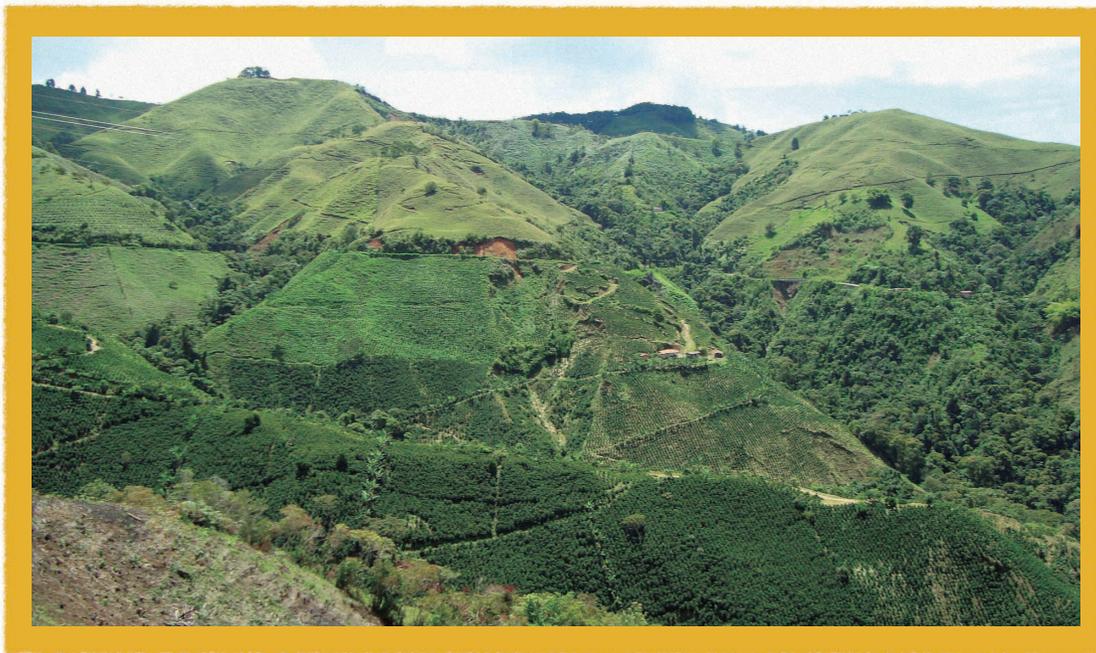
*Cocina campesina de alta eficiencia alimentada con leña.*



*Sancocho con Don Sencillo y su familia en el Rio Cartama. Todos los elementos utilizados para esta comida son producidos por este campesino en su finca.*



*La ganadería extensiva, actividad económica que erosiona los suelos.*



*Monocultivos de café.*



Monocultivo de pinos, la actividad de extracción maderera, disfrazada de reforestación, se ha apropiado de las partes altas del suroeste antioqueño.



Plataformas de exploración minera. Lugar donde se realizan las exploraciones con la finalidad de iniciar una extracción minera a gran escala. Estas plataformas ubicadas en puntos estratégicos han ocasionado grandes afectaciones a los acuíferos, perjudicando a la comunidad y al medio ambiente.



*Diversidad y soberanía alimentaria. Apuesta de los campesinos del COA sobre la tenencia de semillas criollas.*



*Huerta casera, vereda La Alacena- Támesis, Antioquia. Apuesta por una producción libre de insumos de síntesis química.*



Desfile por las calles de Támesis en el marco de la Vigilia por la defensa del territorio.  
Evento organizado por el COA (Cinturón Occidental Ambiental)



El abrazo a la montaña. Recibimiento en Palocabildo, Jericó, Antioquia.

## **Anexo 2: Tabla de Personajes**

<b>Nombre</b>		
Don Germán	Don Alirio	José Francisco Ramírez
José Camilo Cúrcuma	Doña Noelia	Yesid
Doña Dianita	Don Sencillo	Silvia Guerra

## *Bibliografía.*



Álvarez, Astrid. 2005. *El cultivo de arroz en el sur de Bolívar, una apuesta por la soberanía alimentaria*. Revista Semillas. No 24/25. Bogotá

Alimonda, Héctor (coord). 2011. *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires. CLACSO.

Bartolomé, Leopoldo. 1999. *Combatiendo al Leviatán. La articulación y difusión de los movimientos sociales de oposición a los proyectos de desarrollo hidroeléctrico en Brasil 1985- 1991*. Instituto de Desarrollo Económico y Social.

Bebbington, Anthony. 2009. *Actores y ambientalismos. Conflictos socioambientales en el Perú. Íconos*. Revista de Ciencias sociales. No 35. Quito

Bhabha, Homi; 2002. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires. Editorial Manantial

Beardsworth, Alan y Teresa Keil; 1998. *Evolution in Cultural and Natural Systems*, en <http://www.clas.ufl.edu/users/abeltd>

Burnes, Arturo. 2010. *Minería y desarrollo regional en Zacatecas. Un balance crítico*. En: *Ecología política de la minería en América Latina. Aspectos socioeconómicos, legales y ambientales de la mega minería*. México. UNAM

De la Cadena, Marisol y Starn, Orin; 2009. *Indigeneidad: problemáticas, experiencias y agendas en el nuevo milenio*. Bogotá. Tábula Rasa

Delgado, Gian Carlo. 2010. *Ecología política de la minería en América Latina. Aspectos socioeconómicos, legales y ambientales de la mega minería*. México. UNAM

Garibay, Claudio. 2010. *Paisajes de acumulación minera por desposesión campesina en el México actual*. En: *Ecología política de la minería en América Latina. Aspectos socioeconómicos, legales y ambientales de la mega minería*. México. UNAM

Harris, Marvin; 1995. *Cocina, cuisine y clase. Estudio de sociología comparada*. Barcelona. Editorial Gedisa.

Escobar, Arturo y Pedrosa, Álvaro (eds); 1996. *Pacífico: ¿desarrollo o diversidad? Estado y movimientos sociales en el pacífico colombiano*. Bogotá. CEREC/ Ecofondo.

Escobar, Arturo; 2005. *Más allá del tercer mundo*. Bogotá. ICANH

Escobar, Arturo; 2000. *El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar. ¿Globalización o posdesarrollo? En: La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires. CLACSO

Fals Borda, Orland et al; 1962. *La violencia en Colombia*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia

Fals Borda, Orlando; 2007. *La Investigación Acción Participativa*.

Guillén, Fernando; 1974. *El poder político en Colombia*. Bogotá. Editorial Booket

Forero, Jaime. 2002. *La economía campesina colombiana 1990-2001. Cuadernos Tierra y Justicia*. Bogotá. ILSA

Gudynas, Eduardo. 2012. *Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América Latina*. Breve guía heterodoxa. En: *Más allá del desarrollo*. Cali: Fundación Rosa Luxemburg/ Ediciones Abya Yala

Idárraga, Andrés et al; 2010. *Conflictos socioambientales por la extracción minera*

- en Colombia: casos de la inversión británica. Bogotá. CENSAT Agua Viva
- Lamberti, María Julieta. 2011. *Una lucha a “cielo abierto”*. El caso del Frente Amplio Opositor a Minera San Xavier. En: *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires. CLACSO
- Machado, Absalón; 2002. *De la estructura agraria al sistema agroindustrial*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia
- Martínez Alier, Joan; 2005. *Ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona. Icaria
- Oslender, Ulrich. 1999. *Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una “espacialidad de resistencia”*.
- Quijano, Aníbal; 2000a. *Colonialidad y poder, eurocentrismo y América Latina*. Lima. Centro de Investigaciones Sociales (CIES)
- Quijano, Aníbal; 2000b. *El fantasma del desarrollo en América Latina*. Revista del CESLA #1/2000
- Reyes, Sofía. 2005. *Seguridad alimentaria en Micoahumado, Serranía de San Lucas (Sur de Bolívar)*. Revista Semillas. No 24/25. Bogotá
- Svampa, Maristella; 2011. *Modelos de desarrollo, cuestión ambiental y giro ecoterritorial*. En: *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires. CLACSO
- Pablos, Gustavo; 2010. *Mega- minería. La tierra devastada (I)*. Entrevista a Maristella Svampa. Disponible en: <http://www.noalamina.org/mineria-informacion-general/impactos-de-la-mineria/mega-mineria-la-tierra-devastada-i> Acceso: 16 de marzo de 2012
- Palacio, Germán. 2011. *Suelo, subsuelo y vuelo: los previsible desafíos ecológicos para la región amazónica colombiana*. En: *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires. CLACSO
- Quintero, María; 2009. *Globalización y sistema agroalimentario: principales cambios en las estrategias agroindustriales y en las tendencias de consumos de alimentos*. Disponible en: [http://webdelprofesor.ula.ve/economia/anidoriv/Quintero\\_Globalizaciony-SA.pdf](http://webdelprofesor.ula.ve/economia/anidoriv/Quintero_Globalizaciony-SA.pdf) Acceso 5 de abril de 2012
- Ramírez, María Clemencia. 2001. *Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros en el Putumayo*. Bogotá. Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).
- Rodríguez, Carlos. 2011. *Minería y respuestas sociales en Mezcala, Guerrero: un análisis desde la geopolítica local*. En: *Ecología política de la minería en América Latina. Aspectos socioeconómicos, legales y ambientales de la mega minería*. México. UNAM
- Romero, Pablo. 2011. *Minería, agroindustria y agricultura tradicional; conflictos socioambientales en el semiárido chileno, el caso de la comuna Alto del Carmen*. En: *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires. CLACSO
- Tabra, Mario y Aste, Juan. 2011. *Minería y territorio en el Perú: casos, temas y propuestas*. En: *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires. CLACSO
- Wagner, Lucrecia y Giraud, Marcelo. 2011. *El proyecto minero Potasio Río Colorado: conflicto socioambiental, impactos regionales y falta de integralidad en la evaluación am-*

*¡A desmundializar el estómago!: resistencia alimentaria en el suroeste de Antioquia.*

---

biental. En: *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires. CLACSO

Walter, Mariana; 2009. *Conflictos ambientales, socio ambientales, ecológicos distributivos, de contenido ambiental... reflexiones sobre enfoques y definiciones*. CIP. Boletín ECOS No. 6

Wolf, Eric. 1971. *Los campesinos*. Barcelona. Editorial Labor.